

## DUDAS, MANIPULACIONES Y CERTEZAS PARA EL MESONEOLÍTICO VASCO

### *Doubts, manipulations and certainties for the Basque Meso-Neolithic*

Alfonso ALDAY RUIZ

*Depto. de Geografía, Prehistoria y Arqueología. Universidad del País Vasco.*

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 20-II-99

BIBLID [0514-7336 (1999) 52; 129-172]

RESUMEN: El texto reflexiona sobre los caracteres y los tópicos que vienen definiendo al neolítico de la región vasca. Se revisan los conceptos de "retraso", "continuismo" y "resistencia", los datos y su manipulación, la relación neolítico-megalitismo-montaña, el hábitat y sus modelos y los ritmos económicos. Finalmente, con la ayuda de secuencias estratigráficas, se presenta el esquema básico de la dinámica cultural.

*Palabras clave:* Neolítico. País Vasco. Megalitos. Dinámica Cultural.

ABSTRACT: This paper discusses the characteristics and commonplaces that have defined the Neolithic of the Basque region. We review concepts such as delay ("retraso"), continuity ("continuismo"), resistance ("resistencia"), data and their manipulation, the relationship between Neolithic-Megaliths-Mountain, habitats and their models, and economic rhythms. Finally, we present the basic cultural dynamics taking into account the available stratigraphic sequences.

*Key words:* Neolithic. Basque Country. Megaliths. Cultural Dynamics.

Es deliberadamente descriptivo el título que encabeza el presente trabajo, afectando tanto a la forma como al fondo del mismo. Dudas en cómo presentar las reflexiones que se irán encadenando, y que prosperan en un texto denso, nervioso y difícil, donde se repasarán aisladamente los presupuestos principales que, según actitudes, califican al mesoneolítico de la región, a la par que se quiere ofrecer una visión de conjunto para dicho ciclo cultural. Dudas, también, por que faltándonos aún mucho camino que recorrer, a pesar de las novedades que se van entregando recurrentemente en los últimos años, no nos satisface en su integridad lo que exponemos, al contrario, observamos vacíos en nuestro discurso. Manipulaciones porque el espacio disponible nos obliga a sesgar la documentación arrinconando, tal vez, opcio-

nes que ofrecen lecturas provechosas. Manipulaciones, también, en el quehacer cotidiano de los arqueólogos preocupados por el período, en donde la falta evidente de datos, lejos de ser admitida por la generalidad, encajaba bien con unos presupuestos de partida irreales pero que daban cobertura a determinadas formas de pensamiento. Certezas escasas en lo formal y certezas, también escasas, en el fondo: ofreciendo un cuadro final que aglutina las principales coordenadas de aquel discurrir histórico son pobres las ideas que estaríamos dispuestos a admitir como seguras o inmutables. Muchas dudas, bastantes manipulaciones y menos certezas constituyen la arquitectura del siguiente texto.

Pensamos que la imagen que, a nuestro entender, se ha adquirido habitualmente para el Neolíti-

co del área vasca no se corresponde con lo que en verdad debió ser aquel proceso cultural. Términos tales como *marginalidad, conservadurismo, aislamiento, falta de brillantez, retraso, dependencia del proceso...* están aún en uso para caracterizar el período, todo lo cual ha ido fortaleciendo una visión que, estando deformada, se iba adecuando perfectamente al desarrollo de tópicos históricos no demasiado comprobados, y sobre los que se engarzaban asuntos diversos referentes a lo cultural o a lo antropológico. En buena medida somos los propios prehistoriadores vascos quienes hemos cultivado y difundido dicha ideología, negativa la más de las veces, para el pasado neolítico de la región, caracteres que se han trasladado a obras generales de referencia observándolo como una dinámica histórica abúlica, sin demasiado interés<sup>1</sup>. Es tiempo, quizá, de ensayar una lectura crítica sobre los valores más significativos que, según autores, califican al discurrir neolitizador de nuestro territorio. Reflexión que queriendo ser crítica será respetuosa, es decir, atenderá al contexto en el que, para cada caso, fueron emitidas las hipótesis, ideas, ordenaciones y juicios. Contexto entendido en una triple vertiente:

a) la amplitud y la variedad de los datos disponibles en cada fase de la investigación: yacimientos, referencias medioambientales, analíticas radiocronológicas, colecciones...;

b) el conocimiento que del período se tenía en las regiones vecinas, por cuanto permitiera encardinar con mayor soltura la dinámica histórica<sup>2</sup> y;

<sup>1</sup> Quiere advertirse, como uno de los temas obsesivos de este texto, que es precisamente la escasez de estudios referentes a este fenómeno, la neolitización, una de las razones básicas que explica la proyección de esa imagen. Parquedad que parece derivar de la falta de proyectos de investigación, individuales o colectivos, que se ocuparan en detalle de aquellos tiempos: siendo notable el catálogo de yacimientos encuadrables, por una parte, en las fases superpaleolíticas y en momentos Calcolíticos por otra –con las formas funerarias como elemento más significativo–, el espacio intermedio, buena parte del Holoceno, se iba deduciendo a partir de un mínimo número de establecimientos mesoneolíticos no muy ricos en su composición material y escasamente valorados. La crónica resultante, salvo excepciones, era rala en su descripción y poco profunda en su intención.

<sup>2</sup> Es significativo, por ejemplo, el impacto que tuvieron, y tienen, los trabajos desarrollados en el Bajo Aragón, presentando, ordenando y proponiendo un modelo vital desde lo Mesolítico hacia lo Neolítico. Aquella vertebración se

c) observando la concepción general que sobre lo neolítico se ha ido adoptando en según escuelas o tradiciones, con desigual valoración de unos datos frente a otros.

Insistimos que lo que se ensaya en este trabajo es una lectura crítica, que no una crítica directa a determinados textos o a sus responsables, con el objeto de generar si se estimara oportuno un salvable y cabal debate. Tratándose de un ejercicio arriesgado se desea abordarlo sin prejuicios, con dosis de autocritica, enfrentando lo disponible con lo dispuesto y juzgando la validez de los protocolos interpretativos desarrollados<sup>3</sup>.

Por tanto, el armazón inicial de nuestra comunicación girará en torno a la exposición de los principales argumentos que sustentan el modelo del neolítico vasco para, a la luz de la documentación disponible, analizar hasta donde pueden ser verdaderamente admitidos. Se reflexionará sobre cuestiones tales como: los datos, el aislacionismo, las nomenclaturas, los hábitats, el paisaje, las formas productivas, los ajueres, la cronología y los esquemas evolutivos que se han ido presentando. En una segunda fase del discurso abordaremos los avances habidos en el conocimiento de esta etapa, atendiendo tanto a los nuevos datos que van proporcionando los trabajos de campo y sus analíticas complementarias, como a las relecturas que, basadas precisamente en estas novedades, pueden aportarse para lugares ya conocidos desde hace tiempo. La organización de esta segunda trama pretende ser conti-

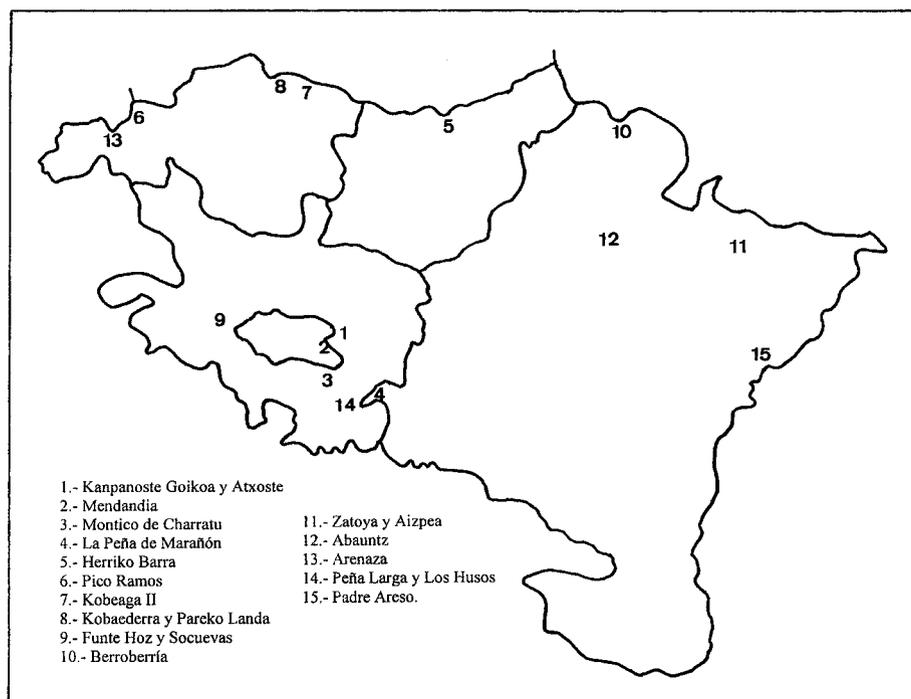
ha tomado como referente básico en la comprensión del fenómeno en la vertiente mediterránea vasconavarra obligándose, eso sí, a introducir cuantas matizaciones se han creído convenientes.

<sup>3</sup> “En Prehistoria no es fácil librarse de la atracción de estados de opinión asentados sobre intuiciones o sugerencias que adquirieron pronto carta de naturaleza y se siguen repitiendo, como hechos demostrados, sin demasiada crítica. El paso del tiempo les añade matices y precisiones. Las hipótesis se llegan a convertir en argumento, las propuestas de explicación en afirmaciones, los casos en categorías y lo eventual en paradigma. Conviene recuperar los datos, o sea la documentación original (los “items” que algunos dicen para estar a la moda), y someterlos a crítica para aligerarlos de adiciones rescatándolos de su manipulación y disponiéndolos a ser, de nuevo, examinados”. (Barandiarán 1993, 7). Es así que primeras versiones de este texto han sido entregadas ha varios de los autores implicados para la corrección de aquellos aspectos que mal interpretaba por una deficiente lectura. Agradezco a todos ellos la ayuda prestada.

nuación –muy, muy resumida– de nuestra colaboración en el II Congreso de Arqueología Peninsular (Alday 1997) precisando lo entonces dicho: la publicación íntegra de varias memorias de excavación –así Peña Larga (Fernández Eraso 1997) y Kanpanoste Goikoa (Alday 1998)–, los avances presentados para trabajos en curso –por ejemplo de Aizpea (Cava 1998), Kobaederra (Zapata, González e Ibáñez 1997), Atxoste (Alday 1997 y 1998), Mendandia (Alday en prensa) y Berroberria (Barandiarán 1991-1992 y 1993-1994)– más la edición de obras de síntesis –de Cava sobre el Mesolítico (Cava 1994) o de Utrilla y otros sobre el mesoneolítico (Utrilla *et alii* 1998)– o con sustanciosas aportaciones radiocronológicas (Alday y Mujika en prensa) nos sitúan en un estadio muy fértil en la investigación sobre lo neolítico, con renovación constante de datos y conceptos. Y aunque convenga reposar serenamente las informaciones recientemente recibidas, a la vez que se anuncian novedades muy significativas –como las presentadas al II Congreso sobre el Neolítico Peninsular–, puede aportarse ya una idea general del desarrollo de la neolitización enjuiciándolo como un proceso histórico complejo que no puede entenderse sin detenerse, siquiera brevemente, en el pasado mesolítico.

#### A. Tópicos y prejuicios sobre el mesoneolítico vasco: discusión

Conviene como primer paso la exposición concisa, tan escueta que quizá omitamos matices de interés, de los textos más sobresalientes que han reflexionado sobre el neolítico de la región vasca: relacionaremos así los principales argumentos defendidos para ser discutidos posteriormente.



MAPA 1: Ubicación geográfica de los principales yacimientos citados en el texto

#### 1. Referencias bibliográficas

En este primer apartado se repasarán los modelos de evolución cultural que se han propuesto en las distintas fases de la investigación: al fin y al cabo es a través de ellos como se han articulado y fijado los caracteres más sobresalientes del período, usando para este fin con mayor o menor fortuna los datos arqueológicos consignados. Para dicho análisis hemos seleccionado una veintena de títulos, aquellos que hemos creído más significativos, editados mayoritariamente en los años 90, y que son responsabilidad de trece autores diferentes: los trabajos están firmados a título individual o en colectividad, abordando similares problemas pero desde ópticas bien diferentes. Como acotaciones de partida, y con el propósito de enfrentarlos correctamente, deberán tenerse en cuenta al menos dos consideraciones:

a) que no todos los autores se ocupan “exactamente” de los mismos entornos geográficos: los hay que entienden el País Vasco como una unidad básica y quienes se decantan por individualizar comarcas. De hecho frente a los estudios tradicionales que pre-

ferían un introspección de conjunto, señalando, eso sí, las diferencias existentes entre la cornisa cantábrica y la vertiente mediterránea, con el apoyo de la documentación entonces recuperada, se tiende en los últimos años a parcelar los territorios en entidades consideradas como unidades ecológicas, literalmente como “regiones naturales” (Arias 1994, 21-22). Cualquier postura que al respecto quiera adoptarse es, en verdad, legítima, pero sorprende sospechosamente que la elección del territorio coincida básicamente con el lugar de residencia o actuación de cada autor: abogan por una evaluación conjunta de la cornisa cantábrica, y segregada de otros entornos, quienes habitan en ella –más en concreto en Asturias y Cantabria– y prefieren un análisis integral de toda la depresión vasca los residentes en dicha comunidad y en la de Navarra. Estos últimos raramente juzgan el proceso neolítico aisladamente para la vertiente mediterránea, aunque en ocasiones se hayan circunscrito a esta comarca. Es irreal la supuesta unidad de lo cantábrico, y debiera reconocerse así, en climas, paisajes y posibilidades, y más aún su “oposición neta” frente a la vertiente mediterránea (existiendo por demás un suficiente número de pasos franqueables). Retomaremos más adelante el tema, ahora nos contentamos con anotar que a lo largo del cantábrico son diferenciables: 1) los relieves costeros y la formación de ríos, rías y estuarios lo que, necesariamente, repercute en sus aprovechamientos (¿se explicaría así la persistencia de concheros en algunos lares y su inexistencia en otros?); 2) los cordales montañosos y su disposición, siendo moderadas las alturas vizcaínas y guipuzcoanas respecto a las cántabras y asturianas de donde se deducen desigualdades en las posibilidades de comunicación norte/sur, lo que pudiera comprobarse a partir de numerosos datos históricos, etnográficos y lingüísticos; 3) el número y concentración de cavidades así como de recursos líticos (calidad y abundancia) afectando al hábitat y al establecimientos de redes de intercambio.

b) que en estas reflexiones no se han tenido en cuenta aquellos títulos que abordan la cuestión de los fenómenos funerarios del final del Neolítico, anotando que, en general, hay una falta de interés por esta cuestión en las obras de síntesis: constatándose el origen de los enterramientos colectivos en los últimos momentos del período se reserva su valo-

ración dentro de la dinámica propia del Calcolítico, vertiendo para esta época las derivaciones socio-culturales que se infieren con su implantación. Como ejemplo, sobre el que nos detendremos en detalle en el apartado séptimo, llega a omitirse lo megalítico al tratar la evolución del poblamiento durante el neoneolítico cuando, pensamos, debiera ser un elemento más a integrarse en la discusión.

Partimos como primer ensayo de sistematización del Neolítico, aunque ciertamente trata sobre los conjuntos prehistóricos con cerámica, por el elaborado por J. M. Apellániz plasmado en sus trabajos de 1974 y 1975: la organización de los hechos culturales en dos áreas, tomando como referencia obligada los sitios de Los Husos y Santimamiñe, ha ejercido una gran influencia en multitud de trabajos posteriores, y tal vertebración ha sido recogida en manuales y títulos generales hasta fechas muy recientes. De los esfuerzos de Apellániz habría que destacar, en primer lugar, la compilación de multitud de materiales hasta entonces dispersos –la mayoría pertenecientes a recintos dolménicos (Apellániz 1973)– y las novedades que incorpora con las excavaciones en la cueva de Arenaza o en el covacho de Los Husos: este yacimiento, a pesar de los problemas internos que se han detectado, en su estratigrafía y en la ordenación de su registro material, sigue siendo el lugar con recorrido sedimentológico más completo y complejo desde el Neolítico Final hasta la Epoca Romana de la vertiente meridional<sup>4</sup>.

Con frecuencia en las críticas sobre el modelo hemos olvidado que es el propio investigador quien fija los límites de su ensayo, ante la naturaleza de los datos que se ve obligado a utilizar los cuales no le parecen totalmente satisfactorios<sup>5</sup>. Desarrollado así

<sup>4</sup> Tanto es así que constituye uno de los ejes vertebradores del proyecto de investigación titulado *El poblamiento en la Sierra de Cantabria durante la prehistoria reciente. Estudio bioclimático y cultural del Holoceno en el extremo meridional del País Vasco*, que se desarrolla desde septiembre de 1998 bajo responsabilidad de J. Fernández Eraso. Incluye un refresco de la estratigrafía y la toma de muestras para análisis radiocronológicos y arqueobotánicos.

<sup>5</sup> En su texto de 1974, y las reflexiones son igualmente válidas como introducción al Grupo de Santimamiñe, observa que con sólo tres recorridos estratigráficos, Los Husos, Gobaederra y Covairada –cada uno merecería una cuidada discusión–, elabora una “hipótesis de base restringida” (1974, 23. El subrayado es nuestro). Cuenta además con la documentación megalítica concluyendo, tras su valora-

su estudio, donde se desentiende del análisis de las bases culturales previas por carecer de cerámica, se entiende su concepción del Neolítico como *un periodo poco brillante de la prehistoria vasca*, donde sería posible observar un *neolítico incompleto*, precerámico, para el área cantábrica, encontrando en Kobeaga un buen referente de este momento<sup>6</sup>. De hecho en el área cantábrica, la formalización de un verdadero neolítico sólo vamos a encontrarla en Arenaza: en Santimamiñe, lugar que se toma como prototipo del Grupo, pervivirán las estrategias depredadoras hasta el 3500, momento en el que se adoptan las técnicas ganaderas pero no la “horticultura” (1974, 52). Este retraso sería aún mayor en la vertiente mediterránea citándose los inicios de un certificado neolítico, resumido básicamente a la presencia de cerámica y del pulimento, hacia el 3000: el horizonte se definiría a partir del no muy significativo nivel basal de Los Husos y se contempla como lugar de origen de las novedades el Mediodía francés, bien remontando el Valle del Ebro bien a través de los Pirineos<sup>7</sup>.

Un segundo texto, corto pero intenso, que sintetizaría lo conocido para el neolítico vasco, en realidad para las primeras formas culturales del Holoceno, se debe a I. Barandiarán (1982). Si el ensayo de Apellániz arrancaba desde el mismo neolítico para analizar los grupos con cerámica, ahora se nos propone un recorrido partiendo desde los

ción conjunta, que “los monumentos funerarios forman la parte más importante de los datos que se poseen para elaborar los conjuntos tipos, con lo que estos pueden estar equivocados” (idem); en suma, se utiliza lo conocido de la “población de cuevas, es decir, aquellos grupos humanos que levantaron los dólmenes, vivieron en cuevas y enterraron en cuevas sepulcrales” (1974, 27). En el intento se omite, por la escasez documental del momento, uno de los fenómenos que se ha revelado como más típico de la época: el poblamiento al aire libre.

<sup>6</sup> Se comprende esta fase como continuación de formas epipaleolíticas sobre las que, tardíamente, se acoge la industria alfarera.

<sup>7</sup> Aquí encontraríamos el antecedente, o mejor dicho la base, de la llamada “cultura pirenaica” tan propia del Calcolítico, que tendría en el megalitismo altoaragonés la necesaria conexión entre Cataluña y el País Vasco. Siendo estos, en expresión resumidísima, los planteamientos de Apellániz puede profundizarse en la comprensión de los Grupos, y en sus diferencias, con la lectura, por ejemplo, de 1974, 45. Para Apellániz a pesar de los desiguales orígenes y ritmos del proceso neolítico su final “parece terminar del mismo modo y en formas muy similares, el aislamiento y la resistencia” (1974, 32).

momentos mesolíticos. Se destaca como fenómeno visible la ocupación de nuevos territorios, en altura y en interior, como consecuencia tanto de los cambios climáticos como del aumento demográfico, y el proceso aporta, como directo resultado, una mayor fluidez de los intercambios culturales. La parcelación en tramos del devenir prehistórico sugiere una fase (I) Epipaleolítica no geométrica, articulada según los cánones más propios de lo aziloide, un segundo momento (II) caracterizado por lo geométrico y un episodio final (III) con geometría desarrollado donde encontraríamos como tímido indicador neolítico la cerámica. Este periodo no se configurará hasta el 3750 –todo lo más se sugiere su tope en el 4000– situándose su tramo pleno hacia el 2780, tomando como referencia la datación c-14 del depósito de Los Husos. El esquema, que parte de una información poco espléndida para el Neolítico, admitiría un retraso tanto en el inicio del proceso como en su desarrollo general (en la adopción de la economía productiva sobre todo): debe retenerse que en aquellas fechas no se contaba con ninguna datación absoluta que abarcara más allá de mediados del tercer milenio, ni se habían apenas editado trabajos de contextualización paisajística.

En este orden de cosas diversas serán las aportaciones que sobre el tema realizará A. Cava desde mediados de los ochenta y a todo lo largo de los noventa. Reexamina yacimientos vascos susceptibles de pertenecer al neolítico, ofreciendo un exquisito control de sus conjuntos industriales<sup>8</sup>; ensayando su ordenación y contextualización atendiendo, entre otra documentación, a la novedades que se van obteniendo desde el Bajo Aragón y el litoral mediterráneo. Se detiene específicamente en la valoración de los momentos mesolíticos (Cava 1994) para así discutir la participación de estos grupos en el proceso neolitizador. Como argumentos generales de su discurso interesa retener aquí:

a) su idea de que la dinámica neolitizadora debió de ser de cadencia lenta desde el sustrato Epipaleolítico, al que se le irán añadiendo las formas

<sup>8</sup> Véase sus pormenorizados trabajos sobre Santimamiñe y Marizulo, respectivamente de 1975 y 1978.

geométricas en la industria lítica y la cerámica, en un primer estadio, y la domesticación animal en uno segundo (Cava 1990), con un ritmo que resulta ser intermitente (Cava 1988);

b) la confirmación, desde el punto de vista industrial, de una base geométrica instaurada en el paso entre el séptimo-sexto milenio como sustitución de unas maneras laminares. Desde entonces parecería marcarse una doble tendencia: de sabor paleolítico en la vertiente cantábrica y más vinculada a la Cuenca el Ebro al sur de los montes vascos<sup>9</sup>;

c) debiera desecharse la “supuesta marginalidad del territorio”, al encuadrar el primer neolítico a mediados del quinto milenio, adelantando, sensiblemente, lo suscrito por la generalidad. Supone la incorporación de variadas innovaciones técnicas, que se afianzarían en un neolítico avanzado cuando se acoge, además, la ganadería –que no la agricultura– para, al final del período, asistir al nacimiento de un nuevo fenómeno cultural realmente significativo: el megalitismo.

Desde nuestra óptica el esquema elaborado por Cava es comedido y ponderado, si bien derivado de los últimos trabajos –excavaciones en variados depósitos de ambas vertientes–, pudiera al día de hoy ofrecerse algunas matizaciones que no llegan a romper en lo fundamental el discurso original: a) la denuncia de una fase industrial caracterizada por la abundancia de las muescas y los denticulados de retoques masivos, como antecedente al geométrico. De hecho parece constituir un hiatus tecnológico entre las tallas laminares aziloides y el mesolítico geométrico; b) la efervescencia del retoque en doble bisel desde los inicios del neolítico, contrastando con aquella opinión que indicaba que *en nuestra zona la presencia de geométricos de doble bisel nunca*

<sup>9</sup> Tal afirmación ha sido recogida posteriormente por un buen número de autores, especialmente por aquellos que han pretendido individualizar la región cantábrica como una unidad bien contrastada. En verdad la propia autora insiste en que tal tendencia no puede atenderse como una realidad cerrada, automática, pues algunos registros matizarían tal opinión. Revisada la primera versión de este texto Cava nos puntualiza que tal supuesta oposición resta condicionada por una insuficiencia en los datos, especialmente para el área cantábrica. Idea que, como se discutirá más adelante, subscribimos.

*es masiva* (Cava 1988, 86): es gracias a recientes averiguaciones de campo, sin resultados impresos aún en detalle, desde donde puede asegurarse tal propuesta; c) se han reconocido técnicas ganaderas en Pena Larga desde el último tercio del V milenio (Fernández Eraso 1997) y en Arenaza (Arias *et alii*, en prensa) y parecen encontrarse restos de agricultura hacia el 3800 en Kobaederra (Zapata, Ibáñez y González 1997). Convendría que ambos hechos pudieran ratificarse en otros establecimientos prehistóricos.

En muy breve resumen debe destacarse de la obra de Cava al menos tres importantes aportaciones:

a) la ordenación detallada de la dinámica industrial en los inicios del Holoceno;

b) la reivindicación de lo mesolítico que, sin duda, jugará un papel central en la ecumene histórica venidera;

c) el interés del neolítico vasco y su encuadre en unos tiempos que eliminan cualquier sospecha de “marginalidad”.

El debate sobre el neolítico se ha visto enriquecido muy notablemente a partir de los trabajos que, consecutivamente, viene entregando P. Arias desde 1991: centrados en la cornisa cantábrica, incluyendo Asturias, Cantabria, Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra y cuyas investigaciones se han materializado en consolidados programas<sup>10</sup>.

Analiza, en primer lugar, los caracteres epipaleolíticos cantábricos en donde va a distinguir diversas unidades con implantaciones geográficas desiguales: a) lo asturiense, que tendría una apreciable continuidad y a la que finalmente se incorporarán los geométricos por intercambios con otras regiones; b) lo aziliense en su más clásica acepción; c) un conjunto postaziliense en el cantábrico oriental con tendencia final a la diversificación, presentando hasta tres facies (Arias 1991 y 1992). Sobre esta base se acomodará lo neolítico, entendido, según ocasiones, como *un proceso revolucionario* o como un *epipaleolítico neolitizado* en donde todo se resume a la incor-

<sup>10</sup> Los orígenes de las sociedades campesinas en la región cantábrica. DGICYT PB94-1062.

poración del doble bisel y de la cerámica. A través de este último componente observa un horizonte de cerámicas impresas (exclusivamente para Arenaza) y otro de producción lisa. En conclusión, asistiríamos a la conformación de una inicial fase neolítica a partir de una diversidad de unidades epipaleolíticas, que entre el V y el IV milenio cal. BC van apropiándose de elementos adquiridos desde comunidades asentadas en el Valle del Ebro, mediante contactos ocasionales y sin entrada de nuevas poblaciones. Esta primera propuesta, que como veremos será matizada después por el propio autor, admitiría un cierto retraso para la región y una dependencia directa respecto al Valle del Ebro, quizá como afirmación de aquella dualidad observada por Cava <sup>11</sup>.

En su texto de 1996 propone los inicios del proceso en el 5000 cal. BC caracterizándolo en realidad como un período mesolítico en cuanto a las formas líticas y óseas a las que se añade la cerámica <sup>12</sup>. Continuista debió ser toda la dinámica histórica del Holoceno inicial, o más allá desde el tardiglaciario, al considerar que estamos ante *un proceso iniciado en el Paleolítico Superior que se verá bruscamente interrumpido tras el neolítico* (con más agricultura y más intercambios) (Arias 1992). No supondría siquiera una cisura en lo económico, dados los planteamientos básicos de partida, por más que se buscara conscientemente una intensificación en la obtención de bienes por medios productivos o predatorios (Arias 1992) <sup>13</sup>. La convivencia entre grupos de aspecto

mesolíticos con otros verdaderamente neolíticos, según una reflexión de 1997, indicaría que en la introducción del neolítico o bien se vive una situación de mosaico con ritmos muy diferenciados, o bien tal diversidad es expresión de la convergencia, en absoluta contemporaneidad, de yacimientos de usos especializados y, por tanto, de apariencia divergente –tal y como habían propuesto Barandiarán y Cava (1992) para el Bajo Aragón– <sup>14</sup>. En los momentos maduros del neolítico la introducción de la economía productiva es segura y se insertan, además, las formas funerarias colectivas (frente a las anteriores individuales) <sup>15</sup>. Por último el esquema describe una quinta fase, titulada como Neolítico Final o Calcolítico Antiguo, definida por la presencia del retoque plano que se usará para la producción de determinados proyectiles líticos.

En resumen, en el entramado cultural mesolítico-neolítico cantábrico, que se ha ido matizando en sucesivas aportaciones escritas, se ofrece un hilo conductor donde no se observarán rupturas sino, por el contrario, una línea de continuidad: aún así, parecería legítimo la parcelación del devenir en tramos menores, hasta en cinco, que repiten con matices lo descrito por algún autor anterior. Se hace notar, no obstante, que en esta vertebración interna se usan criterios no siempre equivalentes, dificultando en ocasiones su visualización completa <sup>16</sup>.

formas tradicionales o, y con mayor razón, por mutación de los sistemas –máxime si se opone depredación a producción–. La intensificación exige: a) procedimientos de almacenaje y conservación, si no es una obligación determinada por factores demográficos, de desequilibrio, y por tanto de consumo inmediato; b) adecuación de tecnologías más eficaces que, en el caso de incluir la adopción de formas ganaderas y agrícolas conlleva, necesariamente, reorganización social; c) fórmulas de dinamización de los intercambios, si lo que se busca es la promoción de bienes propios y su trueque por otros ajenos con o sin significado social y; d) en cualquier caso un replanteamiento en actitudes y mentalidades.

<sup>14</sup> También en Arias *et alii* (en prensa).

<sup>15</sup> Se contabilizan, y es fruto de la poca claridad de las fuentes con las que se está obligado a trabajar, algunas contradicciones en el desarrollo general de los caracteres del consolidado neolítico: en algunas ocasiones se asume como más antigua la adquisición de la alfarería frente a la ganadería (Arias 1991) mientras que en otros casos se toman como fenómenos coetáneos (Arias 1996).

<sup>16</sup> Así por ejemplo en el paso del Epipaleolítico geométrico al Neolítico se supone una continuidad industrial, lo que equivale a considerar como no pertinentes algunas mutaciones en los modos de retoque y la presencia de nuevos tipos instrumentales que tienden a arrinconar a otros ya conocidos. La cerámica se presenta, en cambio, como el ele-

<sup>11</sup> Los planteamientos de Arias consiguieron, entre otros méritos, abrir un interesante debate en cuanto a la comprensión del neolítico cantábrico. Frente a quienes defendían movimientos démicos superpuestos a poblaciones asturianas propietarios tradicionales de los territorios, admiten una participación local.

<sup>12</sup> No se explica, no es la intención del texto, cuales son los rasgos que asegurarían esa continuidad en lo industrial: para los artefactos óseos esta debe radicar en su escasez y falta de personalidad. Obsérvese que esta opción continuista, bien legítima, descansa exclusivamente en el análisis de las familias técnicas y no se tienen en cuenta otros elementos que, tal vez, aportarían signos de novedad, tales como: las formas económicas –en su exposición de 1997 admitiría dentro de esta primera fase producción, argumento que debiera ser entendido como un importante elemento rupturista– o la ubicación espacial y tipología de los yacimientos.

<sup>13</sup> Admitiendo que no es sencillo evaluar desde la arqueología el significado social de unas nuevas estrategias económicas, consideramos como alteraciones suficientemente profundas aquellos renovados planteamientos que ensayan la obtención de mayores rendimientos, independientemente de que esta búsqueda se haga a partir de intensificación de las

Como la mayor parte de los investigadores acepta Arias anterioridad del proceso neolitizador en el área meridional respecto a la septentrional, aunque no pueda calibrarse a satisfacción el desfase: es así que en la formación neolítica cantábrica serán evidentes las influencias venidas desde el Valle del Ebro, aquí residiría, precisamente, el concepto de *aculturación* (Arias en diversos lugares de 1991, 1992 y 1997). Los contactos serían habituales desde las fases mesolíticas y permitirán la incorporación encadenada de las formas geométricas, el doble bisel, el pulimento, la cerámica y la domesticación de plantas y animales (Arias 1992, 409). Conviene señalar que, según lo indicado por otros autores, a) los intercambios no tendrían una dirección unívoca (Gorrochategui y Yarritu 1990) si no que las vías se recorrerían en ambos sentidos, y b) se han anotado algunas peculiaridades industriales que hacen suponer, también, una vinculación entre el área cantábrica y la Europa Continental (Cava 1994). Si, como repetidamente se ha informado, el área vasca actúa como una encrucijada de caminos, sobresaliente en tiempos Calcolíticos, es lógico pensar que tal posición se fue asentando en momentos anteriores, aunque sea entonces cuando se dinamice su papel.

Arias, en sus ensayos, introduce un tema ciertamente espinoso pero de gran valor si pudiera resolverse, tal cual es el examen de las causas que motivaron la adopción de las estrategias neolíticas en la región cantábrica. No ha sido asunto tratado con intensidad por los investigadores, quizá por lo resbaladizo y la inseguridad de los argumentos a juzgar o, tal vez, por que siendo un problema inherente a todos los entornos donde se acepta lo neolítico las explicaciones ofrecidas para otros territorios servirían de interpretación automática en el nuestro, con el traslado de las puntualizaciones necesarias. Antes de la exposición resumida de sus ideas, y para obtener una más exacta valoración, convendría tener en cuenta tres cuestiones iniciales:

mento discriminador con validez para la diagnosis cultural. Pero enfrentada a esta posición, que resulta ser tan defendible como cualquier otra, se va a recurrir a la surgencia del retoque plano en la delimitación del Neolítico Final-Calcolítico antiguo: ¿no se está aprovechando ahora, como marcador, un cambio en los recursos tecnológicos líticos cuando antes se negaba tal posibilidad?

a) mientras que para la determinación del ritmo del proceso neolítico, y de su subdivisión interna, echa mano, casi en exclusividad, de las evoluciones tecnológicas y de la entrada de nuevas familias industriales, prefiere ahora basarse en documentación sociodemográfica. Restará el enojoso problema de cómo trabar unos datos junto a los otros.

b) incorpora en su discurso razonamientos de modelos aplicados en otras latitudes –por ejemplo en su jugoso texto de 1997– debiendo advertir que siendo este un procedimiento aceptable tiene el inconveniente de forzar en exceso los datos al no ser idénticas las formas neolíticas desarrolladas, como lo no eran, tampoco, los contextos de partida (culturales, geográficos, ambientales...).

c) la dinámica neolítica cantábrica se inserta dentro de un proceso general y es dentro del mismo como debiera comprenderse.

Estima, de salida, que los grupos cazadores-recolectores mesolíticos de la fachada atlántica estarían perfectamente integrados en el medio gracias al desarrollo de estrategias de amplio espectro (Arias 1991). Y dado que la región si permitiría, por sus caracteres ecológicos, la adopción de nuevas formas económicas –*de rendimiento aplazado*– la resistencia a las mismas es debido a factores sociodemográficos<sup>17</sup>. El recurso a la “resistencia”, común a varios investigadores que se han ocupado del área vasca, se encardina con aquella idea, ya señalada anteriormente, de continuidad desde el Paleolítico Superior.

<sup>17</sup> ¿Se admite por tanto una resistencia? ¿Cómo sería esta activa o pasiva? ¿Conque argumentos arqueológicos, máxime en una región tan parca en documentos, se mediría tal resistencia sociodemográfica? Como vamos viendo la resistencia, como concepto unido al neolítico cantábrico, se ha impuesto en muy variados ámbitos hasta fechas muy recientes. Sirva de ejemplo la siguiente cita de M. A. De Blas (1997, 312): “nada hay mejor que alumbre la existencia de sociedades neolíticas cantábricas que la arquitectura funeraria. La ecuación megalitismo-neolítico no tendría, sin embargo, por que ser excluyente; es razonable que los fenómenos neolíticos empiecen en un tiempo precedente, aunque sin ocultar que los mismos son difusos y, desde luego, básicamente impregnados de las tradiciones epipaleolíticas *resistentes* a una brusca mutación”. Como se observa esta cita recoge varios de los *mitos*, propios del neolítico vasco, objeto de discusión en este trabajo: la resistencia, la relación directa entre el megalitismo y lo neolítico (ahora en una posición menos excluyente que antaño), y lo difuso del proceso.

Si para buena parte de la fachada atlántica europea sugiere que una incipiente competitividad entre grupos de cazadores-recolectores promocionará la circulación de elementos de lujo como reclamo de situaciones de elitismo, que están en la base de la pronta aceptación de las “técnicas” neolíticas, en la cornisa cantábrica el acceso a esta situación vendría provocada por problemas de subsistencia (Arias 1997) <sup>18</sup>. Se evalúa además, en este último trabajo citado, el papel que pudieran haber jugado los matrimonios mixtos (principalmente entre “varones mesolíticos” y “mujeres neolíticas” venidas de fuera) en la transmisión de los conocimientos de las formas productivas, idea que, explícitamente ya había desarrollado en 1991.

Resumiendo, una convergencia de factores divergentes, y no siempre de fácil conjunción, tales como a) resistencia sociodemográfica, que explicaría la lentitud del proceso; b) adecuación aceptable al medio, que como resultado ofrece una imagen continuista; c) intercambios regionales que incluyen mínimos traslados de población y a través de ellos de renovación más; d) un cierto desequilibrio económico (según se expone en 1991) serían las razones originales que desencadenan el proceso neolitizador. La última de las causas obligaría a una búsqueda de mejoras en la productividad ante un aumento demográfico no controlado <sup>19</sup>.

No siendo línea de investigación principal de M. González Morales la evaluación del neolítico ha reflexionado en ocasiones sobre el tema, más

<sup>18</sup> ¿Cómo conjugar esta nueva propuesta de desequilibrios subsistenciales con aquella anterior que describe “resistencia” y “continuismo”?

<sup>19</sup> ¿Cómo se rastrea tal crecimiento demográfico en el paso mesolítico-neolítico en la cornisa cantábrica siendo tan malos los yacimientos arqueológicos disponibles? ¿Se alcanza verdaderamente un mayor rendimiento económico experimentando con fórmulas nuevas que con la intensificación de los procedimientos conocidos y tradicionalmente usados? ¿Cómo se establece un cambio de estrategia de tal envergadura desconociendo técnicas y careciendo de algunos elementos sustanciales –así los agriotipos y cultígenos–? ¿Cuál es el grado de conciencia que adquieren las poblaciones implicadas? ¿Por qué será un fenómeno, al menos aparentemente, simultáneo para toda la región partiendo de unidades culturales diferenciadas? Como se verá muchos de estos interrogantes no afectan exclusivamente a los planteamientos de Arias, al contrario, son comunes a la mayor parte de la hipótesis de explicación de una dinámica histórica bien compleja. La búsqueda de las respuestas promociona la investigación.

que nada como prolongación de los sucesos asturianos de los que, en profundidad, se ha ocupado. Interesan sus sugerencias puesto que referidas a la cornisa cantábrica contrarrestan o puntualizan las opiniones de Arias, ejercitando un saludable debate. Pudiéramos definir como “clásicos”, sin dotar al término de ninguna acepción peyorativa, sus planteamientos más generales. En una síntesis muy rápida de los mismos (según los textos de 1992 y 1996) queremos destacar: primero el hacerse eco de los presupuestos de Jarman sobre lo inadecuado del territorio para el desarrollo aprovechable de las formas productivas; segundo la consideración tardía, a tenor de los caracteres tecnológicos, del inicio del proceso; tercero el asumir, cuando se trata en integridad el área vasca, ritmos divergentes a uno y otro lado de la divisoria de aguas (trayendo a colación, *in lettere*, asuntos desarrollados por Cava); cuarto su defensa del megalitismo como marca de colonización de las tierras interiores y de la alta montaña, vinculándose su emergencia con la puesta en marcha de la ganadería; quinto la consideración de que no hay indicios de agricultura antes del Calcolítico –razonamiento que se ajusta a la información que se podía manejar entonces– y; sexto la insinuación de una habitación de verano en las montañas y de invierno en la costa dentro de una estrategia cíclica, tesis, que para la zona vasca, será revisada en explicaciones de Yarritu y Gorrotxategui (1995).

En los últimos años J. García viene entregando prolijos textos en donde se ensaya, así lo plantea él mismo, una renovación en el conocimiento del neolítico navarro –y por extensión vasco–: tal renovación no viene, en lo fundamental, de la mano de nuevos elementos de análisis, aunque incorpore información parcial de su actividad de campo, sino que es producto de lo que entiende como una verdadera *explicación* de los hechos frente a tanta *descripción* anterior. Sus escritos incorporan una mirada inquisitoria con el objetivo de detectar errores y vicios ajenos. Sin voluntad lesiva conviene tal vez pensar, desde su misma posición, sobre los criterios explicativos que permiten tales reconstrucciones culturales.

Dándose cuenta de la complejidad que supone la dinámica neolitizadora considera la *aculturación*, mediante contactos con zonas ya plenamente neolíticas fundamentalmente del mediterráneo, la opción

más adecuada (García 1994)<sup>20</sup> para matizar posteriormente que no sería esta la única fórmula posible: proponiendo así la llegada de grupos neolitizados que se incorporan al territorio desde la vecindad (García 1995, 338)<sup>21</sup>. El desarrollo histórico que plasma emula los planteamientos de la investigación neolítica nórdica<sup>22</sup>: tal ensayo exige, que duda cabe, un reacomodo de las bases explicativas pues, como ha señalado Arias recientemente (1997), la ecumene habida en el norte de Europa no fue idéntica a la ocurrida en al ámbito cantábrico, y mucho menos en la Navarra mediterránea. Si lo que se buscara fuera tan sólo la adopción de una nueva nomenclatura no habría nada que objetar, pero junto a ella se aportan conceptos de más difícil aplicación: como se verá, se pretende invalidar no sólo aquella periodización tradicional que distingue entre Neolítico, Calcolítico precampaniforme y Calcolítico campaniforme, sino incluso su significado interno. Parcela el devenir del inicial Holoceno en cuatro fases consecutivas: designadas, de más antigua a más reciente, de Disponibilidad, Adopción, Sustitución y/o Incorporación y Consolidación. Llama la atención que la duración cronológica otorgada a cada una de las etapas coincida miméticamente con el espacio deducido en los presupuestos más tradicionales, respectivamente Mesolítico geométrico, Neolítico antiguo, Neolítico final y Calcolítico: es más, da la sensación de que los límites se establecen, aunque no se indique en ningún lugar, con los momentos de adopción o sustitución de determinados útiles materiales por otros, más, en algún caso, renovaciones del rito funerario. Un ejercicio, por lo demás, bastante clásico.

En la fase de Disponibilidad<sup>23</sup> serían habituales los yacimientos en abrigos rocosos en ambientes

<sup>20</sup> “Aculturación del sustrato Epipaleolítico con logros tecnológicos que les preparan para los cambios de subsistencia” (García 1994).

<sup>21</sup> Como acontece en toda explicación que recurre a movimientos démicos restan por satisfacer algunos flecos: sobre el lugar de origen de dichas poblaciones y los mecanismos de acceso; o sobre los criterios arqueológicos en juego para discernir entre establecimientos “indígenas” y “colonizadores”.

<sup>22</sup> Son frecuentes las referencias a los textos de Zuelebil y Rowley-Conwy 1984; Zuelebil 1986.

<sup>23</sup> Reconocemos que no llegamos a entender que se esconde realmente tras dicho término: nos cuesta aceptar la comprensión de un período dado como de predisposición hacia un futuro, ¿acaso quiere indicarse algún tipo de dirigismo –de disposición– cultural que encamina al Neolítico?

de montaña ocupándose el norte de Navarra (García 1995)<sup>24</sup>. En estos momentos se asistiría a un cambio industrial desde la tecnología microlaminar a la geométrica, por lo que es definido “cronológicamente” (sic) como Epipaleolítico geométrico (García 1994)<sup>25</sup>. En contra no se advertirán mutaciones en las bases subsistenciales: siguen siendo grupos de cazadores-recolectores no sedentarizados ni *aislados culturalmente* (García 1995), desde donde se explica el origen mediterráneo de su tecnología lítica<sup>26</sup>.

En la segunda de las fases, de Adopción, se nos presenta un mundo de cazadores-recolectores que se apropiarán de nuevos instrumentos y gestos técnicos: la cerámica, las conchas como elementos de adorno y, con posterioridad y originario del Valle Medio del Ebro, el doble bisel (García 1995). Asistiremos a un proceso de “mediterraneización” y no tanto de neolitización (García 1994). Este momento, que en alguna oportunidad llama Neolítico Pleno, propiciará en un futuro y mediante los contactos que se van tejiendo el desarrollo de las formas productivas<sup>27</sup>.

La etapa de Sustitución (y / o Incorporación como se indica en 1995) supondrá la asunción de las estrategias productivas dentro de unas fechas que se nos antojan tardías: el período es en marcado entre el 3400 y el 2200 a. C. Es ahora cuando asistiríamos

<sup>24</sup> Habrá que admitir que un lugar tan emblemático como la Peña de Marañón, cuyo nivel d encaja aquí, y traspasando la frontera provincial, los vecinos yacimientos alaveses, distan mucho de situarse en ambientes de montaña, como tampoco lo está en sentido estricto el lugar de Berroberría: la fauna en ellos rescatada, nos referimos a Peña y a los de Alava, asegura la explotación de medios de montaña media y de valle. Debe añadirse que La Peña no se ubica en el norte de Navarra si no en su tramo medio.

<sup>25</sup> Trátase acaso de un enmarque industrial que no cronológico.

<sup>26</sup> ¿Pueden describirse como mediterraneos las particularidades industriales de los niveles holocénicos de Berroberría o los elementos geométricos con retoques inversos de tendencia plana de Aizpea? Sobre este particular véase a Cava 1996.

<sup>27</sup> En ninguno de los yacimientos que incluye dentro de este horizonte se ha denunciado prácticas agrícolas o ganaderas. Sin embargo, es imprescindible retener que, de todos, sólo en Zatoya se ha ofrecido un análisis en detalle del componente faunístico, y en ninguno de ellos se ha acometido labores de flotación para la recogida de muestras paleobotánicas y, de nuevo únicamente para Zatoya, se ha publicado un control polínico. A falta de tales analíticas es comprensible la ausencia de datos.

verdaderamente a la neolitización: en según que versiones se mantiene la idea de una aculturación mediante contactos con grupos ya neolitizados –es de suponer que como continuación de la “mediterraneización” antes aludida– mientras otras veces se opta por un modelo dual al combinar la entrada de gentes con la dinámica interna de las poblaciones residentes (García 1995). Las transformaciones industriales parecen ser tardías –dientes de hoz, hojas cada vez más anchas– pero no queda claro cómo y cuándo tienen lugar, siendo más elocuentes los cambios en el poblamiento: proliferación del hábitat al aire libre y ocupación de nuevos territorios (al parecer sería ahora cuando se atisba la primera habitación postpaleolítica de Urbasa, la Cuenca de Pamplona, el área de Tudela o de Espinal-Burguete). Se relaciona este fenómeno con la adopción de las formas agrícolas que exige la tala de bosques (García 1994), si bien tal actividad es deducida a partir de documentación indirecta a falta de informaciones reales. La ganadería, en expansión, será un elemento más que refuerza el concepto de “mediterraneización”. En el desarrollo final de esta fase se denuncia un dominio de la producción frente a la depredación.

Por último, la fase calificada como de Consolidación recoge el tramo final de un ciclo de larga duración, unos 4500 años, entre el 6200 y el 1700 a. C. (García 1994). De este tramo resultan como más significativos los siguientes tres elementos: a) la ocupación íntegra de todo el territorio navarro (García 1995), según un modelo que será discutido más adelante; b) la aceleración del sedentarismo con la formación de verdaderos poblados (García 1994) y; c) la generalización de las formas productivas como estrategia económica central.

En el desarrollo del Primer Congreso sobre el Neolítico Peninsular (Gava-Bellaterra 1995) fueron varias las aportaciones que recogían aspectos parciales del área vasca. Ya nos hemos ido haciendo eco de varias de las opiniones vertidas en aquellas comunicaciones, interesándonos ahora reproducir el trabajo firmado por A. Alday, A. Cava y J. A. Mujika: en el se reflexionaba sobre los caracteres más pertinentes de lo ocurrido en el IV milenio a. C., pues, en principio, este era el tema previsto en la reunión. Se valora la importancia del momento, presentado como un período clave donde se reflejan las tensiones y renovaciones culturales producto de

la consolidación de un neolítico que hunde sus raíces en el milenio anterior. Primeramente se hará hincapié en la escasez de datos disponibles, que no puede asegurar la correcta comprensión de la ecumene, entendiéndose que la parquedad informativa deriva de insuficiencias en la investigación prehistórica no siendo reflejo de una real situación histórica. Implícitamente se tiende a aceptar un cierto retraso en la incorporación al Neolítico, según lo conocido en otros entornos, al manifestar que *sólo la aparición de contados elementos de cultura material, cerámica o algún concreto tipo lítico, sugieren determinados contactos con grupos neolitizados por parte de la población autóctona, que se mantiene cómodamente practicando los sistemas tradicionales de subsistencia* (Alday, Cava y Mujika 1996, 746).

Observan también, recurriendo a un conocido argumento de Cava expresado con anterioridad, ciertas tendencias en la recepción de los influjos externos según vertientes, como constatación de ritmos y orientaciones desiguales en la construcción del neolítico, sin que tal hecho entrañe *excesivos desfases de cultura material, de economía o de cronología* (Alday, Cava y Mujika 1996, 746). Se van señalando asimismo las particularidades industriales, el desarrollo de un hábitat al aire libre con ocupación, tal vez por primera ocasión durante el Holoceno, de nuevos entornos, a la vez que se reúne la escasa documentación económica que se dispone reservándose un capítulo final para la descripción de los fenómenos funerarios con el megalitismo como eje. En un reciente trabajo encabezado por P. Utrilla, y en el que colaboraron también Cava y Alday (Utrilla *et alii* 1998), se propone un sensible adelanto del proceso neolítico a tenor de un haz de nuevas referencias radiocronológicas, así como un análisis desde su raíz mesolítica atendiendo a lo que ocurre en buena parte del Valle del Ebro (País Vasco, Navarra y Aragón).

Para cerrar este primer apartado sobre los recientes estados de opinión sobre el neolítico vasco conviene recuperar algunas aportaciones suministradas por Alday, fruto de una intensa actividad de campo. Entre otras ha ofrecido un modelo de evolución del equipamiento industrial para el área alavesa, y como se defenderá aquí, quizá extensible a otros territorios, desde un mesolítico pregeométrico hacia lo neolítico. Su comunicación al II Congreso de Arqueología Peninsular (Alday 1996) pretendía

ofrecer una primaria valoración de esta nueva documentación a la vez que presentar, a la manera de introducción, una lectura crítica de diversos planteamientos con los que no se estaba de acuerdo. Se aceptaba en su valor la tradicional compartimentación interna del mesolítico y del neolítico incorporando los nuevos datos que pudieran matizar situaciones concretas, y se engarzaba la misma en una visión dinámica que dividía, sin fisuras, el Holoceno inicial en dos grandes ciclos culturales: uno primero, que si alguien lo necesitara pudiera encabezarse como de *adaptación*, a nuevos territorios y paisajes redescubriendo una naturaleza en cambio, que abarcaría diferentes formas mesolíticas y la primera mitad del neolítico, liquidándose a mediados del IV milenio; uno segundo, entendido como continuación nunca como ruptura, pudiera definirse como de *consolidación y complejidad*, en donde el megalitismo, entre otros ingredientes, supone una clara evidencia de la consolidación de las maneras productivas, ya experimentadas anteriormente, y de seña de identidad. Sobre este armazón se van desgranando las pautas evolutivas que competen a los tipos y ubicación de los depósitos arqueológicos, a lo funerario, a lo económico o a lo industrial. Se advierte no obstante sobre las lagunas existentes en la investigación ante una documentación incompleta: escasez de dataciones absolutas, falta de estudios monográficos para ciertos yacimientos emblemáticos, pobreza de las analíticas complementarias... Al respecto se señala la ilógica situación de contar con un único establecimiento de enmarque asegurado entre el V y el IV milenio a. C.: el lugar de Peña Larga, en la Rioja Alavesa<sup>28</sup>. Desde los artefactos se va definiendo: a) una fase mesolítica de estilo “campiñoide”, que supone la concreción de un nuevo episodio ampliando el recorrido de la secuencia industrial; b) el geometrismo, presentando una básica evolución de sus armaduras, y; c) las unidades con cerámicas con algunas novedades a reseñar, todo ello dentro de un progreso que se atisba ininterrumpido.

Habiendo exhibido los textos recientes más significativos sobre la región y la época para la que

<sup>28</sup> A poco que se reflexione sobre este hecho, se debe admitir insuficiencia en la investigación y, por tanto, la necesidad de impulsar programas que llenen de contenido los vacíos documentales.

especulamos, conviene seguidamente entresacar los temas más recurrentes en ellos señalados. La intención es el enfrentamiento de las distintas posiciones para obtener una imagen lo más cercana posible a aquel pasado sin miedo o preocupación a que ésta sea más restringida de lo que desearíamos.

## 2. *La acumulación de los datos y su manipulación.*

Un primer tema de reflexión debe afectar, indudablemente, al registro arqueológico de implicación mesoneolítica: al fin y al cabo sobre él deberá pivotar toda estructuración cultural que quepa describir. Habrá que fijarse en la cantidad de los datos aprovechables y, además, en su calidad, variedad y el uso, no siempre ponderado, que se ha hecho de los mismos. Como sospecha inicial cabe admitir que es la debilidad del repertorio documental el motivo básico de *la mala imagen* desprendida por el mesoneolítico vasco. Aunque no interesa aquí una exposición exhaustiva del transcurso de la investigación, creemos acertado exhibir cuando menos sucintamente cómo se ha ido acumulando la información, para así valorar con mayor ecuanimidad las bases y las razones de las diferentes propuestas emitidas. A este fin nos es suficiente con la comparación de algunas publicaciones de carácter general sobre la Prehistoria Vasca, y del papel reservado en ellas a lo Neolítico. En la clásica obra de J. M. Barandiarán *El hombre primitivo en el País Vasco*, de 1934, las fases epipaleolíticas y neolíticas ocupan una cuarta parte respecto al espacio utilizado para la época anterior, el Paleolítico superior, y una quinta en relación con el final de la prehistoria, citándose entonces nueve yacimientos, casi todos del inicial Holoceno. Se anota la presencia del pulimento, como hecho novedoso y sustancial del momento, y se describe lo industrial a partir de la colección de Santimamiñe. Nada se menciona sobre los modos de vida excepto para comentar una posible domesticación autóctona de la vaca. En su posterior trabajo de 1953, *El hombre prehistórico en el País Vasco*, que es una puesta al día de su obra anterior, se nos presenta un panorama muy similar: continúa el desequilibrio en el conocimiento de estas épocas con respecto a las contiguas, si bien se ha multiplicado por cuatro el espacio dedicado al

mesoneolítico. Se hace notar, y va a ser una constante hasta fechas recientes, la ausencia de datos sobre el Epipaleolítico y el Neolítico de la vertiente mediterránea<sup>29</sup>.

Y, por ilógico que pudiera parecer, la situación no parece haber mejorado mucho en los inicios de los 90: en el volumen 42 de la revista *Munibe*, concebido como un homenaje merecido a la vida y la obra de J. M. Barandiarán, se hace un repaso general al conocimiento de la prehistoria vasca, responsabilizando a diversos autores la exposición de cada uno de los episodios de esta ecumene. En él encontramos un único artículo que, verdaderamente, se refiera al neolítico, frente a seis que se ocupan del Paleolítico Superior y tres para el Calcolítico, más varias alusiones, desplegadas por distintos investigadores, a las formas funerarias del Neolítico Final-Eneolítico. Por si el panorama descrito no fuera suficientemente ilustrativo de la situación “discriminatoria” en la que se encuentra el Neolítico, nos interesa aportar un último documento bien significativo: en 1993 se organizó en la localidad vizcaína de Karrantza un coloquio con el propósito de evaluar a los *primeros agrícolas y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro* y, sin embargo, las referencias a

<sup>29</sup> No va a ser hasta la excavación del lugar de El Montico de Charratu, a mediados de los años 60 tras una primaria evaluación anterior, que se detecte en el área mediterránea un primer establecimiento con referencias claras al Epipaleolítico y Neolítico. Y si bien sobre esta última fase recapacitará y trabajará el doctor Apellániz en la década de los 70, habrá que esperar hasta los años 80 para encontrar nuevas denuncias de lugares mesolíticos, trabajos de campo que se aceleran, y por fin se publican algunos de ellos, en los 90. Tomando como referencia la serie numerada *Arkeoikuska*, órgano de expresión de la actividad arqueológica desarrollada en la Comunidad Autónoma Vasca anualmente y desde 1980, y pudieran añadirse los datos extraídos de *Trabajos de Arqueología Navarra* donde se traslada lo elemental de las excavaciones de Berroberría, Abauntz y Aizpea, pueden retenerse las siguientes consideraciones: a) para el área cantábrica y el período que nos interesa no hay novedades significativas hasta 1994, pues las excavaciones de Arenaza afectan a las fases finales de la prehistoria. Desde esa fecha se citan los trabajos en Garazabal 2 –con escuetas menciones, por confirmar, a niveles del Epipaleolítico y Neolítico–, Kobaderra –lugar sobre el que ya se han publicado varios avances– y Pareko Landa. La publicación futura *in extenso* de todos estos lugares mejorará sin duda nuestras posibilidades de reconstrucción del pasado prehistórico; b) para la vertiente mediterránea los avances han sido más sustanciales: Fuente Hoz, Socuevas, Kanpanoste Goikoa, Atxoste, Peña Larga, La Peña, Mendandia... si bien es más lo que queda por publicar al completo que lo que ya está editado.

estas innovadoras actividades económicas con aporte de nuevas noticias resultaron ser escasas. Se presentaron cinco trabajos para las formas funerarias dolménicas, con preferencia sobre los temas locales –tipológicos y de ajuares para cada estación– frente a los generales, mientras otro se ocupaba de las cuevas sepulcrales –mas apuntes sobre los hallazgos Calcolíticos de Anton Koba–; uno versaba sobre los resultados de varias campañas de prospecciones en yacimientos al aire libre, que se complementaba con sendos estudios sobre el hábitat en estos establecimientos –la mayoría de los hallazgos hay que encuadrarlos en un genérico Calcolítico– y uno más sintetizaba el modelo de ocupación del territorio alavés durante el mesoneolítico; del conjunto tan sólo uno atiende a cuestiones paisajísticas –poco hay para el tiempo que nos interesa– y otro, muy escueto, a estimaciones paleontológicas, presentando éste documentación inédita de domesticación en el neolítico antiguo –a tenor de lo aportado por el abrigo de Peña Larga–; por fin encontramos dos que si se van a centrar verdaderamente en el neolítico, si bien para aspectos muy concretos. Por tanto el debate sobre la época queda resumido en escasos y superficiales textos en un volumen monográfico que, según su título, pretendía ser un reflexión profunda de esos tiempos.

Una conclusión de urgencia que puede extraerse de este “paseo” bibliográfico, retiene el escaso interés que en general ha suscitado la evaluación del período, y siempre que se ha ensayado su reconstrucción nos hemos referido más a cuestiones colaterales que internas: los ritos funerarios del final de la época; la evolución básica de los conjuntos industriales señalando las novedades –el pulimento, la cerámica– pero sin concretar ciertamente un modelo digno; o a suposiciones, que raramente certezas, del camino de acceso a la economía de producción. La ausencia de datos nos impedía ir más allá: así por ejemplo se viene señalando recurrentemente por los especialistas que la escasez de analíticas complementarias de fauna y flora (al día de hoy menos de una decena de evaluaciones polínicas para todo el territorio vasconavarro) resulta ser un impedimento serio si queremos conocer tanto los caracteres climáticos-paisajísticos del momento como la introducción de la ganadería y la agricultura.

Consecuencia directa de este vacío documental que, insistimos, afecta a todos los aspectos del pro-

blema, será el hecho de que se haya pensado y tratado el Neolítico como un “ente autónomo”, dada la incapacidad de conectar este ciclo con una base cultural anterior, el Mesolítico: entre los autores vascos se ha generalizado el uso del término epipaleolítico para designar el episodio que transcurre entre el Paleolítico Superior y el Neolítico, época entendida, a la luz de los hallazgos en entidades prehistóricas cántabras, como una verdadera prolongación, en decadencia, de lo paleolítico. Así, para la comprensión y ordenación de los hechos neolíticos del área vasca se ha tenido que recurrir a propuestas y esquemas ajenos, “importados” de otros focos culturales al parecer más activos, y en todo caso con dinámicas vivenciales diferentes. Ya había advertido I. Barandiarán (1982) sobre los riesgos de este proceder y de los resultados, no siempre óptimos, que de él se derivan. Esta aparente desconexión entre lo epipaleolítico (ahora algunos autores preferimos hablar de mesolítico al observar una línea de continuidad entre este momento y el siguiente) y lo neolítico agudiza la sensación de dependencia que obraría frente a otros territorios más orientales, hecho, que sin ser negado tajantemente debiera ser matizado. Pudiera parecer tal vez una obviedad recordar que, para el acertado entendimiento del neolítico, es necesario alcanzar un mínimo conocimiento del pasado mesolítico: tan sólo así se comprenderá el impacto de las nuevas formas y la importancia de los estímulos externos, y su combinación con las dinámicas internas, en la formación y desenvolvimiento del proceso histórico. Asunto no siempre bien atendido en nuestra bibliografía<sup>30</sup>.

La acumulación de una documentación suficiente para lograr la reconstrucción de la vida neolítica, y del precedente estadio mesolítico, comienza a precipitarse en la presente década: es entonces cuan-

do culminados los trabajos de campo en La Peña de Marañón, Peña Larga y Kanpanoste Goikoa se editan las correspondientes memorias de excavación que van ofertando un número creciente de valores culturales, ambientales y cronológicos, a la vez que proponiendo visiones de conjunto. Están en proceso de excavación, o recién terminadas tales labores, los depósitos de Pareko Landa, Kobaederra, Atxoste, Mendandia, Berroberría, Aizpea, Padre Areso y Los Cascajos, habiéndose presentado ya avances alentadores de lo consignado en varios de ellos (aportes de orden industrial, en lo lítico y la cerámica, cronológico y paisajístico). De Arenaza, Fuente Hoz o Socuevas falta aún información relevante pero esperamos que se suministre en un futuro cercano. Por último, muy recientemente, encardinado en un proyecto de investigación alentado desde el área de Prehistoria de la Universidad del País Vasco, se ha iniciado la revisión estratigráfica del covacho de Los Husos, lugar de referencia habitual en la sistematización de las fases finales del Neolítico de la vertiente meridional del País Vasco<sup>31</sup>.

Es tal la cantidad de información que se va agregando que se ha llegado a afirmar que *alcanzada una base de datos suficiente llega la hora de explicar* (García 1994): aunque es cierto que se están haciendo bien “los deberes”, la complejidad del fenómeno al que nos enfrentamos es tal que conviene aún esperar cautelosamente antes de iniciar seguras explicaciones forzando en exceso la documentación. La “base de datos” puede resultar suficiente al nivel de los artefactos y proponer sucesiones industriales del equipamiento lítico incluso según comarcas menores, o sirve para caracterizar lo fundamental de la producción cerámica. Pero es aún bastante lo que nos falta por concretar respecto a los caracteres ambientales; a los sistemas de explotación territorial y transformación de los hábitats y de los paisajes; a las estrategias de acceso a las formas productivas y

<sup>30</sup> Obviando algunos trabajos de calado menor, y de objetivos limitados, transcurrieron algo más de una decena de años entre las dos propuestas, a nuestro entender de mayor relevancia, que sintetizan lo fundamental del mesolítico vasco. El primero firmado por Barandiarán, en 1982, ordena lo básico de las coordenadas culturales del momento y su proyección hacia el neolítico; el segundo cuya autoría corresponde a Cava, de 1994, evalúa la calidad de toda la documentación existente, de las bases estratigráficas, a la vez que pormenoriza la evolución industrial arropándola con los datos ambientales y cronológicos reconocidos. Quede claro que sin conocer con suficiencia las propiedades mesolíticas nuestro acercamiento a lo neolítico será, por fuerza, muy limitado.

<sup>31</sup> Los títulos fundamentales que recogen las labores de investigación citadas son: Cava y Beguiristain 1991-1992 para la Peña; Fernández Eraso 1997 para Peña Larga; Alday 1998 para Kanpanoste Goikoa; López Quintana 1996, 1997 y Sáenz de Buruaga *et alii* 1998 para Pareko Landa; Zapata, González e Ibáñez 1997 para Kobaederra; Alday 1997 y 1998 para Atxoste; Alday 1998 y en prensa para Mendandia; Barandiarán, 1991-1992 y 1992-1993 para Berroberría; Cava 1996 para Aizpea; como obra de conjunto donde se sintetizan y acoplan varios de estos nuevos datos, y de otros más del Valle del Ebro, Utrilla *et alii* 1988.

combinación de los modelos; al encuadre cronológico del proceso, su ritmo; a la adquisición, promoción e intercambios de las materias primas, bienes e ideas; o en cuanto al tipo, alcance, densidad y vigor de las relaciones interrregionales, conjunto de cualidades que, en la medida que sean transparentes a la disciplina prehistórica deberemos adquirir en aras a descifrar satisfactoriamente las claves neolíticas.

Dado que en los párrafos anteriores se ha anotado que la carencia de información es uno de los mayores problemas a la hora de ensayar la reconstrucción cultural, es bueno que reflexionemos sobre el particular: sobre el desigual valor concedido a los datos según autores; sobre como se han *estirado* y *manipulado*; sobre, en fin, como han condicionado nuestro dibujo del pasado. Es un axioma aceptado por los prehistoriadores que para que las evidencias arqueológicas tengan capacidad de diagnosis deben estar suficientemente ordenadas y adecuadamente estructuradas en seguros y definidos recorridos estratigráficos. Sólo de esta manera podremos comprender en integridad la documentación, contrastarla, entender las asociaciones que tienen lugar y proponer un esquema del desarrollo y evolución de los aperos, el clima, las estrategias económicas... en un aceptable marco temporal. Hasta fechas muy próximas no era esta la situación que encontrábamos en el área vasca ni para el neolítico ni para su inmediato mesolítico: a falta de claros conjuntos cerrados donde observar la sucesión de las etapas culturales, se tenía que recurrir a esquemas foráneos para ordenar y proponer un esquema de neolitización. En el frente cantábrico varios depósitos, de excavación antigua casi siempre, presentan tras un espléndido Paleolítico Superior un difuso Epipaleolítico e inseguras manifestaciones neolíticas y posteriores, deducidas a partir de pobres colecciones cerámicas: en ocasiones las adscripciones culturales aceptadas para estos lotes contradecían los resultados obtenidos en los análisis paleontológicos –caso de Santimamiñe– o radiocronológico –la generalmente despreciada data de Arenaza–. En la vertiente meridional la situación era incluso más deprimida, las referencias estratigráficas se reducían a lo descrito para el Montico de Charratu. La única solución posible ha sido *estirar* los datos para encajarlos en los esquemas importados presentando así una dinámica atípica, pobre y retrasada.

El trabajo de Arias (1991) es sin duda uno de los estudios más minucioso y serio sobre el neolítico cantábrico entre los recientemente publicados, ensayo meritorio pero en el que se hace patente, precisamente, la situación que acabamos de describir: para la evaluación conjunta del mesolítico del cantábrico oriental, esto es de Vizcaya y Guipúzcoa, aporta un inventario lítico de 620 piezas de las cuales el 68% pertenecen al lugar de Santimamiñe –y no es preciso entrar ahora a valorar en detalle los problemas inherentes a este depósito–<sup>32</sup>. En Atxeta, yacimiento para el que se han señalado serios problemas postdeposicionales, sorprende la alta cantidad de sus buriles, que suman hasta el 28% del lote. En conjunto, de las 620 piezas catalogadas se mencionan menos de una decena de geométricos, cifra probablemente muy baja y que contradice los hallazgos que se están realizando en excavaciones contemporáneas de establecimientos cantábricos. Y el panorama presentado en esa publicación para momentos neolíticos, que huelga decir debe aproximarse certeramente a la realidad arqueológica disponible en 1991, no es mucho más halagueño: en este caso se seleccionaron siete yacimientos como los únicos que a juicio del autor tienen capacidad de diagnosis. Ahora el inventario acoge 741 piezas resaltando, nuevamente, el importante pero específico de Santimamiñe, que concentra algo más del 70% de los utensilios. Tomando el mismo ejemplo que antes sorprende el alto porcentaje de buriles de Atxeta, hasta el 24%<sup>33</sup>, situación que va a repetirse en Lumentxa, con un 17% de piezas de esta categoría. En otra estimación del inventario lítico tallado neolítico cantábrico, tomado de Cava 1988, se anotan, tan sólo, 46 objetos para tres niveles de la cavidad de Marizulo, 13 para

<sup>32</sup> Santimamiñe se ha tomado como referencia sustancial de los tiempos postpaleolíticos de la Vasconia septentrional. En lo que fue una excavación modélica para su tiempo (Aranzadi y Barandiarán 1931) se recuperó una colección industrial amplia, contextualizada en una secuencia estratigráfica completa, que hoy deseáramos estuviera más compartimentada. Los estudios individuales de su fauna (Castaños 1984), industria lítica (Cava 1975) y cerámica (Ramírez y Ruiz 1995-1996) han señalado las contradicciones internas: como por ejemplo, y es llamativa, la identificación de especies animales domésticas en el nivel aziliense. Los datos del lugar debieran citarse, que duda cabe, con bastante cautela.

<sup>33</sup> Datos que no se volverán a dar en conjuntos genuinamente neolíticos de reciente exploración.

dos momentos neolíticos de Arenaza y 47 instrumentos en las tres fases estratigráficas de Padre Areso –mesoneolíticas–: se sugiere así lo limitado de los conjuntos y, por ello, la parquedad de las inferencias que pudieran realizarse<sup>34</sup>.

Apelábamus con anterioridad al problema, grave, de indisponibilidad de referencias estratigráficas donde ir encajando los recursos documentales conocidos. El rompecabezas se complica al abordar la contextualización y definición de los establecimientos al aire libre. Su proliferación va a ser, sin duda, uno de los hechos más destacados del desarrollo del neolítico, y aun que trataremos el asunto más profundamente con posterioridad, no nos sustraemos ahora a una breve alusión por que muestra con claridad una parte del déficit analítico al que nos enfrentamos. En un buen número de estaciones superficiales se han recuperado útiles de morfología y técnicas muy particulares: con frecuencia carenados, de frentes con muescas o denticulados, retoques simples de tendencia escamosa, muy amplios y asiduamente inversos. La falta de paralelos claros impedía concretar su calificación cronológica-cultural, entrando a formar parte, en la mayor parte de las publicaciones, en ese cajón de sastre en que se ha convertido lo Eneolítico-Bronce. La denuncia, a partir de excavaciones acometidas desde 1992 en los lugares de Kanpanoste Goikoa, Mendandía y Atxoste, de niveles definidos como de *estilo campañonide*, inmediatamente anteriores a complejos mesolíticos geométricos, de similares características industriales a las descritas, permitiría razonadamente el encaje de aquellas situaciones al aire libre (¿de todas o de parte de ellas?) en momentos más anti-

guos de lo supuesto. Las consecuencias inmediatas, de aceptarse tal idea, serían:

a) la confirmación de un desarrollo habitacional al aire libre con prioridad a lo neolítico;

b) la evidencia de un proceso continuo y de larga entidad que incluye formas pregeométricas, del geometrismo mesolítico y plenamente neolíticas, lo que supone una nueva óptica en el proceso neolitizador;

c) aporta persistencia en la ocupación de ciertos parajes –lo que como veremos afecta directamente a otro de los tópicos del proceso histórico neolítico–.

Como caso específico de esta circunstancia puede repasarse la situación de la Sierra de Urbasa. El entorno ha actuado como foco de atracción a lo largo de toda la prehistoria fundamentalmente por la bondad de sus recursos silíceos. De hecho, recientes estudios petrológicos están detectando la presencia de sílex de Urbasa en un apreciable número de conjuntos prehistóricos, a veces bien alejados de los rasos navarros<sup>35</sup>. Se sabe de la ocupación del lugar en diversos momentos Paleolíticos (inferior, medio y superior), del fin del Paleolítico (Portugain), así como de fases recientes de la prehistoria (Urbasa 11, con una buena parte de su colección propia del Neolítico) y estructuras dolménicas en vigencia durante el Calcolítico (Barandiarán y Vegas 1990, Cava 1988). Tal y como se han presentado los datos, Urbasa parecería mostrar un hiatus ocupacional entre el final del Paleolítico, Portugain, y el neolítico, pensando nosotros que, tal vez, pudieran incluirse dentro de ese hueco algunos de los sitios con industrias líticas de aire campañonide<sup>36</sup>. Esta presunción parte de lo denunciado en las lecturas de los nuevos títulos estratigráficos de los que antes carecíamos, sin ellos la posibilidad de dibujar una dinámica industrial queda, ya se ha visto, muy mermada. Quiere decirse, que sin las adecuadas referencias

<sup>34</sup> Encontramos un ejemplo ilustrativo de lo que acaba de indicarse en el estudio monográfico sobre la cavidad de Kobaederra (Arias 1991b): se consignan 80 piezas retocadas, estando 34 de ellas totalmente fuera de contexto. Las 46 restantes, que pertenecen a distintos tramos de la estratigrafía, son sometidas a un test estadístico de homogeneidad, deduciendo lo compacto de la colección y por tanto la pertinencia de tratarla como un todo –incluyendo los objetos de origen desconocido– llegando a afirmarse que estamos ante *uno de los conjuntos más representativos del Neolítico de tradición geométrica del Cantábrico Oriental*, cuando, en verdad, no sólo nos enfrentamos a una serie muy corta sino que sus componentes geométricos son escasísimos. Pocos mimbres para tejer adecuadamente aquel proceso histórico que permitió el acceso a las maneras productivas, si verdaderamente los depósitos-tipos son del calado de lo rescatado en antiguas excavaciones como las de Kobaederra.

<sup>35</sup> Los resultados preliminares de los trabajos de A. Tarrío señalan sílex de esta Sierra en, por ejemplo, San Esteban de Tolosa, Bolinkoba, Labekokoba, Aizpea, Antoliñakokoba, Mendandía, Kanpanoste Goikoa y Zatoya. Comunicación personal y en Tarrío y Aguirre 1997.

<sup>36</sup> Se retoma el asunto en el apartado séptimo.

liotoestratigráficas, las colecciones materiales tienen muy limitada su capacidad analítica.

### 3. De cerámica, pulimento e industria lítica retocada

Un tercer asunto a tratar, directamente ligado a la escasez de depósitos cerrados y estratificados, afecta a los componentes industriales que son más propios al Neolítico. No pretendemos ahora ofrecer una propuesta de evolución material, tan sólo abordar lo que al respecto se ha dicho, y el por qué, de los tres principales lotes artefactuales: la cerámica, el pulimento y la producción lítica tallada. En buena medida es desde su comprensión de donde nacen algunos de los conceptos –y tópicos– aplicados al proceso neolitizador.

Por lo que respecta a la alfarería es tal la pobreza generalizada, en cuanto a su número, su variedad o a la locuacidad de sus sintaxis decorativa, que los autores apenas si se han ocupado de establecer su significado<sup>37</sup>. Los ensayos de clasificación y ordenación tipológica, referidos al fin del Neolítico y a todo el Calcolítico, se circunscriben a un par de yacimientos considerados como básicos: los lugares de Los Husos y Santimamiñe, según lo dispuesto por Apellániz en 1974 y 1975 respectivamente, tratándose de sendas versiones de una misma idea, pero no pueden tomarse, a nuestro entender, como modelos generales para todo el territorio vasco.

Como caracteres generales de la cerámica se han mencionado que su producción es *escasa y poco típica* (Cava 1990); que va a ser más frecuente en los yacimientos de nueva planta, de inauguración neolítica, que en aquellos que cuentan con una base mesolítica amplia –propuesta que debería corregirse– (Alday, 1997); o, por último, que sus formas son sencillas y la variedad formal no tomará cuerpo hasta finales del Neolítico (Alday, Cava y Mujika 1996). Entre no pocos autores ha cundido la idea de que, también en la industria alfarera, se

<sup>37</sup> De hecho frente a los trabajos monográficos que han ido evaluando con precisión los componentes líticos de tal o cual depósito o etapa se echa en falta un tratamiento similar para la cerámica –excepto quizá en el caso ya nombrado de Santimamiñe–. Simplemente no había gran cosa que decir.

reflejaría bien el retraso del neolítico vasco, al menos para su vertiente cantábrica, al afirmarse que el acceso hacia las formas económicas de producción es *aproximadamente simultánea a la [aparición] de la cerámica*, asumiéndose lo tardío de aquel fenómeno (Arias 1991).

Al día de hoy puede concretarse sin ningún género de duda la presencia de una fase, o al menos de una serie de conjuntos, con cerámica cardial: tanto en los abrigos bajo roca de Peña Larga como de Atxoste, más en Arenaza, se han señalado decoraciones con esta técnica, fechada en los dos primeros lugares citados en el último tercio del quinto milenio a.C. (sin calibrar). Bien es cierto que se trata sólo de tres casos, y con un volumen muy discreto en cada uno de ellos, por lo que tal vez haya quien no quiera otorgarle mayor significado. En realidad el fenómeno pudiera observarse desde otra perspectiva: Peña Larga y Atxoste son los dos únicos depósitos vascos con dataciones absolutas del 4300-4200 a.C., y en ambos hay cardial, por lo que, irónicamente, pudiera decirse que el 100% de las estaciones vascas certificadas a finales del quinto milenio están en la órbita de la cerámica impresa<sup>38</sup>. El representante cardial de Arenaza, que carece de buena representación gráfica que nos muestre su iconografía, ha sido menospreciado al ser localizado fuera de contexto estratigráfico, en un área revuelta de la cueva. En otro apartado daremos nuestra opinión actual sobre el depósito vizcaíno, de su secuencia que incluye fases mesolíticas y neolíticas. Interesa retener aquí que junto a lo cardial se recuperó cerámica con decoración en boquique, tanto en la primera de las fases de excavación como en las campañas más recientes, cuyo diseño ornamental muestra semejanza con algún recipiente de Atxoste incluido en el mismo nivel que su cardial.

Una asociación, que viene repitiéndose con frecuencia, es la compuesta por cerámica –cardial y no– y modo de retoque en doble bisel, aunque no exactamente para la creación de los mismos tipos líticos. Es este un asunto que merecería un análisis más detallado por que, entre otras razones, tal vez nos ponga sobre la pista de cuales son las vías de

<sup>38</sup> Pareciera ilógica la argumentación por la debilidad de los axiomas de partida, cuando, ciertamente, lo extraño es disponer tan sólo de dos lugares para ese encuadre cronológico en un territorio tan amplio.

distribución de este modelo alfarero (¿y sólo de la cerámica?): es aceptable pensar en una vinculación mediterránea para Peña Larga y Atxoste, ubicados como están en el vertiente meridional del País Vasco, pero en el caso de Arenaza, en la septentrional, habría que tener en cuenta el foco cardial aquitano (Roussot-Larroque 1990 y Roussot-Larroque y Burnez 1992). El problema es sin duda de gran calado y se verá reproducido en ajuares de diferentes categorías.

Los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas en Mendandia van aportando un buen número de nuevos datos sobre el mesoneolítico de la región: en su evolución industrial-cultural confirma lo observado en depósitos análogos, pero a la vez presenta una serie de rasgos que, por su individualidad, deberán ser sopesados con cuidado. Así tanto el nivel III superior como el II incorporan un amplísimo lote cerámico, en torno al millar de fragmentos, sorprendiendo la antigüedad que le confieren los análisis radiocronológicos –del 5200 y 4600 a. C. respectivamente–, y proponiendo una fase de cerámicas lisas, o con algún sencillo motivo inciso, anterior a otro con diseños a base de técnica impresa. La redacción de la memoria de excavación, actualmente en proceso, ampliará y mejorará la información avanzada para el establecimiento, y al amparo de ella podrá juzgarse si es o no oportuno reabrir un nuevo debate sobre la posición de la alfarería neolítica o cuestionarse la relación entre este inventario cerámico y los depósitos cardiales denunciados en su entorno.

La conformación de un novedoso instrumental lítico, partiendo de la técnica del pulimento, es, como se sabe, uno de los aditivos que se ha utilizado tradicionalmente para la definición del neolítico. Sin embargo, es probable que, al menos para el caso vasco, se haya exagerado su significado: la larga pervivencia de los útiles así fabricados –no hay que insistir sobre su vigencia a lo largo de todo el Eneolítico– no invita a pensar que su presencia remita, invariablemente, a momentos neolíticos, ni sirven por sí mismos en la definición de un determinada entidad. Contra este proceder, repetido con frecuencia (por ejemplo en Apellániz 1974 y 1975), ya nos advirtió Cava (1988, 83): *no parecen tener un significado excesivamente válido en cuanto a evidencias que avalen una hipotética introducción temprana de esta técnica en el trabajo de la piedra*. El efectivo

disponible es, además, muy reducido: Arenaza, Kobeaga, Los Husos, Abauntz, nivel inferior de San Martín... y no está asegurada la filiación neolítica en todos los casos citados. Las modernas excavaciones de Kanpanoste Goikoa, o de Atxoste no hacen sino confirmar su presencia en momentos ya avanzados, y su ausencia en las fases más antiguas.

Mayor juego nos va a ofrecer el instrumental lítico retocado: por su volumen, suele ser con frecuencia el efectivo más numeroso, por la oportunidad que ofrece de evaluar su dinámica en el paso del mesolítico al neolítico, y por que se presta a su cotejo con lo descrito para otras regiones. Es justo y razonable los esfuerzos de varios autores en la comprensión de esta categoría industrial. Ya hemos anunciado que en este apartado no tratamos de exponer una línea sucesoria de las entidades materiales tan sólo observar algunos de los rasgos que permitirán, posteriormente, centrar y tal vez evaluar con más soltura el proceso. Nos interesa partir de una primera consideración: a nuestro juicio los estudios más fiables sobre los progresos de la industria lítica retocada durante el mesolítico-neolítico se deben a Cava (en 1998 para las formas neolíticas y en 1994 para las mesolíticas) tanto por lo minucioso de las descripciones que ofrece, como por lo detenido de las analíticas y lo ponderado de las inferencias que transmite. Partiendo de sus esquemas, y con ayuda de los nuevos datos se deduce que:

a) deberá aceptarse una base industrial de estilo campinoide que precede a la composición de lo geométrico. Expuesta con dudas en Alday 1997, se verá confirmado al compilar los datos basales de Kanpanoste Goikoa, Mendandia y Atxoste (Alday 1998). Pero sus expectativas no se reducen exclusivamente al área mediterránea (en los lugares citados y probablemente en varios más, como por ejemplo, en Urbasa) si no que pudiera extenderse a la cantábrica: en Arenaza, Santimamiñe y Berroberría son visibles huellas de esta fase cada vez mejor fijada cronológicamente. Aunque exceda a los intereses de este apartado queremos ofrecer una acotación respecto a este utillaje: Arias (1992) cuando valora los temas campinoides del cantábrico, como familia industrial fuera de un tiempo concreto, indica que la frecuencia de muescas y de denticulados se debiera relacionar con un mayor interés en la explotación del bosque. A falta de estudios traceológicos, se ha

propuesto acometerlo para el rico nivel IV de Mendandía, intuimos nosotros que lo que revelan estos aperos es una importante manipulación de la madera: como hipótesis de trabajo avanzamos la idea de que, dados que estos conjuntos se van a caracterizar por la importancia de las actividades cinegéticas como modo de supervivencia, ¿no convendrían tanto muescas como denticulados a la elaboración de un armamento hecho en madera? La falta de unos instrumentos líticos y óseos adecuados a la caza están en la base de nuestras sospechas.

b) debe destacarse el valor del geometrismo (ya en por ejemplo Cava 1988 y 1994, Alday, Cava y Mujika 1996) tanto para los momentos del mesolítico pleno como para el neolítico: aquella idea de que *la presencia del doble bisel no es masiva* (Cava 1988) debe ser revisada puesto que aparece con suma frecuencia en contextos del neolítico. Incluso pudiera ser tomado como indicio tecnológico de la pertenencia a este período: esta confirmada su cronología en Mendandía, Atxoste, Peña Larga y Aizpea, y su recurrente convergencia con la cerámica en momentos antiguos del neolítico, poniendo en solfa la opinión que considera el doble bisel *un buen síntoma del neolítico avanzado... posterior a la cerámica impresa... en el cantábrico... posterior al 4500 cal BC* (Arias 1991a y b; idea que repite invariablemente García 1994). En el desarrollo del geometrismo parecen observarse tradiciones diferenciadas según áreas de manera que, como señala Cava (1994), el entorno cantábrico tal vez pudiera vincularse a ambientes nordpirenaicos, mientras que la mediterránea encuentra mejores paralelos en el Bajo Aragón y el litoral levantino, salvando diversas peculiaridades que le otorgan un discreta independencia en porcentajes, tamaños y variedad de los modelos de armaduras.

c) sigue siendo válida aquella división, en lo industrial, entre ambas vertientes, añadiendo las consideraciones ofrecidas en el punto b. No obstante no debiera observarse esta tendencia como un fenómeno drástico: la propia autora señalaba que su esquema quedaba distorsionado en Kobeaga, donde no se da una directa filiación desde lo superpaleolítico, y el hecho se repetirá en Pareko Landa y Arenaza; por contra el abrigo de Portugain, en la altiplanicie de Urbasa, pertenece a una tradición

finopaleolítica sin parangón, al día de hoy, en el territorio circundante.

En definitiva es aceptable, con las lógicas matizaciones que abonan los trabajos de campo, su idea de continuidad industrial entre el mesolítico avanzado y el neolítico, lo que introduce un matiz decisivo en la comprensión de esta última fase, su constitución y desarrollo. De hecho habrá que reflexionar si dicha continuidad queda restringida al componente material o si va a afectar también a otras esferas culturales: al poblamiento; a la movilidad; a las actividades económicas –como se entienden y acogen las maneras productivas–; a las formas funerarias, por ausencia en los primeros estadios... En la descripción de esta dinámica será tremendamente útil obtener una lectura clara del mesolítico, de lo que bien pudiera decirse como mesolitización: esto es de adecuación a una naturaleza cambiante, de “conquista” de nuevos territorios, del desarrollo de una táctica económica dúctil y variada capaz de sacar el máximo partido a cada nicho ecológico –la estrategia de amplio espectro–<sup>39</sup>. Dado que en el País Vasco, y para la mayoría de los casos, las evidencias neolíticas más antiguas se sobreponen sin solución de continuidad a contextos del mesolítico geométrico –Fuente Hoz, Kanpanoste Goikoa, Mendandía, Atxoste, La Peña aunque débilmente, Aizpea, Pareko Landa, pero no en, por ejemplo, Peña Larga–, en lo que parece ser un progreso inicial no traumático con participación decisiva de las formas autóctonas, no puede abordarse seriamente la descripción sobre la neolitización sin contemplar previamente la cuestión mesolítica.

Retomando nuevamente el papel concedido a los ajuares arqueológicos, y en concreto a la industria lítica, en la parcelación del período neolítico, conviene señalar algunas contradicciones en las que han caído –hemos caído– con cierta frecuencia los investigadores. Menosvalorando los estudios analíticos de los componentes industriales, al entender que lo neolítico debe ser convincentemente analizado a partir de alteraciones “estilísticas”, técnicas e indicios de “actividades religiosas” (sic en Arias 1991) es común

<sup>39</sup> Son títulos recientes sobre el mesolítico, su prolongación hacia el neolítico y la evolución de los ciclos culturales los de respectivamente, Cava 1994; Utrilla *et alii* 1988; Alday 1997.

el uso de criterios puramente “arqueográficos” para delimitar las fases internas, lo que en muchos casos supone una vulneración de los iniciales propósitos aludidos. Entre los ejemplos que al respecto pudieran aportarse baste observar aquel ensayo de periodización del neolítico vasco que, partiendo de un esquema foráneo, propone cuatro fases consecutivas: de disponibilidad, adopción, sustitución y consolidación (García 1994). Si bien en el texto se omite cualquier tipo de referencia, en la vertebración del modelo se contrae una directa deuda con estudios tipológicos ajenos, pues el fin de cada una de las fases y el comienzo de la siguiente coincide con las consabidas sustituciones de determinadas categorías líticas retocadas<sup>40</sup>. No entramos en la valoración de las bondades del organigrama dibujado, pero conviene señalar que no nos parece de recibo ignorar lo que de aceptable tienen diversos trabajos concebidos a la “manera clásica”, si fuera correcto hablar así, y, sin embargo, apoyarse en sus datos para dibujar escenarios presuntamente novedosos. Lo que queremos resaltar es el hecho de que priorizando una determinada opción explicativa, o combinación de varias opciones –tengan estas un trasfondo económico, antropológico, industrial o simbólico– debería seguirse siempre dicha línea interpretativa, en vez de ir variando los argumentos según convenga en cada caso. Asumimos que el axioma es más fácil de exponer que de ser seguido al pie de la letra: con frecuencia los datos arqueológicos nos llevan a callejones sin salida, pero siendo conscientes de nuestras carencias fijaremos los límites explicativos y quizá los mecanismos de superación.

En el mismo tono, es absolutamente lógico cuestionarse la validez del retoque plano como marcador del final de una etapa, el Neolítico, y el inicio de otra, el Calcolítico. En realidad la discusión carece de sentido, basta con establecer globalmente las cualidades culturales que dan sentido a uno y otro momento: desde esta perspectiva algunos cambios de opinión son científicamente irreprochables, al ensayar la resolución de los problemas desde nuevas ópticas<sup>41</sup>. Más difícil de aceptar será que a) arreme-

tiendo contra la capacidad de diagnosis cultural de algunos elementos materiales, directamente sobre el retoque plano, se utilice después como evidencia clave para la subdivisión del discurrir histórico<sup>42</sup>, b) o que la validez otorgada al geometrismo, en “oposición” a una tradicional industria microlaminar, como marca de “los orígenes de la economía de producción en el País Vasco meridional”, a falta de otra documentación arqueológica más clarividente, le sea negada posteriormente al retoque plano en el ejercicio, que se admite artificial, de establecer tramos menores. Tanta capacidad, o falta de, pudiera tener un elemento como el otro, lo correcto será jugar siempre con las mismas cartas: la aplicación de similares criterios formales<sup>43</sup> para obtener una coherencia interna en el discurso.

es nuestro para matizar que la misma fecha, o muy aproximada sería aplicable al área cantábrica) no entra necesariamente en contradicción con su exposición posterior (Arias 1994, 31) sobre que el neolítico final “se caracteriza industrialmente por la extensión de la fabricación de puntas de flecha de retoque plano invasor. En la actualidad no parece justificado el uso tradicional de estos útiles como *fósil director* del Calcolítico”.

<sup>42</sup> Las propuestas de García (1994) sobre que: a) “la presencia o ausencia de un segmento de círculo de retoque en doble bisel, de un foliáceo de retoque plano, de tal o cual hacha o cerámica, etc., no debe seguir siendo la base de nuestras interpretaciones y explicaciones” –referido a la problemática de los yacimientos al aire libre–, y; b) “creemos excesiva la importancia dada a la aparición del retoque plano... como para realizar una separación de carácter cultural y hablar de un antes y un después, de un Neolítico y de un Calcolítico” no compatibilizan bien con los contenidos que va agregando a cada una de las fases culturales que se encadenan a lo largo del proceso neolitizador. Por ejemplo, la fase de disponibilidad se va a inaugurar con la formación de las industrias geométricas; en la de adopción se señala lo novedoso de la cerámica; y en la de sustitución se van describiendo nuevos útiles en piedra. En suma criterios “arqueográficos puros” combinados con otros no siempre tan explícitos (García 1995).

<sup>43</sup> En alguna ocasión nos hemos decantado por el uso del retoque plano para la configuración de las puntas de flecha como marcador, muy parcial, entre el Neolítico Final y el Calcolítico (así en Alday 1992). Sin embargo, nunca emprenderemos una encendida defensa del argumento. Ahora bien si aceptamos la variabilidad ofrecida por otros utensilios líticos, cerámicos, metálicos, óseos o para el adorno, en sus formas o técnicas, no encontramos razones serias para su descarte. Es considerado como un *indicio* que puede arrastrar, tal vez, otras consecuencias más significativas: un nuevo sistema de armamento. ¿Más apto para unas actividades cinegéticas en cambio, toda vez que la ganadería y la agricultura van ganando posiciones, o adecuado también a una competitividad entre los grupos humanos que llegan a desembocar en enfrentamientos directos? No lo sabemos, se trata de un indicio más. Por otra parte reducir lo Calcolítico a la mera presencia del

<sup>40</sup> En extensión en el apartado I del presente texto.

<sup>41</sup> Así que en Arias 1991 se indique que “parece razonable una fecha en torno al 3000 cal BC para las primeras puntas de retoque plano del *Alto Ebro*, lo cual se puede considerar el límite final para al neolítico” (1991, 253. El subrayado

Respecto a lo idóneo, o no, del uso de temas industriales para parcelar internamente el proceso, cabría decir que:

a) se es consciente de lo limitado del argumento en la mayor parte de las ocasiones, se toma simplemente como la manifestación de un cambio, no del cambio en sí, que ni lo describe ni lo explica;

b) las sustituciones de algunos tipos –modelos de geométricos, de unos modos de retoque, de lo geométrico en favor de las armaduras de retoque plano– van mas allá de meras reformas en los gestos técnicos de elaboración, pudiendo esconder alteraciones más profundas en los aperos y su uso: por un diferencial sistema de enmange, por nuevas formas de propulsión y lanzamiento, por el uso de materias primas de singulares características...;

c) dado que el fenómeno se repite en entornos geográficos amplios, que incluyen diversas áreas culturales, se toma como registro de tendencias históricas: se deberá discutir sobre el grado de dependencia, el sentido de las influencias, o los ritmos de la adopción;

d) por último, la rapidez en asumir los cambios o, por el contrario, las pervivencias manifiestan tradiciones que merecen ser juzgadas en detalle.

#### 4. Retrasos, continuismos y resistencias

En las dos secciones anteriores hemos planteado la problemática básica que rodea a la documentación arqueológica referida al neolítico, no tanto en cuanto al número y calidad de los depósitos y sus secuencias sedimentológicas, sino en lo referente a la calidad de los datos y a la manipulación que hemos venido haciendo de ellos para sacarles el máximo partido. Esperamos que haya quedado suficientemente claro que siendo, bajo nuestro punto de vista, bastante precaria la información, la reconstrucción

metal, que quizá en sus inicios no acarreo cambio cultural alguno, o al surgimiento de la cerámica campaniforme, que no siendo un fenómeno unitario adopta distintas formas en según que comarcas vascas, no deja de ser también un elemental ejercicio de arqueografía.

del atestado histórico será, por fuerza, muy parcial, y que en buena medida varios de los “tópicos explicativos” que adornan a la neolitización del área vasca devienen de lo fraccionado del inventario arqueológico. Tal vez no se correspondan con una exacta reproducción de aquellos tiempos. Así ha venido siendo un tema muy recurrente en la bibliografía el supuesto *aislacionismo* de la región que engarzaba con el juicio, muy extendido, de *retraso* y *continuismo*. La idea, alentada por el quehacer de los investigadores locales, ha trascendido y calado en trabajos generales, de tal manera que viene a ser esta la imagen que se ofrece para el arco vasco al describir los ritmos y el proceder de la neolitización en Iberia. Se ha justificado este retraso aportando y combinando valoraciones de índole muy diversa puramente arqueológicas la más de las veces, pero también de carácter antropológico –*la raza vasca*–, ecológicas –se ha escrito sobre la “indisponibilidad” (sic) del territorio para afrontar los nuevos retos económicos–, de tradicionalismos –con la etnografía comparada como sustento–, históricos... En realidad, deseamos insistir, el problema estribaba en la falta de datos, de investigación real.

Entre las expresiones que al respecto pueden fácilmente recopilarse hemos escogido las siguientes: *Ya entonces [desde el Paleolítico Superior] puede hablarse de los vascos como habitantes de las comarcas que hoy ocupan... singularidad no interrumpida de la cultura de este país desde aquellos lejanos tiempos a los albores de la Historia* (Barandiarán 1934, 351-356); [en la formación de lo que se concibió como “cultura pirenaica” convergerán formas asumidas desde el] *sustrato auriniense más la llegada del megalitismo* (Pericot 1950), clara manifestación de creencia en una filiación cultural directa; [la cristalización de la economía de producción se definirá por una] *larga pervivencia de la depredación e introducción tardía*<sup>44</sup> *del neolítico... fenómeno tardío que no modifica tradiciones* (Marsán 1972). Conjunto de ideas que llegarán a plasmarse en frases tan rotundas, y a menudo bien acogidas, como que el *Robison vasco seguirá habitando en su isla. Pervivencias, continuismo y aislacionismo* como piedras de toque de la prehistoria reciente desde donde pudieran justifi-

<sup>44</sup> Este subrayado, y los siguientes, son nuestros con el fin de hacer resaltar los términos en uso.

carse constantes históricas. En algunas versiones se subraya que este aislacionismo será más visible en el frente cantábrico que en la vertiente mediterránea, proponiéndose un retraso del Grupo de Santimamiñe en rasgos neolíticos frente a Los Husos (Apellániz 1974), aunque al final el resultado del proceso será idéntico para cada una de las áreas pues *la historia de ambos grupos parecen terminar del mismo modo y en formas muy similares, el aislacionismo y la resistencia* (Apellániz 1975). Resistencia cultural, epíteto sonoro que va a manifestarse inclusive en “*los caracteres genéticos durante el mesolítico y el neolítico*” (Manzano 1994, De la Rúa 1994): lo cual nos parece mucho decir a tenor del inventario óseo humano disponible para la totalidad del mesolítico y las primeras fases del neolítico. La información antropológica no se va a acumular hasta fines del neolítico con el desarrollo de las estructuras dolménicas, y es desde aquí cuando podrán ensayarse estudios convincentes <sup>45</sup>.

<sup>45</sup> Dado el propósito de este trabajo pudiéramos reservar un apartado a la reflexión de las peculiaridades antropológicas de la prehistoria reciente, por cuanto conforma un argumento más en la defensa de la “originalidad vasca” en tiempos prehistóricos: en concreto el significado de la llamada “raza vasca”. Sobre el desarrollo de los estudios antropológicos prehistóricos del País Vasco consúltese a Barandiarán 1987. Allí entre otros asuntos se dirime lo que ha sido la conformación del tipo *Pirenaico occidental* a partir, en lo básico, de mediciones craneales. No podemos, por desconocimiento, discutir si tal proceder, las síntesis métricas de cráneos, es suficiente o no para la determinación de una raza, queriendo hacer notar únicamente que los avances publicados de antropología biológica señalan como parentesco más cercano a los vascos actuales etnias que se encuentran en territorio extrapeninsular: el norte de África (?). Y que así mismo, dentro de las comunidades que hoy poblamos la Península Ibérica los caracteres serológicos más característicos (alta presencia de 0-) se da entre vascos y portugueses en similares porcentajes. Ya señaló Basabe en 1966 –tomado de Barandiarán 1987, 39– que resulta por ahora inasequible pensar en el momento en que la población prehistórica autóctona manifiesta en sus restos tal frecuencia e intensidad de correlaciones que le capaciten para ser considerado como grupo originario. Según lo conocido, lo que puede indicarse con seguridad es que desde finales del Neolítico y durante todo el Calcolítico, cuando las pruebas abundan, la población del área vasca está compuesta en lo fundamental por *Pirenaicos occidentales* y *Mediterráneos graciles*, a los que se van incorporando contaminadamente, otros tipos (alpinos, armenoides o mediterráneos robustos): aunque puedan trazarse diferencias territoriales según la proporcionada presencia de los grupos, la línea cultural es responsabilidad conjunta de ambas etnias. No debería pues con fundirse homogeneidad racial, término aplicado desde la antropología física, con unidad cultural desde los parámetros de la etnografía y la historia.

En estas circunstancias, a nadie debe extrañar que se haya presentado una imagen realmente negativa del período mesoneolítico vasco: *alimentándose pobremente de las pocas especies que restan y de los moluscos, sobre todo en las zonas costeras. Esta [los cambios climáticos del Holoceno] determina la decadencia de la industria y del arte cuaternario* (Barandiarán 1934 y 1953); *el neolítico vasco, como otros períodos, no es tampoco especialmente brillante* (Apellániz 1974, 185) <sup>46</sup>. Recalcamos que esta imagen de marginalidad ha nacido y se nutre de una falta absoluta de verdadera documentación: ejemplo palpable vamos a encontrarlo en la relación de dataciones radiocronológicas que se han ido recopilando con el avance de las investigaciones. En la década de los 70 se había consignado una única fechación para el séptimo milenio a. C. <sup>47</sup>, por ninguna para los milenios sexto y quinto y tan sólo una para el cuarto; en los 80 la suma para los mismos tramos será de 3, 5, 5 y 15 –en total 28–, en su mayor parte referidas a recintos dolménicos encuadrados en el último tercio del cuarto milenio; y en los 90 de 12, 15, 20 y 24 –en total 71– <sup>48</sup>. En la medida que las referencias c-14 han aumentado, en un proceso que se ha precipitado recientemente, se va rompiendo la imagen de marginalidad, tanto para la dinámica de mesolitización <sup>49</sup> como para la de neolitización, proponiendo

<sup>46</sup> Arias, en lo que es la introducción a su obra de 1991 justifica sus esfuerzos investigadores, entre otras razones, por el hecho de que la región cantábrica era una zona marginal: en ella no se habrían inventado las técnicas, ni estas habrían llegado en fechas tan tempranas como en la costa mediterránea peninsular. Además, no se conocían yacimientos espectaculares, por todo ello parecería que “no mereciera la pena preocuparse de un proceso oscuro cuyo desarrollo se suponía sin necesidad de investigarlo” (Arias 1991, 20). Consideraciones contra las que se rebelaba, pero que pudieran hacerse extensibles a la totalidad del territorio vascongado.

<sup>47</sup> La data, correspondiente al depósito de Urtiaga, es considerada errónea y no suele ser tenida en cuenta. En los siguientes recuentos también se suman otros resultados que se estiman aberrantes.

<sup>48</sup> Una inicial observación retiene que será en los 80 cuando empezamos a contar con un elemental inventario de fechas absolutas: en los 90 se multiplica por 2,5 el catálogo destacando un mayor interés por la contextualización del séptimo, sexto y quinto milenio que multiplican sus datos por 4, 3 y 4 respectivamente, y se anuncian próximos resultados.

<sup>49</sup> Sorprendiendo las altas fechas que alcanza el geométrismo en el Alto Valle del Ebro, fenómeno más antiguo, según el dato, que en su tramo inferior. Utrilla *et alii* 1988.

los inicios de esta a mediados del quinto milenio –salvedad hecha del lugar de Mendandía–<sup>50</sup>.

Con esta y otras confirmaciones son cada vez más los investigadores que reclaman un mayor protagonismo del proceso neolítico vasco, denunciando lo erróneo de la extendida creencia de aislamiento general: para ser justos habría que citar previamente algunos textos de J. M. Barandiarán quien, a pesar de la descripción pesimista antes trasladada, afirma, en 1953, que *la población de los valles vascos no estuvo aislada en ninguna época* (Barandiarán 1953, 150); por su parte Gorrochategui y Yarritu ofrecen sus dudas sobre que el mantenimiento de pervivencias deba ser entendido como franco aislacionismo, pues *algunas de las pervivencias son fruto de dataciones mal realizadas y otras se basan en yacimientos de gran pobreza* (Gorrochategui y Yarritu 1990, 119) –aunque no nos queda claro si esta afirmación es válida para el Neolítico o el Calcolítico– para apuntar posteriormente que *la comunicación ha debido de realizarse Norte a Sur con tanta intensidad al menos como E. a W.* (Yarritu y Gorrotxategui 1995, 209); en otros textos, aun que no se haga una alusión directa, se deja entrever la aproximada contemporaneidad y similitud de caracteres entre al menos una parte del territorio vasco –para la que sí habría suficiencia de evidencias arqueológicas– y regiones vecinas, especialmente del Valle del Ebro, pues se someten sus dinámicas industriales a cotejos estadísticos en busca de regularidades y homogeneidades.

##### 5. Definiendo el Neolítico: las actitudes

En párrafos anteriores hemos aludido al hecho, relativamente frecuente, de la importación de modelos de neolitización para su aplicación al desarrollo cultural del área vasca: en algunas circunstancias este proceder encorseta las capacidades analíticas y fuerza los argumentos para encajar los datos en una dinámica no suficientemente contrastada. Advertimos que nos parece legítima la toma de préstamos ajenos, con la condición de que éstos supongan no

<sup>50</sup> En la “rotura” de esta marginalidad mucho tienen que ver los recientes resultados obtenidos en la vertiente mediterránea que *arrastran*, por aplicación o simulación, a la cantábrica.

sólo una traslación literal de títulos y nomenclaturas, sino también del esquema interpretativo general en el cual se sustenta, lo que o bien a veces no se hace o bien los planteamientos de base son con frecuencia traicionados ante la parquedad de los razonamientos disponibles. Si sólo se tratara de problemas que atañen a la nomenclatura, como por ejemplo, y retomando el discurso anterior, si el neolítico puede darse como terminado con la construcción de útiles de retoque plano, en lo que no cabe duda se toma como una simplificación, o si se prolonga hasta los inicios del campaniforme a la manera de la escuela francesa, el debate carecería de interés: bastaría con fijar con la mayor de las exactitudes posibles los caracteres internos de cada una de las fases que quieran describirse.

La polémica se amplía cuando se enfrentan entre sí conceptos diferenciados. Los autores al tratar del neolítico solemos reservar una introducción donde plantear los términos que definen al período, pero los argumentos tropiezan, en lo que parece ser un movimiento circular, con lo escueto de la documentación: los marcadores a usar son restringidos y discontinuos, por tanto, las bases pobres.

Una de las cuestiones iniciales que aborda Apellániz en su tesis se refiere al *¿cuándo podría hablar de Neolítico? ¿Cuándo en un nivel estuviera certificado algún rastro de neolitización como la domesticación, el pulimento de la piedra, la cerámica o algo similar? Este criterio me parecía insuficiente... ¿Cómo saber cual era el primer signo de neolitización o al menos aquellos que definirían juntos la famosa revolución neolítica?* (Apellániz 1975, 14)<sup>51</sup>, para acabar diferenciando un verdadero neolítico<sup>52</sup> de la neolitización<sup>53</sup> y reflexionar sobre la naturaleza del

<sup>51</sup> Compárense estas preguntas con los planteamientos iniciales que aborda Cava quince años después (1990, 99): “Hasta que punto es válido admitir como poblaciones neolíticas a aquellas que no han alcanzado un grado total de desarrollo social, económico o industrial... y sólo incluye una variación parcial en algunos de ellos con respecto a los modos de vida anteriores”.

<sup>52</sup> “aquel período en el que aparecen las técnicas mas características de la llamada revolución neolítica... si no todas unidas, al menos alguna, entre ellas algunas de las de economía productiva “ (Apellániz 1974, 324).

<sup>53</sup> Cuando “estas formas se presentan unidas a otras cuya aparición en otros lugares es posterior al Neolítico y se puede presumir que han arrastrado consigo a las primeras y así han llegado juntas” (Apellániz 1974, 324).

neolítico precerámico<sup>54</sup>. Las dudas planteadas parten de la complejidad del problema y del reconocimiento honesto de la parcialidad de las posibilidades analíticas del registro arqueológico<sup>55</sup>: son inteligentes las preguntas que plantea González Morales sobre los elementos regidores de la época, ¿acaso el doble bisel en Herriko Barra, la cerámica en Zatoya o la cronología en Urtao para hogares fuera de contexto? (González Morales 1992, 192).

En alguna ocasión se llega a establecer una dudosa equiparación entre estadio cultural y modelo económico, corriendo un serio riesgo de simplificación, máxime ante las dificultades que encontramos los prehistoriadores para describir y juzgar en integridad las estrategias económicas de

<sup>54</sup> “¿Podría sin embargo ocurrir que el Neolítico hubiera empezado en el País Vasco por una etapa precerámica? Era posible... Se comprende que una vez certificado el Neolítico, se puede hablar, con mayor luz del neolítico precerámico” (Apellániz 1975, 14). En ausencia de la alfarería ¿cuáles serían las evidencias que nos permitirían identificar esta etapa? ¿El pulimento? Otros autores han preferido acuñar el término de Epipaleolítico con cerámica para nombrar aquellos grupos que en apariencia viven “a los modos mesolíticos”, añadiéndoles algún rasgo industrial típicamente neolítico al que no se le supone inicialmente gran trascendencia.

<sup>55</sup> Un caso particular donde la determinación de lo que es o no es neolítico choca con la realidad arqueológica vamos a encontrarlo en Arias (1995, 270): “Hemos considerado neolíticos los contextos en los que existían indicios de agricultura o ganadería, o en los que se documentan otros rasgos arqueológicos que no parecen probables en la región antes de la neolitización, como la cerámica o los monumentos megalíticos. El criterio para caracterizar los contextos epipaleolíticos ha sido negativo: la ausencia de estos rasgos”. Al margen de algún detalle menor, fruto de la linealidad de la redacción –debería quizá haberse aclarado que no *todos* los monumentos megalíticos son neolíticos y algunos de ellos, en concreto los dólmenes, alcanzan al menos igual protagonismo durante el Calcolítico– en la definición se notan por igual carencias y excesos: la cerámica es un bien que puede servir como rasgo identificativo del período –y de otros– pero su ausencia, es decir, su aplicación en negativo, no puede tomarse como valor de lo mesolítico. Ya sea por problemas de conservación, o por la funcionalidad especializada de algunos yacimientos, son conocidos lugares indudablemente neolíticos carentes de loza –y de agricultura, y de ganadería–: como más representativos pueden citarse Herriko Barra –por su datación y caracteres industriales trátase de un depósito en edad fronteriza– o Urbasa 11 –con una notable colección lítica de tradición, en su mayor parte, neolítica plena–. Otro tanto pudiera decirse de los sitios certificados como áreas de captación (canteras) y de transformación (talleres) del material silíceo, donde lo específico de su funcionalidad restringe enormemente el registro arqueológico hasta el punto de no reflejar con exactitud su pertenencia a una esfera cultural dada.

los antepasados. Así García (1994, 94) entiende que puede hablarse de Neolítico, desde el punto de vista cultural, con la llegada de la producción [o tomando como referencia el propio título del artículo economías de producción, en plural], para afirmar más adelante que no es correcto entender como “Neolítico (culturalmente) conjuntos con cerámica y economía depredadora” (García 1994, 96)<sup>56</sup>. Como otros autores, presenta una disgregación entre lo neolítico –según las coordenadas que acabamos de indicar– y la neolitización, presentándolo como un recorrido de largo alcance que “arrancaría entre los Grupos del Epipaleolítico reciente (circa 6200 BC) y culminaría en el Bronce antiguo (circa 1700 BC). Lo que significa dar a la neolitización de estos territorios [el País Vasco Meridional] una duración de unos 4500 años” (García 1994, 96)<sup>57</sup>.

En los planteamientos generales sobre el neolítico se manifiestan, según lo expuesto, tres actitudes:

a) el uso de marcadores industriales: solos o en combinación con otros parámetros;

b) la preferencia por argumentos más cercanos a lo antropológico que a la realidad arqueológica conocida;

c) el recurso a la identificación de lo económico como garante de individualización cultural.

Cualquiera de los criterios son razonablemente válidos y contienen tanto virtudes como carencias. Pero en su lectura crítica hemos tratado de transmi-

<sup>56</sup> ¿No se introduce una contradicción bajo tales conceptos? Si una entidad no puede decirse culturalmente neolítica ¿es aceptable su encuadre dentro de dicho período por mas que la referencia radiocronológica lo indique?

<sup>57</sup> Aún siendo común que los investigadores diferenciamos entre Neolítico y Neolitización pocas veces se llega a dotar a este último proceso de tanta extensión: identificándose ciclo cultural con modo económico aquel debe ocupar los prolegómenos del proceso –lo mesolítico en nuestro caso– su desarrollo inicial –primeras fases del Neolítico– y su consolidación definitiva final del Neolítico, Calcolítico y primeros estadios del Bronce–. Ya hemos anotado anteriormente sobre la inoportunidad de caracterizar y comprender el Mesolítico final con referencia a las transformaciones futuras, estableciendo tal grado de dependencia que parece asumirse un “teledirigismo histórico”, y menos comprensible no parece aún cuando después se nos presenta lo neolítico como un proceso de aculturación, de recepción de elementos culturales ajenos.

tir la idea de que dependiendo de los planteamientos de partida se obtiene una determinada visión del pasado: la oposición de los contenidos reflejará las lógicas diferencias de partida, y si estos están muy alejados puede no ser científicamente asumible el contraste de las opiniones, las hipótesis no serán intercambiables.

#### 6. Neolítico, megalitismo y montaña: falsas equivalencias

Uno de los argumentos que en los últimos años más se ha manejado en relación con el neolítico, en concreto sobre el desarrollo de las formas productivas, ha sido lo megalítico. La equivalencia establecida entre expansión del dolmenismo y ganadería y, como asunto colateral pero justificativo, ocupación de áreas de montaña –hay quien aplica el término de colonización– ha sido asumido por bastantes autores<sup>58</sup>. La hipótesis constituye el núcleo de varias interpretaciones en donde vuelve a transmitirse la idea de un tardío proceso neolítico en el área cantábrica, poniendo en duda unas determinadas formas neolíticas premegalíticas y no observando evidencias agrícolas anteriores al Calcolítico (González Morales 1992, 194 y 193 respectivamente). Incluso nosotros mismos en alguna ocasión, al amparo de tal suposición, hemos relacionado economía productora y desarrollo megalítico, aunque no exactamente en esa misma dirección: más bien como manifesta-

<sup>58</sup> Citamos como más significativos a González Morales 1992 y 1996 “ni el testimonio directo de los restos de fauna y flora, ni los indirectos en los cambios en las formas de uso del territorio muestran rastros verificables en el registro arqueológico de transformaciones económicas anteriores a las fechas de los primeros megalitos en todo el ámbito cantábrico” (1996, 483484); Gorrochategui y Yarritu (1990, 121) “el fenómeno de la ocupación de tierras marginales, de las altas sierras montañosas, debe ser el signo de un proceso de extensión de las tierras utilizadas por las comunidades prehistóricas para producir alimentos”, idea que matizan muy acertadamente en 1995; Serna (1995, 133) “cambios sustanciales en el poblamiento de estas áreas [altos de Guriezo] asociado a la presencia de estructuras megalíticas” (también en González Morales y Serna 1991); Díez Castillo (1995, 144) “Esta introducción de la economía productora se evidencia en la erección de los numerosos monumentos megalíticos que pueblan las comarcas meridionales cantábricas”. Debería indicarse que parajes en altura (Gorbea o Urbasa) conocen significativas ocupaciones preneolíticas: Urratxa (Muñoz y Berganza 1997) o Portugain (Barandiarán, y Cava 1986).

ción de la *consolidación* de las nuevas aptitudes “administrativas”, en vez de como iniciación de las mismas<sup>59</sup>. Puede seguirse en Díez Castillo una elemental descripción de las fases del proceso (neolítico-megalitismo-nuevos territorios) apelando a una primera ocupación de las áreas altas, “los pastos alpinos”, y un posterior descenso por ladera despejando el bosque mediante su quema (Díez Castillo 1995, 114).

Hoy en día, sin embargo, se va acumulando documentación que desvincularía la relación directa entre ambos fenómenos: fuera del área cantábrica, aunque para un paisaje de altura, se ha constatado ganadería ya para el 4200 a. C., en el covacho cardial de Peña Larga con vaca, oveja y cerdo, y en ella para poco antes del 4000 en Arenaza, y signos de agricultura desde el 3680, en Kobaderra según datación del nivel IV habiéndose identificado cereal en el subyacente V. Pero incluso sin ayuda de estos recientes datos habría razones para recelar de la propuesta: su censura debe hacernos reflexionar sobre el tratamiento que solemos dar al repertorio arqueográfico.

En primer lugar puede defenderse sin dificultad la existencia de un poblamiento en altura anterior al megalitismo, incluso para el mesolítico, rompiendo la ecuación neolítico final igual a ocupación de sierras y altos de montaña: de hecho algunos de los paleosuelos sobre los que se edificaron los megalitos han resultado ser, a la luz de la radiocronología, mesolíticos, como en el caso de Sierra Plana de la Borbolla. Segundo, porque fuera de los monumentos megalíticos desconocemos, para la mayoría de los altos, un apreciable catálogo de lugares de habitación, en cuevas o al aire libre, adscribibles a aquellos momentos. Dicho de otra manera, si no fuera por el registro funerario nuestra información no sería muy diferente de la disponible para tiempos anteriores, e incluso posteriores<sup>60</sup>. Tercero, enten-

<sup>59</sup> En este sentido, y muy recientemente, Arias *et alii* (en prensa).

<sup>60</sup> ¿Qué podría decirse sobre el hábitat en ambiente de montaña para las fases postmegalíticas? ¿Siendo tan escasas las informaciones para los últimos momentos de la prehistoria, e incluso primeras etapas históricas, deberíamos admitir un abandono de estos parajes tras lo dolménico? Recientes trabajos de investigación arqueológica identifican como cabañas de época medieval lo que se ha catalogado en cartas arqueológicas como arquitecturas prehistóricas (comunicación personal de J. A. Mujika). Desde otra pers-

dida la erección de los dólmenes como manifestación de puesta en marcha de unas nuevas estrategias económicas, de producción, y dado que el fenómeno megalítico tiene una amplísima representación geográfica, deberá suponerse que tal identificación será común a todas, o gran parte de, las áreas donde dichas arquitecturas han hecho fortuna. Basta cotejar las síntesis regionales para convencerse de que tal concordancia no se repite: siendo fenómenos que convergen, y que llegan a explicarse mutuamente, tienen orígenes y dinámicas diferenciadas.

La construcción de yacimientos prehistóricos en altura, en su mayoría de carácter funerario, es paralelo a lo observado en el valle, probablemente síntoma de un aumento demográfico difícil de evaluar: también aquí se erigen estructuras megalíticas y está fehacientemente contrastada la progresión de los establecimientos de habitación desde, al menos, finales del neolítico. El tema ha sido bien tratado por numerosos autores y para diferentes entidades geográficas: Gorrochategui y Yarritu (1990, también en Yarritu y Gorrotxategui 1995) y López Quintana (1995) para Vizcaya; Ortiz (1987) y Beorlegui (1995) para Alava; Beguiristáin (1982) y García (1995) para Navarra. Puede aportarse sobre el particular una directa cita de M. Beorlegui que, referida a la Llanada Oriental alavesa, es aceptable para lo que se describe en buena parte del territorio vasco: la abundancia de yacimientos al aire libre es indicio de *un incremento demográfico más o menos estable a partir de la segunda mitad del IV milenio coincidiendo con la difusión del megalitismo* (Beorlegui 1995, 334). Por su parte Ontañón al recrear la estructura habitacional de Cantabria en el Neolítico Final-Calcolítico, expone la abusiva e ilusoria imagen del poblamiento de la montaña como un fenómeno único: observa una sincrónica ocupación costera, en áreas de La Marina, hacia el interior y en territorios de altura (Ontañón 1995).

pectiva puede discutirse si es razonablemente correcto contraponer la abundante información funeraria del Neolítico Final con su ausencia anterior, para, desde allí, derivar inferencias económico-habitacionales, máxime cuando fuera de este tipo de manifestación las fuentes documentales son tan parcas. Habría que asegurar, además, la absoluta contemporaneidad del megalitismo de montaña. No olvidemos, así mismo, que hay quien explica la abundancia de dólmenes de montaña –y la escasez de asentamientos de uso cotidiano– desde presupuestos más *ánimoso-sociales* que económicos: es otra forma de observar y buscar respuestas al problema.

En resumen, puede retenerse la idea de que el *espectacular* desarrollo del megalitismo de montaña no debe inducirnos a pensar en una *inicial* conquista de los altos, dado que el fenómeno es en realidad anterior a su instalación y porque, además, es contemporáneo a lo observado en el valle, no es una realidad única<sup>61</sup>. Con seguridad estamos asistiendo a un importante aumento demográfico que se corresponde mejor con la estabilización de las formas económicas productivas que con sus primeras experiencias.

Un par de anotaciones más son posibles para zanjar el asunto:

a) Primero, se insiste últimamente y con cierta frecuencia en la falsedad que se esconde bajo la identificación de nichos de montaña igual a economía ganadera. La presencia de granos de cereal en estaciones megalíticas, a apreciable altitud –en por ejemplo Trikuaitzi (Mujika y Armendáriz 1991) por más que no puedan encuadrarse cronológicamente– más la recogida de información etnográfica avalan las posibilidades agrónomas de aquellos entornos: no debe pensarse en la búsqueda de una producción excedentaria, pero si al menos de autosuficiencia. La opinión bastante extendida entre los arqueólogos sobre las escasas capacidades de la región cantábrica para desarrollar estrategias agrícolas comienza a truncarse: la afirmación de Jarman sobre las limitaciones de la vertiente holohúmeda y su relación con las necrópolis megalíticas es recogida por González Morales (1992 y 1994) y por García (1994, 96), quien aduce razones de “indisponibilidad”. En contra Arias (1992, 175) cree erróneo considerar a la región como inviable cara a las prácticas agrícolas apoyándose en datos etnográficos y observando la ubicación de los dólmenes. Similar es la opinión de Yarritu y Gorrochategui: *una parte va a ser dedicada a actividades pastoriles pero es claro también que las alineaciones montañosas que se eleven a menos de 600 m. sobre el nivel del mar pueden soportar actividades agrícolas*

<sup>61</sup> Diversos autores han señalado como fenómeno característico del cuarto milenio, al menos para su segunda mitad, el interés de las poblaciones por instalarse en nuevas comarcas, para las que anteriormente o bien se carece de documentación o esta es muy débil. Alday, Cava y Mujika 1996; Alday 1998, Armendáriz e Irigaray 1991-1992, García 1995.

en zonas de ladera, rellanos que hoy en día son el enclave de pueblos y de tierras de labor (1990, 121) <sup>62</sup>. En la reciente investigación sobre la Edad del Hierro en Guipúzcoa es de destacar la constatación de agricultura en poblados situados en altura: para ello hay tanto información indirecta tales como aperos –hoz y reja de arado de hierro– y contenedores para el almacenaje, como directa, granos, en abundancia, de trigo, avena y leguminosas <sup>63</sup>.

b) Segundo, en adecuada complementariedad con la tesis anterior, la explotación de las áreas de montaña debe entenderse dentro de un sistema global donde se conjugan acciones en el valle y en la ladera. La propuesta ha sido trabada por Yarritu y Gorrotxategui, y encaja bastante bien con lo que ofrecen los datos arqueológicos: *las comunidades cántabras usarán diferentes ámbitos en un entorno de explotación tanto desde el punto de vista del medio natural como de la multitud de actividades a realizar en el mismo... los espacios de montaña ocupados por los dólmenes son espacios de uso utilizados por comunidades que utilizaban un espacio plural compuesto con otros ámbitos, particularmente por los valles inmediatos... Los espacios de montaña son los espacios de relación entre comunidades en el cantábrico. Esto explicaría la difusión de elementos materiales a través de ese espacio, de la misma manera que explica las intensas relaciones que se establecieron entre el cantábrico oriental y los valles y espacios prepirenaico y del Alto Ebro... La ocupación de montaña debió producirse en un segundo momento después de la expansión de las formas productivas por los valles cantábricos* (Yarritu y Gorrotxategui 1995, 207-208). Los mismos autores, con anterioridad, consideraban que el fenómeno de ocupación de las tierras más marginales de las altas sierras montañosas, debe ser el signo de un proceso

<sup>62</sup> Entre la abundante bibliografía que pudiera consultarse respecto a las formas de vida tradicionales en medio cantábrico, con mención a las formas agrícolas en altura, queremos destacar el delicioso y aprovechable título de Gómez Pellón 1995. La pormenorizada descripción de la evolución de los sistemas tradicionales pueden completarse con lecturas tales como Ortega 1987 y García Sahagún 1986. De este último interesa la documentación medieval sobre explotación cerealística y su conjunción con los prados dentro de un misma unidad económica.

<sup>63</sup> Los datos se han compilado en la tesis doctoral de X. Peñalver, quien nos los ha comunicado.

*de extensión de las tierras cultivadas por las comunidades prehistóricas para producir alimentos, de un movimiento desde las zonas más bajas a las alturas* (Gorrotxategui y Yarritu 1990, 121) <sup>64</sup>.

A modo de conclusión de lo expuesto aquí interesa asumir que el registro arqueológico de finales del neolítico nos predispone a enfatizar la importancia de la vecindad en ambientes de montaña como uno de los caracteres más señalados del período. Parajes donde la permanencia de aparentes inmutables tradiciones transmitirían una ilusoria imagen de “inmovilidad”, que pareciera nos trasladara con mayor realismo a épocas prehistóricas. Trasplantamos, quizá sin demasiada crítica, planteamientos vivenciales actuales a un pasado lejano. Los esfuerzos por localizar estructuras de habitación en las sierras, por ejemplo de López Quintana en los cordales costeros vizcaínos o de Mujika en los más altos rasos del Aralar, pese algunos hallazgos de interés no truncan la tradicional relación prehistórica establecida entre la montaña y lo funerario, cuando esta no debe ser, que duda cabe, más que una parte del esquema cultural habido. Por contra en el llano, al menos para las tierras meridionales, la denuncia de nuevos yacimientos al aire libre y bajo abrigos rocosos son constantes. Esta paradoja se comprende tanto por la presumible situación prehistórica que analizamos como por los problemas de conservación e identificación diferencial de los lugares arqueológicos. En este sentido, las dinámicas de erosión –más acusadas en los débiles suelos de montaña y ladera–, las acciones del hombre sobre el medio –roturaciones constantes y acometida de infraestructuras– o la pluralidad de la cubierta vegetal –más densa en nichos de altura– ayudan a explicar lo irregular de los inventarios arqueológicos y de su distribución en los mapas al uso. Son difusas, pero ciertas, las evidencias que prueban una ocupación mesolítica en altura; las mismas no parecen aumentar significativamente hasta el neolítico final; es en estos momentos cuando, gracias a la propagación de los ritos dolméricos, las evidencias se acumulan y este fenómeno es absolutamente paralelo a lo obser-

<sup>64</sup> A continuación describen cómo debió ser el proceso de ocupación desde el valle a la montaña ofreciendo una dinámica inversa a la que hemos trasladado más arriba de Díez Castillo.

vado en el valle. Y aquí esta asegurada la prelación de las formas económicas productivas respecto a la emergencia de las arquitecturas megalíticas, debiendo suponer un similar desarrollo e idéntico significado a ambos procesos –lo dolménico y las maneras agrícolas / ganaderas– en cada una de las áreas –de valle y montaña–, que entre sí muestran complementariedad y dependencia.

### 7. *El hábitat y sus modelos*

En la exposición de la relación a establecer entre montaña, megalitos y producción hemos ido presentando uno de los temas que mejor reflejan las alteraciones culturales que están teniendo lugar a lo largo de la segunda mitad del neolítico: el hábitat. Los cambios en la preferencia de los tipos de hábitat y de su ubicación concreta dentro de un territorio traduce los nuevos intereses económicos que se adquieren, las estrategias seguidas en la explotación de los nichos ecológicos –o al menos las posibilidades que se ofrecen a la comunidad–, la concepción de la naturaleza y la posición ante ella, e incluso las relaciones sociales presumibles: en la medida que las dimensiones del yacimiento fija aproximadamente el tamaño del grupo, las estructuras internas la capacidades o voluntades de organización y la distancia de los yacimientos entre sí, o a los bienes y materias primas, reflejan el tipo y duración de los contactos. Para comenzar las reflexiones no vendría mal un ejercicio de autocrítica, que tiene por fin desdibujar ligeramente una determinada imagen que sobre el poblamiento hemos ayudado a fomentar.

En 1993, con ocasión de un coloquio sobre los primeros agricultores y ganaderos del área vasca, planteábamos cuales pudieron ser los patrones de habitación durante el mesolítico e inicios del neolítico en la vertiente mediterránea (Alday 1995) <sup>65</sup>.

<sup>65</sup> En dicho texto se analizaban los caracteres habitacionales de varios yacimientos de Alava y Navarra, en la relación se incluía el depósito de Kukuma por estar encuadrado culturalmente en la secuencia que nos interesa, sin demasiada precisión (Alday 1995, 295). Se nos ha acusado de atribuir erróneamente el lugar al Neolítico (Baldeón y Berganza 1997) a partir de la siguiente cita: “El lote ha servido para contextualizar el emplazamiento dentro del Epi-paleolítico, pero quizá fuera más correcto hablar, pensamos nosotros, de un Neolítico, en todo caso la data de carbono catorce, por reciente, no debe ser tenida en cuenta” (Alday,

En un trabajo posterior, en la segunda edición del Congreso de Arqueología Peninsular (Alday 1997) opusimos aquella imagen, que caracterizaría a lo que llamamos el primer ciclo cultural del Holoceno, con la que se desprendía de la documentación del segundo de los ciclos: percibíamos un cambio de estrategia que se traduce en un abandono de los abrigos rocosos, los cuales resumirían su interés a visitas puntuales o a la recepción de difuntos, en favor de espacios más amplios con proliferación de yacimientos al aire libre en busca de áreas con mejores perspectivas en una economía de producción. Seguimos creyendo que este retrato se aproxima bastante bien a la evolución general sufrida por el hábitat pero que tal vez simplifica el proceso, el cual pudo ser algo más complejo:

a) En primer lugar debe retenerse que el descubrimiento en fechas recientes de abrigos rocosos con niveles estratigráficos de la época que aquí nos interesa es fruto de una densa tarea de prospección cuyo fin sustancial era la localización de conjuntos con recorridos sedimentarios cerrados y bien definidos. A los efectos se priorizó el trabajo sobre abrigos rocosos y cuevas en detrimento de hábitats al aire libre. Los trabajos han proporcionado un número interesante de estaciones, Kanpanoste, Kanpanoste Goikoa, Mendandia, Atxoste, que se suma a los ya conocidos de Fuente Hoz, La Peña y Aizpea, los tres frutos de hallazgos casuales, Padre Areso, Peña Larga y Montico de Charratu. El abandono de estos yacimientos, excepción hecha de algunos casos particulares, es un fenómeno generalizado en el IV y primera mitad del III milenio, pero es posible, como a continuación exponremos, su contemporaneidad con otros modelos habitacionales.

ibidem). Obsérvese que aquella apreciación neolítica se ofrecía con dudas. Dudas nacidas del parcial conocimiento que se disponía para el lugar y por la descripción, en varias ocasiones, de microlitos geométricos –así segmentos–. Publicada la memoria de excavación, 16 años después, se comprende la dificultad para el encuadre cultural del lugar: se trata de una pequeña colección material, se citan 48 objetos sobre sílex y retocados, que representan una estancia superopaleolítica (según rasgos tecnotipológicos unidos a la fecha del 11550+–130 BP) más un visita de época histórica (a la que pertenece una punta tubular de hierro bien encuadrada mediante c-14). Renunciamos a su encuadre mesoneolítico.

b) La disposición de una buena parte de estos abrigos, a veces en concentraciones ciertamente llamativas, permite pensar que estamos frente a una singular red de yacimientos de época mesoneolítica: el uso de la misma, alternando la ocupación de los sitios o en verdadera sincronía, es difícil de juzgar, y ha sido debatida en otro lugar (Alday 1998, 211-213). El sistema ideado permitiría la optimización máxima de los bienes alimentarios siguiendo una economía diversificada para entidades geográficas muy amplias. No obstante la carencia en ellas de algunas materias primas vitales, así del sílex, obliga a las poblaciones a organizar acciones complementarias con el fin de apropiarse de esos productos ausentes: para el caso del Valle de Araya –Kanpanoste, Kanpanoste Goikoa, Atxoste y Mendandia, este en realidad en sus inmediaciones– buena parte de su material silíceo es originario de la no lejana Cuenca de Treviño según identificaciones petrológicas fiables, y su aprovisionamiento pudo darse tanto por desplazamiento de las poblaciones hacia los depósitos naturales como por intercambios con los allí moradores (si el entorno estuviera ocupado permanentemente). Independientemente de cual de ambos supuestos sea el acertado deberían localizarse tanto las canteras como los talleres de transformación primaria. Dado que los caracteres geomorfológicos de la Cuenca de Treviño no permiten el desarrollo de entidades espeleológicas, la habitación no pudo darse al amparo de abrigos o cuevas, por lo que forzosamente, debió ser al aire libre. Y estos campamentos complementaría la ocupación de los abrigos<sup>66</sup>.

<sup>66</sup> Las analíticas petrológicas garantizan el origen treviñés de muchos de los sílex, de niveles pregeométricos, y geométricos, lo que da a entender que aquel territorio fue recorrido y explotado, al menos para dicho fin, de continuo. No obstante la hipótesis choca con los resultados obtenidos en las sistemáticas prospecciones de las cuencas de los Ríos Rojo y Ayuda, los dos principales colectores de Treviño (Ortiz *et alii*): no hay en apariencia ningún yacimiento que presentando materiales con capacidad de diagnóstico cultural o cronológica pueda remontarse en su antigüedad más allá de la segunda mitad del cuarto milenio. También es cierto, y no hay que insistir demasiado, que aquellos lugares concebidos como canteras, o talleres son de difícil catalogación, puesto que acumulan restos de las primeras peladuras de los nódulos, de sus desbastes iniciales y, quizá, núcleos preconfigurados pero abandonados, objetos, como se ve, con información temporal mas bien banal.

c) La denuncia en los últimos tiempos de series estratigráficas cuyos niveles de base están ocupados por conjuntos industriales de “estilo campañoi-de”, inmediatamente anteriores a horizontes mesolíticos geométricos, obliga a revisar la cuestión del poblamiento: se controla un discreto número de lugares al aire libre con este tipo de utensilios, y aunque no conocemos con exactitud la vigencia temporal de estas piezas, nada impide pensar que al menos una parte de ellos se encuadren en momentos antiguos del mesolítico. Es en Urbasa, paraje que por su abundancia de sílex ejerció una gran atracción a comunidades paleolíticas y postpaleolíticas, donde con mayor frecuencia se han anotado aperos de técnicas y formas “campañoides” (Cava 1988): Fuente de Gorlasaro, Fuente de Arafe, Fuente de Lezamen, Fuente de los Mosquitos, Raso de Zatola y Urb. 11<sup>67</sup>. Tras este episodio, y salvando la ausencia de documentación para la fase del epipaleolítico geométrico, la persistencia de un hábitat al aire libre durante el primer ciclo cultural del Holoceno quedaría garantizada según se advierte a través de Herriko Barra, Pareko Landa, Ilso Betaio, Mouligna y tal vez algún asentamiento de la Sierra de Urbasa (como seguramente Urb. 11 atendiendo a una parte de su industria lítica).

d) Junto a los principales tipos de yacimientos citados, en abrigos bajo roca y al aire libre, se consigna otro modelo, en cuevas propiamente dichas, que presentan diferencias según territorios y dinámicas irregulares según los casos. Aquellas tareas de prospección en busca de nuevas estratigrafías en Álava también fijó inicialmente sus intereses en el

<sup>67</sup> En varios de los sitios relacionados todas las piezas encajan con el estilo campañoi-de. En otros, significativamente en Urb. 11 o en Raso de Zatola, se combinan con objetos de segura cronología neolítica o calcolítica, lo que puede entenderse como fruto de reiteradas estancias en establecimientos de especial interés. En la cornisa cantábrica donde, recordemos, la localización de los sitios al aire libre es más complicada por sus caracteres paisajísticos, algún conjunto hay que, con dudas, pudiera incluirse también en el listado: el 60% de las piezas descritas para Campo Vallado reproducen formas campañoides, con abundancia de muescas y denticulados como es normal en complejos de tales características, por lo que su definición neolítica pudiera discutirse ante la falta de argumentos no líticos (Arias y Ontañón 1996); similar es el caso de Sollube Txikerra, donde los materiales descritos, y fotografiados, responden a ese esquema industrial (López Quintana 1996).

reconocimiento de cuevas. En ninguna de las exploradas se encontraron rasgos culturales pertenecientes a estas primeras fases del Holoceno. Estamos en condiciones de afirmar que tales habitáculos fueron entonces despreciados, y el panorama también es extensible para la Navarra no atlántica. Sin embargo, esta no es exactamente la situación que transmite la información del área cantábrica: en ella se observan fuerzas contrarias que dificultan obtener una visión global, obligando a describir situaciones particulares. Suficientemente asegurada está la ocupación de las cavidades en diversos momentos paleolíticos para ofrecer, a partir del postglaciar, discontinuidades poblacionales: en Berroberría al grueso depósito magdaleniense le sigue un horizonte, D genérico, de calificación aziloide. Tras el, y con un *impasse* de un milenio, a tenor de los resultados de la radiocronología, se superpone un estrato, el c, cuyos caracteres industriales, de acuerdo a lo avanzado, se equipara con lo “campiñoide”<sup>68</sup>; Arenaza, cavidad ubicada en el extremo opuesto de la cornisa cantábrica vasca, repite, con evidentes matizaciones, lo descrito por Berroberría: se ha detectado algún nivel del tardiglaciar –quizá asociado a su repertorio gráfico rupestre–, y, con más seguridad, un mesolítico laminar al que le sigue un mesolítico “campiñoide” –el IIIf con fecha no bien considerada por su exagerada antigüedad– y posteriormente un neolítico antiguo (Apellániz y Altuna 1975a, b y c)<sup>69</sup>.

A partir de estos ejemplos ¿puede suponerse un abandono generalizado de las cavidades tras los episodios de “estilo campiñoide” para volver a ellos en momentos neolíticos?: en Amalda la secuencia paleolítica resta interrumpida durante la mayor parte del Holoceno prehistórico para reconocerse vestigios del Calcolítico, del Bronce y de épocas romana

<sup>68</sup> En distintos informes, que dan cuenta de los provisionales resultados de las modernas excavaciones acometidas en Berroberría, se han adelantado descripciones someras de las industrias y de la cronología. El nivel c dispone de cuatro analíticas c-14 que lo marcan entre el 8860 y el 8510 B.P., es decir, algo más antiguos que los niveles campiñoideos de Kanpanoste Goikoa y Mendandía (Barandiarán 1991-1992 y 1993).

<sup>69</sup> La aproximada coincidencia de ambos depósitos se reforzaría por el hecho de que ni en uno ni en otro se haya detectado un periodo mesolítico geométrico –podría discutirse en el caso de Arenaza que, de existir, sería muy débil y estaría poco argumentado–. Más adelante se valoran algunas de las secuencias estratigráficas aquí mencionadas.

y medieval, que se corresponde con un proceso de deforestación del medio por intervención humana (Dupré 1990); en Anton Koba tras el aziliense, y con ausencia de lo mesoneolítico, lo hallado nos lleva a fases Calcolíticas y posteriores (Armendáriz 1997); también en Abautz parece faltar una ocupación adscribible al mesolítico geométrico que sirviera de nexo entre sus ocupantes paleolíticos y los propiamente neolitizados; por su parte en Zatoya la dinámica no parece ser muy divergente a lo descrito: entre el horizonte Ib y I el carbono-14 vuelve a mostrar un espacio de aproximadamente un milenio<sup>70</sup>. Algún nivel del yacimiento al aire libre de Pareko Landa, fechado en el 4700 a. C., pertenece, precisamente, al momento de desocupación de aquellas grandes cavidades. Ahora bien, el fenómeno no debió ser absolutamente generalizado: así en cercana simultaneidad con Pareko Landa, y en proximidad geográfica, la cueva de Kobeaga II estuvo habitada hacia el 4995 a. C. (López Quintana 1997).

Una extracción resumida de lo expuesto recogerá las siguientes ideas: está documentado el abandono de las cavidades en uso durante el paleolítico en los inicios del Holoceno. En el mediodía este hecho coincide aproximadamente con la búsqueda y ocupación de abrigos rocosos y, al menos en algunos parajes con el desarrollo de un incipiente hábitat al aire libre. Cada abrigo en particular tiende a prolongar su vigencia durante buena parte del Neolítico, e incluso en ocasiones más allá; en contra la información en el septentrión es más difusa: se controlan sitios al aire libre –San Esteban de Tolosa– sin que falte el uso de nuevas cavidades –Kobeaga II–. Hacia la segunda mitad del cuarto milenio los patrones de asentamiento se alteran: en Álava y Navarra los abrigos pierden interés, aunque resten algunos como Peña Larga o Los Husos, en favor de

<sup>70</sup> No sólo debiéramos reflexionar sobre este particular, la renuncia a cavidades que tradicionalmente acogieron a poblaciones paleolíticas, sino también su relación, si la tuviera, con otro hecho propio de aquellas épocas: la emergencia de un buen número de yacimientos mesolíticos, inicialmente de estilo campiñoide, en la vertiente mediterránea. Si nos hacemos ecos de algunas fechas consignadas más arriba las formas campiñoideas pudieran ser anteriores en la fachada atlántica –Berroberría y tal vez Arenaza– que en la Alta Cuenca del Ebro y, además, la presencia de estos conjuntos en Kanpanoste Goikoa, Mendandía o Fuente Hoz es coincidente con la desocupación de los refugios espeleológicos. ¿Hay realmente una correlación causa efecto entre ambos fenómenos?

establecimientos al aire libre; en la cornisa cantábrica algunas cuevas son de nuevo visitadas, aunque no parece fuera una habitación muy intensa, e incluso las hay que conocen ahora su primera ocupación, caso de Kobaederra. También se va a extender el poblamiento al aire libre, asunto que por su especial fenomenología abordaremos enseguida con más detalle.

Característica común sobre la que están de acuerdo los investigadores es la deliberada situación de los yacimientos en lugares de especial relevancia estratégica: así los depósitos mesolíticos y neolíticos se posicionarán en aquellos parajes donde más rentabilizan sus programas económicos y mejor cumplen a satisfacción sus necesidades alimentarias y de materias primas<sup>71</sup>: por ejemplo se ha señalado para el área cantábrica sugiriéndose que la posición de Tarrerón y Las Pajucas es la idónea para la explotación en igualdad de condiciones de la montaña, el valle y la costa, a la vez que se reflexiona sobre los casos de Arenaza, Santimamiñe o Marizulo (Arias 1991, 320-321); López Quintana entiende el emplazamiento de Pareko Landa en una situación *estratégica para la disponibilidad de biotopos* (López Quintana 1996, 58); y para la vertiente mediterránea Alday evalúa la presencia de los depósitos mesoneolíticos en abrigos bajo roca, inmediatos a cursos de agua estables y con posibilidad de rápido acceso a ambientes tanto de valle como de montaña media. Los recursos adquiridos por las comunidades asentadas en estos conjuntos, según cuantificaciones de animales y vegetales revelan un uso diferenciado de bienes alimentarios: de roquedo, pradera, bosque, montaña, costa y río, lo que encaja bien con la tesis de especial cuidado en la elección de los asentamientos. Al respecto se ha discutido si se tratan de yacimientos de ocupación eventual, fija o con periodicidad, variando las posiciones según autores: tal vez por que las generalizaciones simplifiquen la realidad o por que en muchos casos falten satisfactorios estudios que permitieran evaluar los caracteres de cada establecimiento<sup>72</sup>, o por la complejidad del

problema. En referencia al Asturiense y al Epipaleolítico del cantábrico oriental, y atendiendo a las circunstancias de los yacimientos y sus contenidos, señala Arias asentamientos de uso permanente en combinación con otros eventuales (Arias 1992, 171-173) actuando unos como campamentos base y otros de uso especializado (Arias 1991, 328): dado que entiende el neolítico de la región como una continuidad de la situación anterior en donde agricultura y ganadería se integran en el sistema de explotación en vigencia sin alterarlo significativamente hasta después del neolítico (Arias 1991, 334 y 1992, 183) ¿se reproduciría en estos nuevos tiempos la situación anterior?<sup>73</sup>. Alday, por su parte, define varios de los refugios bajo roca como altos de caza, por ejemplo Kanpanoste Goikoa, en atención a su fauna e industria, cuyo uso sería periódico tal y como también se ha comentado para los casos de la Peña de Marañón (Cava y Beguiristain 1991-1992) y Pareko Landa: *lugar de hábitat temporal, posiblemente estacional que se mantiene durante más de dos milenios en relación a un modelo de explotación intensiva de recursos diversos... donde se efectúan actividades cinegéticas, sin menospreciar otros aprovechamientos, como por ejemplo la recolección de productos botánicos* (López Quintana 1996, 63).

Aceptando un poblamiento al aire libre preneolítico, tal y como hemos anotando en el punto c de este apartado, bien es cierto que uno de los aspectos que más se va a significar a partir de, al menos, el neolítico final será la proliferación de un hábitat de este tipo: se nos manifiesta a través de conjuntos materiales de, en general, pequeña envergadura donde resaltan los elementos de la industria lítica sobre la escasa producción cerámica y la práctica ausencia de restos óseos. Este modelo de establecimiento adquirirá formas muy variadas, en estrecha

analizados detenidamente en fechas recientes, no permiten reflexionar sobre los patrones de ocupación de los respectivos lugares, sobre su estacionalidad o no.

<sup>73</sup> Sobre el Asturiense, en sentido amplio, los investigadores han ido ofreciendo diversas versiones para los mismos datos, lo que ejemplariza las dificultades con que nos encontramos en los análisis de las peculiaridades de cada yacimiento. A la tesis de Arias de ocupación alternativa opone González Morales la idea de una permanencia costera anual con variación en el usufructo de los recursos: marisqueo a finales del otoño y en invierno –según la relación de los isótopos de oxígeno de los moluscos– y caza en primavera y verano.

<sup>71</sup> La idea, muy extendida, no deja de ser una obviedad puesto que en condiciones normales toda comunidad, independientemente de la época, dispone sus asentamientos de acuerdo a sus tendencias económicas, al programa de uso de los recursos.

<sup>72</sup> Por ejemplo, la fragmentación de los restos óseos de La Peña, Peña Larga o Kanpanoste Goikoa, tres yacimientos

relación con sus funciones, interés e intensidad de la ocupación y medio en el que se ubiquen, y alcanzó una amplísima vigencia desbordando ampliamente los tiempos neolíticos para desarrollarse, si cabe con más ímpetu, durante todo el Calcolítico y la primera mitad de la Edad del Bronce.

Muy genéricamente, y con bastante generosidad para lo que permiten los datos consignados, a estas manifestaciones se las ha encajado dentro de un difuso Neolítico-Edad del Bronce, amplio lapso cultural que actúa como verdadero cajón de sastre<sup>74</sup>, y han sido entendidas como talleres de sílex, fondos de cabañas, pequeños asentamientos o iniciales aldeas. Los investigadores que se han ocupado del análisis pormenorizado de estas peculiares evidencias, y han sido abundantes los esfuerzos y enriquecedores los resultados<sup>75</sup>, han optado por detenidos ejercicios tipologistas, fundamentalmente referidos a la industria lítica dada la naturaleza de los artefactos recuperados, en aras a concretar el marco cronológico particular y las fases del fenómeno. Conscientes de lo limitado de su acción abogaban por la realización de sondeos estratigráficos para mejorar la información obtenida en las labores prospectivas: en ocasiones este planteamiento ha desembocado en interesantes proyectos de investigación como los que han revisado las cuencas de los ríos Rojo y Ayuda, el término de Araya en Alava; el cordal de Sollube y las Encartaciones en Vizcaya; la Sierra de Aralar en Guipúzcoa; variadas comarcas en Navarra –Bardenas, Cuenca de Pamplona y del Arga, Urbasa, Espinal– Burguete..., promocionándose la excavación de varios de los lugares catalogados.

Por la orientación dada a este trabajo no es pretensión nuestra la de reflexionar aquí sobre las problemáticas que son propias a este tipo de esta-

blecimientos, donde a menudo los elementos válidos para una correcta diagnosis cultural son escasos. A tal fin remitimos a un trabajo de García (1995, 116-127) donde se analiza el fenómeno para el territorio navarro, pero advertimos que nos parecen exageradas, y no pocas veces injustas, las críticas que en el texto se prodigan a varios investigadores<sup>76</sup>. La evaluación del poblamiento, máxime para unidades geográficas amplias, es una tarea bien complicada, dada la variedad de ingredientes que entran en juego: los lugares propiamente de habitación constituirán la base del discurso, pero habría de tenerse en cuenta otros elementos, como lo funerario o los sitios de adquisición y explotación de las materias primas. No son de recibo, por ausencias, aquellas largas exposiciones que analizando los patrones de asentamiento, y su evolución, en Navarra durante el Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce obvian cualquier referen-

<sup>76</sup> Hacemos notar que el recurso a ejemplos particulares, por bien documentados que estén, no puede tomarse como base para respuestas y justificaciones genéricas, dada la polivalencia de la realidad prehistórica. Así las excavaciones de urgencia efectuadas en el lugar de La Facería, que afectaron a una amplísima superficie del hábitat, revelaron una entidad arqueológica opaca en las recogidas superficiales: localización de un buen número de hoyos perforados en el terreno y con un importante volumen de fragmentos cerámicos, objetos escasamente recuperados durante las tareas de prospección. La oposición de los resultados de la acción de excavación frente a la inicial recogida de superficie es considerada como probativa de la insuficiencia de las colecciones fruto de intervenciones preliminares, y, por tanto, de su incapacidad para señalar situaciones culturales concretas. Se deduce así la inutilidad de los trabajos arqueográficos que, evaluando determinadas evidencias industriales carentes de respaldo estratigráfico, encuadran los yacimientos en estadios seguros –por cierto un tipo de ensayo que el propio autor usará para calificar un centenar de lugares–. Sin embargo aún no faltándole razón en buena parte de los argumentos que esgrime, es conveniente resaltar la excepcionalidad que supone, precisamente, el asentamiento de la Facería: la mayor parte, si no todos, los sondeos efectuados en las cuencas de los ríos Rojo y Ayuda (Ortiz 1987; Ortiz *et alii* 1990), Urbasa-Entzia (Barandiarán y Vegas 1990) o Aralar, con la directa intención de controlar estratigráficamente los utensilios recuperados en las tareas prospectivas, o bien no han aportado documentación nueva, ni material ni contextual, o bien incorporaron solamente un mínimo número de utensilios que ni contradecían ni complementaban lo denunciado en los programas de recogida superficial. La validez de los llamados estudios arqueográficos dependen de los datos del analista, de la inteligencia en los recursos aplicados para la definición de las evidencias y, por supuesto, de las posibilidades que ofrezca el yacimiento: en la bibliografía sobre prehistoria vasca son numerosos los trabajos que reúnen estas cualidades, aprovechables sus resultados y garantizada la calidad de los investigadores.

<sup>74</sup> Un ejemplo del abuso en la calificación como Eneolítico-Bronce de materiales con escasa capacidad de diagnosis vamos a encontrarlo en la cueva alavesa de Arrillor, en la sierra del Gorbea: fue encuadrada en aquellos momentos a resulta de los materiales recogidos en un elemental sondeo estratigráfico de 1959 (Carta Arqueológica de Alava, en AA.VV 1987). Las excavaciones del lugar, dirigidas por A. Sáenz de Buruaga entre 1989 y 1997 han puesto al descubierto, paradójicamente, una importante estación del Paleolítico Medio más residuos de algunas estancias superpaleolíticas (Sáenz de Buruaga 1998).

<sup>75</sup> Para el área vasca pueden relacionarse los escritos de Vallespí 1968, 1972 y 1978; Beguiristain 1982; Ortiz *et alii* 1990; Cava 1988; Armendáriz e Irigaray 1991-92 o García 1995 como más sobresalientes.

cia a la documentación megalítica: por la posición geográfica de los dólmenes navarros, mayoritarios en los alrededores pirenaicos, y por su vigencia cronológico-cultural el esquema cultural que se nos presenta debería matizarse.

8. *La economía de producción:  
modos y ritmos por discutir*

Otro de los asuntos fundamentales en la formación del neolítico vasco refiere los ritmos de acceso a la economía de producción, tema de muy difícil abordaje que necesitará de una variada gama de datos complementarios. Anotamos como básicos los cinco siguientes:

a) Asegurar cuales son los caracteres de la biocenosis mesolítica será fundamental para reconocer el impacto que sobre el paisaje tendrán las nuevas condiciones económicas. Y viceversa, como argumento indirecto, se toma la evolución del medio como síntoma de actuación humana: deforestaciones, roturaciones, descenso en la talla de las especies...

b) Necesitamos disponer de buenos controles de la fauna y de la flora conservada en cada yacimiento: contando con una esmerada tradición de estudios paleontológicos sobre la prehistoria vasca, las colecciones neolíticas, por sus caracteres, no han permitido proliferas estimaciones. Menos desarrollados están aún las analíticas palinológicas y afines.

c) Dado que en la adopción de las formas productivas debe admitirse un cierto grado de dependencia, o mejor aún, de relación necesaria, con otros focos culturales de donde provendrán las ideas y los productos, será fundamental comprender que tipo de contacto se mantendrá con aquellos lugares, cómo y cuándo. Observando que para la apropiación de nuevas formas culturales se debe estar, al menos, en un estadio de predisposición —que no de disposición—, ello nos obliga a reconocer las coordenadas de gestión previas.

d) El territorio vasco se nos presenta altamente contrastado en sus paisajes, lo que repercutirá en

las posibilidades, en los modos y en la cadencia de los acontecimientos. Contrariamente a lo que pudiera suponerse es exageradamente simple una división geográfica que atienda en exclusividad a dos grandes áreas, aunque las aceptemos como válidas en estudios globales, las vertientes atlánticas y mediterráneas: Alava y Navarra van presentando situaciones intermedias entre los dos extremos climático-paisajísticos, con un gradiente tal que se van definiendo parajes muy característicos. Los valles de Bóveda, Valdegobía y Cuartago, ubicados al sur de los Montes Vascos, conocen unas precipitaciones, una cubierta vegetal e incluso un poblamiento tradicional bastante cercano a lo propio de climas oceánicos. Los entornos Valle-Montaña por una parte y Norte-Sur por otra actúan complementariamente y conforman una unidad en su diversidad<sup>77</sup>.

e) Por último, aunque no sea tema de directa reflexión aquí, las variaciones más significativas que van a tener lugar entre el instrumental de uso común pueden entenderse como síntomas de cambios estructurales más profundos, si bien su correcta relación es complicada: nuevos modos en la talla, retoque y morfología del instrumental lítico; desarrollo de la producción cerámica, con sus posibilidades para el almacenamiento, transporte, cocción o manipulación de los ingredientes vegetales; objetos pulimentados y molinos. En definitiva un conjunto de aperos cuya presencia se simultanea, o correlaciona en el tiempo y se toman como indicios de novedosas situaciones, muy ligadas a nacientes maneras económicas.

Al día de hoy siguen siendo muy escasas las referencias disponibles para la reconstrucción de los paisajes mesoneolíticos: a las informaciones complementarias que pudieran ofrecer los trabajos palinológicos y paleontológicos, más los primeros que los segundos dado el carácter ubiquista de las faunas holocénicas de la región y la nula variación de las especies, se suman recientemente los esfuerzos de la antracología y la carpología que inciden específicamente en la identificación de granos de cereal u otros productos vegetales almacenados y consumidos. Así y todo con menos de una decena

<sup>77</sup> Como reflexión complementaria remitimos al punto a del apartado 1.

de analíticas publicadas para todo el territorio es poco lo que puede deducirse <sup>78</sup>: Herriko Barra para Guipúzcoa; Arenaza y Kobaederra para Vizcaya: en el primer caso se tratan de indicios muy parciales pues el estudio permanece inédito, en el segundo los datos se deducen de la antracología y carpología faltando una clásica evaluación polínica; Zatoya, Berroberría –cuyos niveles superiores resultaron arqueobotánicamente estériles–, Abauntz y La Peña para Navarra <sup>79</sup>; Kanpanoste Goikoa y Peña Larga para Álava, toda vez que se desestiman, por parte de los especialistas, los datos de Berniollo –si acaso el lugar pertenece en todo su conjunto a este momento–. Se advierte enseñada que en la relación hay un desequilibrio en la diversidad de los paisajes: en un ejercicio de actualismo, a discutir, los cinco primeros yacimientos citados se ubican en la región holohúmeda –hasta seis si se quiere incluir Abauntz por su emplazamiento intermedio por tres de la vertiente mediterránea <sup>80</sup>. La reconstrucción de los ambientes resultará, además, ciertamente complicada por que de todos los asentamientos enumerados tan sólo dos, Zatoya y Kanpanoste Goikoa ofrecen datos aproximadamente consecutivos para los momentos mesolíticos-neolíticos, en los demás las valoraciones corresponden exclusivamente a una de las fases. Por último cabe señalar que en la caracterización botánica se han ensayado dos procedimientos complementarios cuyas interpretaciones no son siempre fáciles de cotejar: en Kobaederra se han entregado los resultados de la analítica antracológica, en todos los demás los estudios se refieren a la palinología, sólo para Kanpanoste Goikoa se han editado, en extenso, las identificaciones de ambas técnicas <sup>81</sup>.

<sup>78</sup> “Los datos disponibles sobre esta materia continúan siendo poco relevantes, geográfica y cronológicamente. Se precisa una actividad más intensa y diversificada de realización de análisis arqueobotánicos de todo tipo, en distintas variedades de depósitos” (Iriarte y Arrizabalaga 1995, 51). Es oportuno suscribir tales palabras.

<sup>79</sup> Puede añadirse una cita sobre la importancia del avellano en el abrigo de Aizpea (Cava 1994,75).

<sup>80</sup> Por la localización de estos últimos los datos deben matizarse: Peña Larga a unos 900 m.s.n.m.; Kanpanoste Goikoa en posición de contacto montaña media/valle y; Peña en un estrecho desfiladero.

<sup>81</sup> Sin que presenten evidentes contradicciones, y anotando que Kanpanoste Goikoa no ofreció un volumen amplio de pólenes, esporas, carbones y semillas, cada técnica usada

No es más halagüeño el panorama que puede inferirse desde la zooarqueología: la llegada del Holoceno supondrá la estabilización de la fauna actual, pero no se recogen las fluctuaciones que tienen lugar en su interior. La capacidad adaptativa de las especies contrarresta las alteraciones de humedad y de temperatura propias del período <sup>82</sup>. Ocorre, de nuevo, que el volumen de la información no es tan denso como fuera de desear: son escasos los lugares que proporcionan buenos recuentos de identificaciones faunísticas. De la relación anterior deben eliminarse Kobaederra y Berroberría sin poder añadir ningún yacimiento más, puesto que Santimamiñe, que cuenta con un prolijo examen de Castaños (1984), muestra contradicciones internas que invalidan sus referencias –domesticación para niveles adscritos por su industria al mesolítico–. En los esfuerzos por reconocer como fue el proceso de domesticación de las especies animales en el País Vasco convergen tres circunstancias desalentadoras: el escaso número de yacimientos analizados; la pobreza general de los registros óseos de cada yacimiento; y la fragmentación excesiva de los huesos (¿casual o provocada?) que llega a impedir, incluso, la toma de medidas <sup>83</sup>.

matizará los resultados de la otra. Así entre los taxones definidos en el estudio de los macrorestos vegetales se citan boj, arce, algunas rosáceas y trigo, no denunciados por medio de la palinología. E inversamente abedul, aliso y tilo son reconocidos bajo esta técnica pero no por la primera. La escasa representación del pino y la abundancia del avellano, según cuantificaciones palinológicas, invierte los cálculos de la antracología, lo que se interpreta o bien como resultado de una selección por parte de la comunidad de la madera disponible o bien por *polinidad diferencial* de las especies (Iriarte 1998; Zapata 1998).

<sup>82</sup> Se han anotado algunas precisiones climáticas detalladas a través de los estudios sobre los gasterópodos: de los terrestres se recogen ciertas anotaciones en la memoria de Kanpanoste Goikoa (Alday 1998); para los marinos, en el caso de los concheros cantábricos, se ha polemizado sobre el significado de las preferencias por unas u otras especies a lo largo del tiempo, sobre el descenso en el tamaño de los capturados y sobre el equilibrio de los isótopos O16 - O18 como indicador de la temperatura del mar (opiniones encontradas pueden encontrarse en dos títulos de una misma publicación: Arias 1992 y González Morales 1992).

<sup>83</sup> El dato puede cotejarse en las tres últimas memorias de excavación publicadas. En la Peña de Marañón, para su nivel Epipaleolítico, sólo 154 de sus restos óseos fueron objeto de identificación paleontológica positiva; en Peña Larga, nivel IV neolítico cardial, de los aproximadamente 4.500 huesos recuperados 335 se usaron en la diagnosis del espectro animal, lo que resulta ser un pírrico 7,35%; en Kanpanoste Goikoa las cifras son, respectivamente para los estratos III-

En estas circunstancias, donde escasean los datos complementarios, vuelve a aflorar la idea de un proceso retardatario, lento en relación con áreas más dinámicas, reforzándose la creencia de un aislamiento que sólo algunos acontecimientos recientes tienden a matizar: la acumulación de nuevas informaciones, en cuanto a fauna pero también en cuanto al medio vegetal, nos está permitiendo disponer de descripciones más ajustadas. En la domesticación de las especies, y dejando a un lado el caso del perro que debió acompañar asiduamente al hombre ya desde el Mesolítico, se ha mencionado –compilando citas de ésta década– que: *no hay indicios de domesticación durante el Neolítico Antiguo*, pero sí en el avanzado, relacionando los lugares de Arenaza, Los Husos, Fuente Hoz, Marizulo y Abauntz (Mariezkurena 1990, 243); que se trata de un fenómeno tardío, de finales del IV milenio o principios del III para Cava (1990), no antes del 3400 para García (1994) y de mediados del cuarto milenio con un aumento considerable en los últimos momentos de ese tramo para Alday, Cava y Mujika (1996)<sup>84</sup>. Sin embargo, recientes publicaciones van añadiendo más luz al tema en cuestión: identificaciones en Abauntz (Blasco 1995-1996); edición de las memoria de excavación de Pico Ramos (Castaño 1995) y Kanpanoste Goikoa (Castaños 1998). Pero va a ser sin duda el registro de Peña Larga quien incorpore un mayor número de novedades: por el adelanto cronológico que propone, desde el 4200, es decir con un milenio de antelación a lo constatado anteriormente; por la variedad de especies anotadas –ovicaprino, vacuno y porcino–; e, incluso, por la vinculación que se ha querido establecer con la fachada mediterránea por la convergencia de esta fauna doméstica con la cerámica cardial. Quizá próximos trabajos puedan confirmar las expectativas abiertas por Peña Larga: así Atxoste presenta un rico nivel

del Neolítico antiguo, cifrado en el 4300 y también con cerámica impresa, que parece repetir lo señalado en la cavidad riojana; en Mendandía los horizontes afiliados al Neolítico presentan un considerable número de restos óseos por evaluar; y en Kobaederra ya se han detectado taxones vegetales domesticados, dentro del IV milenio, y se está a la espera de juzgar su colección faunística.

La dinámica de adquisición de las formas agrícolas, su implantación y posterior desarrollo, nos es aún más desconocida que las tácticas ganaderas, de tal manera que se ha llegado a afirmar, con los datos en la mano, que su primaria presencia debe retrotraerse hasta tiempos Calcolíticos (González Morales 1992). Se ha abonado la idea de que el proceso debió iniciarse con anterioridad en el área mediterránea (Grupo de Los Husos) que en la cantábrica (Grupo de Santimamiñe). Lo cierto es que al no haberse propuesto una adecuada y precisa política investigadora encaminada a la recuperación y posterior evaluación de los recursos vegetales (González, Ibáñez y Zapata 1996) la detección de granos de cereal era improbable<sup>85</sup>, tan sólo ocasional en puntuales análisis polínicos. El recurso, muy común entre los especialistas, a documentos indirectos, tales como brillos, pátinas en láminas de sílex) dientes de hoz, molinos... tan sólo asegura un cierto interés por los productos vegetales y su manipulación pero no calibra su carácter doméstico. Los nuevos datos, granos de trigo en La Peña y en Kanpanoste Goikoa, este fechado en el laboratorio de la Universidad de Groningen en el 2600+–40 AC<sup>86</sup>, no han adelantado los inicios del proceso, como sí lo hacen los avances editados para Kobaederra: se mencionan trigo y mijo en un horizonte neolítico del 3800 a. c., es decir, para fechas muy cercanas a la ganadería de Peña Larga<sup>87</sup>. Por

inferior, III y II, de 1.067, 4.427 y 4.732, reconociéndose su entidad en 47, 120 y 139, es decir en el 4,4%, el 2,7% y el 2,93% de los casos (Castaños 1990-1991, 1997 y 1998). Los 70.000 restos de Mendandía, la mayor parte correspondiente a sus horizontes mesolíticos, y su buen estado de conservación, abre opciones a una mejor concreción del proceso de domesticación –sin que deje de ser un documento particular–.

<sup>84</sup> En realidad, expuestas esta serie de manifestaciones, es bueno recordar que para entonces no conocíamos *ningún* yacimiento que pudiera calificarse sin dilación en el Neolítico Antiguo, y que todas las opiniones se basaban en un pequeño número de establecimientos que parecían llegar, justamente, hasta el último tercio del IV milenio.

<sup>85</sup> Las tareas de flotación de los sedimentos se han incorporado a la rutina de los procesos de excavación a mediados de la década de los años noventa: por ejemplo en Kobaederra, Zatoya, Mendandía, Kanpanoste Goikoa, Atxoste y El Mirón.

<sup>86</sup> GrA-9790. Para ese mismo nivel, el II, se conocían ya dos fechas muy similares: a partir de restos óseos no identificables la primera, 4350+–60 (GrN20267) (conviene atender a lo escrito en Alday 1988, 221) y de animal doméstico la segunda, 4190+–100 (GrN-22738).

<sup>87</sup> Aunque fuera circunstancialmente, introduce Kobaederra un matiz nuevo a las ideas preconcebidas sobre lo neolítico: hoy en día resultan ser más antiguas las referen-

otra parte, la constancia de cereal en algunos megalitos de montaña, otra vez para la vertiente cantábrica, abre un interesante debate sobre las posibilidades agrícolas que ofrecen los cordales y los rasos de las sierras, a pesar de que no pueda concretarse a que momento de uso de los monumentos se adscriben los restos.

En la toma de las formas económicas productivas que duda cabe que hay que admitir la participación de estímulos externos, precisamente la evaluación de los mismos resulta ser uno de los temas claves del proceso neolítico. La ausencia en nuestra región de agriotipos para los ovicaprinos ni de cultígenos para los cereales, obliga a reflexionar sobre los mecanismos de introducción de estas especies domesticadas, de su adaptación a unos entornos diferentes a los suyos y de su manipulación: ¿acaso fueron apropiados ellos solos o, como parece más lógico, vinieron acompañados de otras faunas también domesticadas pero con parentescos salvajes en la región? En general aquellas teorías sobre domesticación *in situ* del ganado vacuno, que tenían razón de ser a la luz de los conocimientos adquiridos en el primer tercio del siglo<sup>88</sup>, carecen hoy de fundamento. Por eso mismo resultan ser cuando menos audaces recientes manifestaciones que reivindican un papel activo de las poblaciones asentadas tradicionalmente aquí en el amansamiento de cerdos y vacas<sup>89</sup>. Sea como fuere, la mutación hacia una gestión de bienes alimenticios mediante sistemas productivos

ciás agrícolas en el frente cantábrico que en el mediterráneo. Sospechamos que futuros trabajos denunciarán una sincronía para ambos territorios.

<sup>88</sup> “El vasco efectúa la domesticación de la vaca que antes había sido objeto de caza en sus propias montañas” (Barandiarán 1934, 400 y 1953, 272-273).

<sup>89</sup> “Concretamente serían los ovicápridos los primeros en domesticarse, sin duda de carácter foráneo (Alto Aragón / Levante), en torno al 3400 a.c. Este primer contacto con las técnicas de domesticación produciría una expansión, relativamente rápida, de las mismas hacia otras especies existentes en la zona desde mucho tiempo atrás, de las que además se tenía un control importante por ser la base de la alimentación en sus economías depredadoras... Este sería el caso del ganado porcino (con su agriotipo *Sus scrofa*) y del vacuno (*Bos taurus*)” (García 1994, 94). ¿Se insinúa en este texto domesticación propia de ambas especies animales? ¿En qué lugar suidos y bóvidos conforman la base alimentaria –superando, es de suponer, a cérvidos y cápridos–? La convergencia en Peña Larga de oveja, cabra, cerdo y vaca propone contemporaneidad en la introducción de las especies domesticadas.

debió suponer, independientemente del ritmo seguido, importantes transformaciones que alteraron “el mundo anterior” obligando a una novedosa vertebración de las formas sociales, ideológicas y, claro está, económicas. Concebir el cambio como adopción de una *técnica nueva integrada en un tema anterior* (Arias 1991 y 1992) es probablemente un ejercicio reduccionista: aunque todo se resumiera a la búsqueda de una mayor eficacia e intensidad económica<sup>90</sup> nos enfrentamos a innovaciones de gran calado que superan la esfera subsistencial.

Hemos anotado en el punto c de este apartado la necesidad de contar con un examen detallado de los caracteres económicos previos a la consecución de las formas productivas. Varios autores han fijado con recurrencia, aunque no son ciertamente muy abundantes las referencias, los planteamientos de gestión de los recursos durante el Mesolítico: de la importancia del marisqueo, según se deduce de los espesos concheros cantábricos que pudieran estar vigentes, en mengua, durante el Neolítico<sup>91</sup>; y de las tácticas cazadoras seguidas en el Mesolítico, como fuente de aprovisionamiento habitual, y su cotejo con las propias del neolítico (Arias 1991 y 1992; Barandiarán 1982; Alday, Cava y Mujika 1996 –referido al IV milenio–). No siendo intención nuestra la de desarrollar las coordenadas económicas principales, baste con anotar:

a) la captura de una variada gama de animales, con dominio del ciervo y aumento en el interés por el corzo y el jabalí, siendo escasa la caza de cápridos y équidos;

b) el apresamiento de lagomorfos y mustélidos mediante el probable uso de trampas para su aprovechamiento peletero, tal y como ha deducido Arias;

c) un aumento de las acciones pesqueras. La fluvial reconocida en Aizpea a partir de vértebras de pescado y la conservación de algún útil destinado a tal fin (Cava 1996). Sorprende, no obstante,

<sup>90</sup> “...conjunto de técnicas nuevas que se insertarían en el sistema para permitir una explotación más eficaz –o al menos más intensiva– del medio” (Arias 1991, 334).

<sup>91</sup> González Morales 1992; González, Ibáñez y Zapata 1996 para Kobaederra.

que en muchos otros lugares de caracteres similares a este de Aizpea, el también navarro de La Peña y los alaveses de Fuente Hoz, Mendandía, Atxoste y Kanpanoste Goikoa, todos ubicados junto a ríos de corriente continua, no se hallan denunciado prácticas de este tipo (¿problemas de conservación? ¿dejación de tales recursos?). Referencias a una pesca marina ya fueron consignadas por Barandiarán (1953) a partir de unos pocos datos como los recogidos en Santimamiñe, reproducidos posteriormente. Se nos exige, empero, ser cautos en la comprensión de su significado: apelar a una pesca de altura con el uso de piraguas es, ante la falta absoluta de información directa, bastante arriesgado;

d) la acumulación en varios yacimientos de moluscos terrestres se ha tomado en ocasiones como prueba de su habitual consumo –así para Fuente Hoz–. Al respecto han reflexionado, con aporte de diversa información propia y ajena, tanto Barandiarán (1982) como recientemente Alday para el caso de Kanpanoste Goikoa.

La localización estratégica de buena parte de los establecimientos, en cierras de valle o en lugares de paso; sus caracteres, abrigos de no mucha extensión con capacidad reducida para acoger a los grupos; el espectro faunístico en ellos recuperados, muy amplio como resultado del aprovechamiento integral de los variados biotopos circundantes, y; la composición de sus utillajes, con frecuencia de instrumentos propios para acciones cinegéticas, sugiere su uso como altos de caza: de visita reiterada como modelo de explotación básica de amplios territorios, mediante una estrategia de semimovilidad, asegurando un suficiente control de bienes alimentarios. Interesa señalar que este programa puesto en marcha en tiempos mesolíticos continuará siendo válido durante la primera mitad del Neolítico: en Aizpea, Peña, Fuente Hoz, Mendandía, y Kanpanoste Goikoa se individualizan niveles con equipamientos materiales plenamente neolíticos –cerámicas mas ciertos tipos líticos– y en algunos casos con incorporación de fauna doméstica (en realidad, aunque tardíamente, en todos en los que se ha analizado con suficiencia el registro óseo: Peña y Kanpanoste Goikoa más alusiones para Fuente Hoz).

Al abordar el tema de las formas económicas de las poblaciones prehistóricas, no deberíamos reducir nuestros esfuerzos únicamente a las maneras de administración de las necesidades alimentarias. Sería adecuado recorrer otras líneas de investigación complementarias. Así un análisis con detalle de las materias primas ayuda a comprender los sistemas de explotación de los territorios. Para ello es necesario contar con la colaboración de diversos especialistas: es así que desde el área de Prehistoria de la Universidad del País Vasco se han planificado programas de investigación que han tenido, y tienen, como uno de sus fines la identificación petrográfica de las rocas silíceas transformadas en momentos prehistóricos y la identificación de los probables lugares de procedencia <sup>92</sup>. El geólogo A. Tarrío se ocupa de los trabajos analíticos y ha comprobado que, en los tiempos que nos interesan a nosotros pero incluso en épocas paleolíticas, es frecuente el uso del sílex de Treviño y de Urbasa, entidades geográficas alejadas varias decenas de kilómetros de algunos de los lugares de residencia contrastada durante el mesoneolítico. Lo que significa que, el sistema de abastecimiento de recursos alimenticios antes descrito se engarza con una estrategia que permite la captación de materias primas externas. Se presume que tal situación obliga al establecimiento de redes de yacimientos por donde circularán todos los enseres requeridos: y, por extensión, estas redes serían responsables de la presencia de conchas marinas cantábricas y mediterráneas en la alta cuenca del Ebro, o de recursos pétreos muy característicos originarios del área pirenaica, tal y como se ha detectado en el abrigo de Atxoste. Tiene interés el reconocimiento de estas tramas por que a través de ellas pueden promocionarse todas la novedades que se darán en el Neolítico. Por otra parte, como hemos justificado, la calidad y fácil detección del sílex de la Sierra de Urbasa explican la continuidad de su poblamiento durante buena parte del Pleistoceno y desde el tardiglaciario por todo el Holoceno.

<sup>92</sup> *Captación y transformación de los recursos líticos en el Pleistoceno superior e inicios del Holoceno: los casos de Urbasa (Paleolítico Superior) y estribaciones del Kapilduy (Mesolítico); Explotación del medio en el Pleistoceno Superior y Holoceno vasco: sitios, equipamiento y paisaje.* Ambos bajo dirección de I. Barandiarán.

## B. Referencias estratigráficas y modelo básico de evolución cultural

La descripción de la ecumene prehistórica del Holoceno inicial deberá argumentarse a partir de la evaluación mesurada de los depósitos arqueológicos más fiables. Sin embargo excede a los intereses del presente trabajo la discusión pormenorizada de cada una de las secuencias estratigráficas susceptibles de integrarse en este período: buena parte de las mismas ya han sido comentadas en diversas ocasiones y por diversos autores, resultará repetitivo, así, su exposición aquí. No obstante si creemos de interés la exhibición breve de varios conjuntos bien por ser aún poco conocidos (algunos de ellos están en proceso de estudio pero contamos con suficiente información, provisional, de primera mano), o bien por proponer su lectura desde una nueva perspectiva.

*Kanpanoste Goikoa. Atxoste y Mendandia:* optamos por una visión conjunta de los tres abrigos por desarrollar unos recorridos lito-culturales muy parejos, con sus debidas matizaciones, y por compartir un mismo marco geocológico. La distancia entre los sitios es mínima: un kilómetro lineal de Kanpanoste Goikoa a Atxoste y en torno a dos horas de caminata de ambos a Mendandia. Atxoste y Mendandia inician su poblamiento con una fase microlaminar fechada en el segundo de los depósitos en el 6550+–60 a. C.: el dominio, según lo visto en Atxoste, corresponde a las láminas y puntas de dorso, seguido de los raspadores. No es improbable que tal fase industrial esté en la línea de lo indicado para Montico de Charratu y Berniollo: *donde aparecen industrias de láminas / laminitas de dorso que se referirán a las últimas manifestaciones del Tardiglacial o al Preboreal* (Cava 1994, 71). El siguiente episodio viene representado por los componentes líticos de estilo “campiñoide”: el mesolítico de muescas y denticulados. Se observa entonces una densa actividad en Mendandia, varios niveles de ocupación en Atxoste y la incorporación de Kanpanoste Goikoa, en torno al 6000 a. C.; Mostrando una marcada cisura tecnológica, a continuación se despliega el utillaje geométrico: las lascas son sustituidas por las láminas-laminillas desde donde se elaboran triángulos, trapecios, dorsos y raspadores. Varias dataciones corroboran el carácter antiguo de este componente, del 5670 para Mendandia, del 5530 para Atxoste y del 5900 en la Peña de

Marañón, que se prolonga en Kanpanoste Goikoa hasta mediados del quinto milenio.

A partir de aquí, y sin solución de continuidad hacen acto de presencia las maneras neolíticas<sup>93</sup>, sin que, al día de hoy, pueda ofrecerse un modelo general del desarrollo de esta nueva entidad cultural: en Mendandia el c-14 encuadra la producción cerámica en el 5200 a. C para el nivel III-superior; en Kanpanoste Goikoa lo neolítico es escaso y no puede adjudicarse, con seguridad, un marco temporal concreto; en Atxoste la alfarería, con motivos impresos en varias ocasiones, está fechada hacia el 4300 a. C. y se va a desarrollar a lo largo de diversas estructuras sedimentológicas. En todos los casos es coincidente la incorporación de la cerámica y de los segmentos en doble bisel que desplazan a las anteriores armaduras triangulares y trapezoidales.

Son de entidad menor las últimas visitas recibidas en los tres establecimientos, dejando tras de sí alguna novedad industrial (puntas de flecha de retoque plano, instrumentos de la familia de los pulimentados) propio de lo Calcolítico, así como enterramientos en Atxoste. Está constatada para esta fase domesticación de plantas y animales en Kanpanoste Goikoa, pero a falta de estudios detallados de huesos y pólenes en Atxoste y Mendandia es prematuro especular sobre las estrategias económicas seguidas en los inicios del Neolítico.

*Montico de Charratu y Peña de Marañón:* suficientemente conocidos bibliográficamente interesa retener aquí dos de sus caracteres por la afinidad que manifiestan respecto a los tres lugares analizados anteriormente: a) su ubicación espacial que nos hace pensar en la integración de todos ellos dentro de una *red de yacimientos*; b) una evolución industrial-cultural con multitud de rasgos comunes: una inicial base laminar en el Montico de Charratu; unas bien consolidadas aptitudes mesolíticas geométricas en Peña, al filo del sexto milenio, la superposición sobre él, sin aparente ruptura, de evidencias –neolíticas en cerámicas y segmentos–, y un uso funerario Calcolítico más visitas posteriores.

<sup>93</sup> Es común a estos depósitos, y a varios más, que en el interior de una unidad sedimentológica de desarrollen, en orden, las formas mesolíticas geométricas y las subsiguientes neolíticas. Se presume así la incorporación de lo neolítico desde el fondo cultural anterior, sin ruptura ni intervención de “presiones” externas: no hay en apariencia factores ajenos, crisis climáticas o económica, que obligue a un “cambio de ritmo” tan sólo una decisión cultural.

Este esquema de uso de pequeños abrigos bajo roca se repite, en similares condiciones, en varios lugares más de la vertiente mediterránea: *Fuente Hoz*, *Socuevas* y *Padre Areso*. Concretar la historia de la ocupación de cada uno de los depósitos no es aún posible ante la falta de referencias detalladas: se han mencionado niveles mesoneolíticos (laminares y no) para diversos estadios cronológicos, más ritos funerarios finales (incluso de época medieval para Padre Areso).

*Las Parcelas*, *San Pelayo*, *Paternabidea*, *Aparrea*, *Facería* y *Los Cascajos*: los trabajos de prospección sobre amplios entornos navarros, y la consiguiente excavación de algunos de los lugares reconocidos en estas labores, van acrecentando el ya de por sí nutrido catálogo de yacimientos al aire libre. En algunos casos, Facería, Paternabidea y Los Cascajos, las recogidas materiales se ha complementado con el hallazgo de estructuras: hasta 34 en Paternabidea –hoyos de enterramientos duales, individuales y quizá también de habitación (Sesma y García 1995-1996)–. Atendiendo a los caracteres de los instrumentos recuperados varios de los establecimientos encajan en el tramo cultural que nos interesa, aunque no puede concretarse el grado y densidad de las ocupaciones: se cita en Las Parcelas objetos que van del Epipaleolítico al Calcolítico, y del Neolítico para San Pelayo (García 1995); algún segmento en doble bisel más cerámica impresa se recogió en Paternabidea, si bien se acepta que el grueso de la ocupación abarca buena parte del tercer milenio, siendo los sitios de Aparrea y Facería un calco de este (Sesma y García 1995-1996); se insiste en la ocupación neolítica del poblado de Los Cascajos.

*La Sierra de Urbasa*: las especiales condiciones que reúne la altiplanicie de Urbasa –dotado de praderías, bosques, y de abundantes recursos de material silíceo que en diversas épocas han actuado como foco de atracción de animales y hombres– es causa del establecimiento reiterado en el lugar de comunidades prehistóricas. Estas han ido acumulando material arqueológico recopilado en diversas fases prospectivas. Los caracteres de los materiales –en pátinas o temas tecnotipológicos– más la presencia de concretos fósiles-directores garantizan la uniformidad cultural de algunos de los conjuntos y visitas, repetidas a lo largo del tiempo, sobre varios parajes. Cava (1988) ensaya la clasificación de los yacimientos al aire libre susceptibles de pertenecer

a la prehistoria reciente observándose que: a) no siempre puede garantizarse la contemporaneidad de todo lo recuperado en un determinado lugar. Hay agrupaciones en donde junto a evidencias paleolíticas se añaden otras postpaleolíticas; b) el reconocimiento de tipos líticos concretos, resumidos en lo fundamental a geométricos frente a objetos con retoque plano, sirve, con las debidas reservas, como criterio de clasificación industrial. A falta de ellos se prefiere, con buen tino, renunciar al encuadre cultural; c) es constante la presencia de objetos “bajo técnica campinoide” en diversos yacimientos: en exclusividad –Fuente de Gorlasaro, Fuente de Arafe, Fuente de Lezamen–, junto a geométricos –Raso de Zatola, en donde parece evidenciarse diversas visitas– o en combinación con elementos de retoque plano de sabor Calcolítico –Fuente de los Mosquitos–. La probable perduración de este estilo de talla no permite, en principio, el adecuado encasillamiento de las colecciones: no obstante, a tenor de lo conocido en niveles inferiores de Kanpanoste Goikoa, Mendandía, Atxoste y tal vez Fuente Hoz –sitios donde, por cierto, es usual al utilización de sílex de Urbasa– nada impide la catalogación de esas entidades en un estadio pregeométrico. De aceptarse tal hecho las secuencias estratigráficas verticales de los abrigos citados se corresponden, grosso modo, con los tramos de las secuencias horizontales holocénicas de Urbasa: desde Portugain, paleolítico terminal, a las manifestaciones megalíticas pasando por episodios líticos campinoide, geométricos y de puntas de flecha <sup>94</sup>.

*Pico Ramos y Herriko Barra*: En la cornisa cantábrica junto a establecimientos en cuevas bien conocidas de antiguo –por ejemplo Santimamiñe <sup>95</sup>–

<sup>94</sup> Uno de los yacimientos más representativos del poblamiento holocénico en Urbasa es el lugar de Urb. 11. En él junto a objetos geométricos y de retoque plano se rescataron otros elementos no aptos para la diagnosis cultural –raspadores, perforadores, muescas y denticulados– (Cava 1986): se piensa en ocupaciones del mesolítico geométrico –dorsos y geométricos abruptos– y del Calcolítico –puntas de flecha– y nos llama poderosamente la atención la ausencia de formas campinoide como si tal utillaje hubiera perdido ya su interés o eficacia –no se prolongarían durante estas fases–, lo que bien pudiera reforzar la hipótesis de su validez como marcador industrial pregeométrico.

<sup>95</sup> Siendo Santimamiñe uno de los depósitos más emblemáticos de la prehistoria vizcaína, acuerdan la mayor parte de los autores la invalidez de su secuencia holocénica tal

contamos ahora con nuevas referencias documentales tales como Pico Ramos y Herriko Barra. Publicadas ambas en detalle interesa del primer lugar su nivel IV, conchero con escaso material fechado en el 3910+–65 a. C.; y del segundo el nivel ocupacional, neolítico, en unas datas de paso entre el IV y el V milenio que en nada manifiesta retaso, y su valor como hábitat al aire libre –tipo de yacimientos de los que no estamos muy sobrados–.

*Campo Vallado, Arenillas, Los Gitanos, Garazabal 2 y Kobeaga II:* No es mucha la información disponible para cada uno de estos lugares cantábricos, teniendo en común su encuadre en algunas de las etapas que nos interesa. Se señala en Campo Vallado que el 60% de sus útiles son muescas y denticulados, por un 17% de piezas de retoque continuo. El conjunto encaja bien dentro del “estilo campñoide” por lo que pudiera discutirse su adscripción neolítica (Arias y Ontañón 1996) valorando su posible situación pregeométrica –según lo visto en establecimientos alaveses–.

Retenemos de los sitios de Los Gitanos y Arenillas, ambos en Castro Urdiales, a) la presencia de geométricos, abruptos y en doble bisel, y de cerámica incisa como denuncia de un posible nivel neolítico para el primero de ellos: al tramo A2 se le otorga la fecha del 5669+–54 b. p., según una muestra cerámica analizada mediante TL, y el inferior A3 del 5771+–499 b. p., por el mismo método y del 5945+–55 b. p. para un hueso valorado a partir de AMS (Arias *et alii* en prensa); b) la fecha del 3610+–80 BC., por tanto también neolítica, para el segundo. De Garazabal 2 las noticias, muy sucintas, recopiladas a través de Arkeoikuska no nos permiten obtener una idea clara del depósito: se menciona la presencia de sierras como material lítico más significativo y una filiación cultural en el epipaleolítico antiguo no geométrico sin que falte alguna cita que indica su pertenencia al neolítico final.

Son discrepantes las valoraciones sobre la cueva de Kobeaga 2: las opiniones basculan desde su inclusión en el neolítico pleno (Arias o Apellániz –en torno al 3500–), o su catalogación en el meso-

lítico final-neolítico inicial. Recientemente López Quintana (1997) apoyándose en los rasgos tecnológicos y en una fecha de mediados del quinto milenio lo califica como conchero mesolítico avanzado con signos posteriores de neolitización (así cerámica) como resultado de dos momentos de ocupación.

*Pareko Landa:* En las cercanías del anterior López Quintana ha denunciado y excavado el interesante conjunto, al aire libre, de Pareko Landa. La falta de una publicación *in extenso* del lugar, lo disponible son jugosos avances de los trabajos de campo, más las modificaciones que se han ofrecido para las denominaciones de las unidades sedimentológicas así como para sus adscripciones culturales, sólo permiten un acercamiento provisional. En uno de sus últimos trabajos (Sáenz de Buruaga *et alii* 1998) indica como fundamental un nivel basal del Epipaleolítico postaziliense, una siguiente fase con microlitos abruptos para que cuenta con la fecha c-14 del 4700+–130 a. C. y un horizonte con segmentos y trapecios en doble bisel ya plenamente neolítico. No falta, empero, alguna intrusión histórica, según estimación radiocronológica. Es Pareko Landa un buen ejemplo de evolución, *in situ* y para la cornisa cantábrica, desde lo mesolítico final a lo neolítico, con la particularidad, y el interés, de tratarse de un establecimiento al aire libre.

*Kobaederra:* Considerado como uno de los yacimientos holocénicos con mayor potencial arqueológico de la cornisa cantábrica se ha propuesto, recientemente, su excavación arqueológica. Lo que a partir de ellas se describe altera muy notablemente las opiniones anteriormente vertidas. Se han individualizado cinco niveles arqueológicos con la cerámica como nota común, tendiendo a disminuir sus efectivos a medida que descendemos por su estratigrafía. La disposición de un enterramiento individual ha podido, en un sumario juicio personal, alterar puntualmente la secuencia sedimentaria, de ahí la convergencia, inusual en otros ambientes, de puntas de flecha y geométricos. Todo el conjunto parece ser fruto de ocupaciones neolíticas y posteriores:

- Nivel I con abundante cerámica más dorsos, truncaduras y geométricos entre el instrumental lítico. Se identifica escanda y mijo en los macrorestos vegetales, con fecha del 2455+55 a. C.

y como ha sido presentada. Reconociendo vestigios de lo aziloide, el mesolítico geométrico avanzado y lo neolítico es imposible adjudicar a cada período un concreto lote material o la colección faunística que le correspondiera.

- Nivel II con parejo componente material para momentos más antiguos, 3250+–110 a. C.
- Nivel III con disminución de la alfarería y aumento de la producción silícea (triángulos y segmentos, abruptos y en doble bisel, microburiles, dorsos). Se reconoce cereal doméstico para el 3870+–240 a. C.
- Nivel IV de similar colección arqueológica (permanencia de geométricos) y nueva identificación de cereal, ahora datado en el 3680+–100 a. C.
- Nivel V, última unidad identificada, en el que permanecen inalterable los caracteres industriales y vegetales (vuelve a citarse cereal domesticado) en lo que parece ser una filtración desde el horizonte suprayacente.

arqueológicos y con el apoyo de lo visto para otros depósitos de la región <sup>97</sup>.

A falta de la culminación de los trabajos de campo Kobeaga se revela ya como uno de los depósitos más afortunados para el neolítico cantábrico, sobre el cual se ensaya un cuidado análisis de las formas paisajísticas, especialmente en el reconocimiento de macrorestos vegetales. Desgraciadamente la falta de una base preneolítica en la cavidad impide asegurar el modelo de ascendencia desde lo mesolítico a lo neolítico, fase que no aparenta especial retraso temporal.

*Arenaza*: Son contradictorias las evaluaciones realizadas por los autores sobre la estratigrafía de Arenaza. La edición sumaria de lo rescatado en las tres primeras campañas de excavación –las únicas publicadas con cierto detalle–, las irregularidades observadas en la secuencia y lo poco que se ha escrito sobre los últimos trabajos de campo son razones que están en la base de los desacuerdos interpretativos. Siendo complicada la reconstrucción de los recursos prehistóricos acaecidos en la cavidad <sup>96</sup> nos atrevemos a dibujar una básica línea industrial-cultural según la correlación de los materiales

<sup>96</sup> Se mencionan revueltos en la estratigrafía: por ejemplo para la mayor parte de lo excavado en la primera de las campañas, según valoraciones efectuadas con motivo de la tercera; o en opinión de M. Hoyos (Arkeoikuska 93); se advierten ausencias relativas al espesor y disposición de los estratos; se usan razonamientos arqueológicos, no sedimentológicos, en la parcelación del relleno...

- Nivel III de base laminar, con dorsos como elementos más característicos que pudiera encuadrarse en un mesolítico antiguo (comparable en la vertiente meridional, acaso, con el nivel V de Mendandia y VII de Atxoste).
- Un mesolítico de “estilo campinoide” representado en todos o al mayor parte de los “lechos” del nivel II. Muestras, denticulados y raederas conforman el grueso de la colección, y la presencia de algún geométrico –se cita un trapecio– pudiera, quizá, deberse a alguna de las irregularidades sedimentarias. La datación del “lecho” D, ya en contacto con el nivel III, en el 7650+–180 a. C. no desentonaría con el componente laminar subyacente.
- Se recogen sobre el nivel I elementos propios del neolítico antiguo. Si bien la cerámica cardial se halló fuera de estratigrafía su convergencia con recipientes decorados con técnica de boquique –fragmentos que han sido recuperados tanto en los primeros trabajos de campo como en los segundos (véase Arkeoikuska 85, 86 y 92)– reproduce lo observado en Atxoste: reforzando la coincidencia ambos lugares comparten idéntica iconografía entre las vasijas con “técnica boquique”. Infortunadamente el uso funerario del lugar, así como la constancia de elementos postneolíticos, impide una lectura homogénea para la totalidad del nivel.

<sup>97</sup> En buena medida el esquema se apoya en lo reconocido en Kanpanoste Goikoa, Mendandia y Atxoste, con el riesgo que ello supone: deseáramos no tener que basar buena parte de las interpretaciones en dichos depósitos, pero al día de hoy se nos revelan como los más completos, aún faltando las publicaciones finales para Mendandia y Atxoste. Sin ser fervientes partidarios de la *importación* de modelos externos, ahora de la Vasconia mediterránea a la atlántica, reconocemos para este caso la utilidad de tal proceder con el propósito de aportar una salida interpretativa a Arenaza, esperando que la localización y evaluación de conjuntos más cercanos geográficamente ayuden en la comprensión de la cavidad vizcaína.

En suma, parece seguir Arenaza una seriación industrial pareja a la observada en establecimientos alaveses, con evolución desde las formas laminares mesolíticas hacia las neolíticas, pasando por un episodio “campiñoide” pero con ausencia de las maneras mesolíticas geométricas.

*Berroberría*: Las exhaustivas excavaciones llevadas a cabo en la cueva de Berroberría han puesto al descubierto una amplia secuencia estratigráfica sobre la que se han entregado algunos avances provisionales. Interesa llamar la atención sobre el nivel c pues los materiales que se describen, y dibujan, tienen cabida en el “estilo campiñoide” y sus fechas c-14 6180+–200; 6910+–100; 6680+–70, todas a. C.) encajan bastante bien con el desarrollo de esta fase industrial en el País Vasco meridional. El estrato b se depositó, junto al c, en poco tiempo (6850+–60; 6630+–80; 6520+–80; 5690+–190 a. C.) y aporta, en su tramo medio, la cerámica como síntoma de neolitización. Como en otros casos es difícil la individualización clara de un horizonte mesolítico geométrico.

*Aizpea*: Las excavaciones de urgencia en el abrigo bajo roca de Aizpea han revelado una interesante ocupación mesoneolítica que complementa lo conocido en la vecina cavidad de Zatoya. Cava ha redactado una primera valoración del depósito individualizando tres horizontes arqueológicos:

- I o inferior del 5840+–70 a. C. y 5210+–70 a. C. con el geometrismo como nota industrial destacada. Sin que falten los dorsos, los elementos de sustrato y los denticulados sobre lascas espesas con retoques inversos.
- II o intermedio del 4880+–70 a. C. y 4650+–50 a. C. donde continúan las formas geométricas, con variantes en los tipos, los dorsos y elementos de sustrato pero donde han prácticamente desaparecido las formas “campiñoideas”.
- III o superior del 4420+–70 a. C. con cerámica como novedad a la vez que las armaduras geométricas ceden en su importancia a favor de las láminas y de pequeñas puntas de dorso.

Extrayendo lo elemental de las bases estratigráficas relacionadas y completando la información con las reflexiones expuestas en el primer apartado, podemos ensayar la reconstrucción de la dinámica cultural habida a todo lo largo del mesoneolítico del área vasca, incluyendo menciones menores para el Calcolítico. Reflejamos tal intento en el cuadro adjunto donde se exponen las tendencias principales, con varias dudas y algunas certezas. Explicamos en otra ocasión que, para nosotros, la continuidad es uno de los caracteres más reseñables de este proceso cultural: así solemos hablar de un primer y segundo ciclo cultural, que se encadenan a mediados del IV milenio –antes de Cristo y sin calibrar–, y que engloban, como tramos menores, a las tradicionales subdivisiones tripartitas que se aceptan para el Mesolítico, el Neolítico y el Calcolítico. Sin ruptura el segundo de los ciclos se nutre del que le precede aportando sus propias notas. El cuadro incluye una escala climática-temporal que fija *grosso modo* el desarrollo de los acontecimientos. Tres casillas señalan lo fundamental de a) las industrias, b) el poblamiento y los hábitats y; c) la economía y sociedad. Una columna final incorpora referencias concretas a yacimientos y radiocronología. Lo que se señala para cada caso es muy generalista encontrando las necesarias matizaciones a lo largo del presente trabajo.

Una base mesolítica bien implantada en el País Vasco, con ocupación de nuevos territorios, facilita la incorporación de las estrategias de gestión inherentes al Neolítico. Su puesta en marcha propiciará alteraciones más allá del plano subsistencial: en las concepciones sociales, en los hábitats, en las relaciones grupales o, avanzando en el tiempo, en los complejos ritos funerarios. Las nuevas formas se adoptan y adaptan con prontitud, no estaríamos en una región marginal, al contrario, el papel dinamizador que adquirirá el área vasca durante el Calcolítico –como receptor y distribuidor de la cerámica campaniforme, de objetos de prestigio...– basará su fuerza en la construcción cultural actual y en el establecimiento de redes sociales.

Esquema básico de la dinámica cultural en los inicios del Holoceno en el País Vasco					
Escala Climática y Temporal	Caracteres industriales	Problamiento y Hábitat	Economía y Sociedad	Cronología* y Ciclos	
Boreal	Mesolítico antiguo laminar	Pervivencias de formas <i>aziloides</i> y <i>sauveteroides</i> : soportes laminares para confección de puntas y láminas de dorso; elementos de sustrato.	Persistencia del hábitat en cuevas en el cantábrico e <i>indicios</i> de un poblamiento interior en abrigos bajo roca.	Continuidad socioeconómica y <i>adaptación</i> a las nuevas condiciones: recolección, caza, marisqueo.	ZA Ib 8260 ± 550; MD V 8500 ± 60
	Mesolítico antiguo <i>campiñoide</i>	Eclósión de las formas <i>campiñooides</i> : soportes en lascas carenadas para la confección mayoritaria de muescas y denticulados.	<i>Estabilización</i> del hábitat en la vertiente meridional. Persistencia de abrigos bajo roca y signos de poblamiento al aire libre.	Caza mayoritaria de ciervo, corzo y jabalí. <i>Intercambios</i> materiales: sílex regionales, conchas marinas.	AZ V 8030 ± 50 y 7810 ± 40; KG III-inf 7860 ± 330; MD IV 7810 ± 50
	Mesolítico avanzado geométrico	Imposición de las formas <i>geométricas</i> : soportes laminares para la confección de triángulos y trapecios de retoques abruptos	<i>Continuidad</i> general en la selección de territorios y de espacios: ubicaciones estratégicas. Menor interés en ocupar las cuevas.	<i>Continuidad</i> socioeconómica: redes de yacimientos, estrategias de movilidad, intensificación de los canjes.	AZ IV 8080 ± 50; LP d 7890 ± 120; AIZ I-inf 7790 ± 70; MD III-inf 7620 ± 50
Atlántico	Neolítico antiguo	Presencia del geometrismo: incorporación de segmentos y del retoque en doble bisel. Primeras <i>cerámicas</i> : lisas, cardiales y “boquique”.	<i>Persistencia</i> en la ocupación de yacimientos antiguos y fundación de nuevos campamentos: Peña Larga, Herriko Barra.	Predominio alimenticio de origen caza/recolección. Primeras evidencias <i>agrícolas</i> y ganaderas.	AIZ III 6370 ± 70; AZ IIIb1 6220 ± 60; CPL IV 6150 ± 230; ARI IC2 6040 ± 70
	Neolítico avanzado y Final	Similares formas industriales en el equipamiento lítico. Recipientes cerámicos más elaborados: <i>variedad</i> en las formas y las decoraciones.	<i>Abandono</i> de abrigos en favor de campamentos al aire libre con estructuras consolidadas. Búsqueda de nuevos territorios.	Formas productoras preponderantes frente a las depredadoras. Primeras <i>arquitecturas dolménicas</i>	AB b4 5390 ± 120; TK 5300 ± 140; LK II 5210 ± 100; FH I 5285 ± 65
Subboreal	Calcolítico	Uso del <i>retoque plano</i> para confección de puntas de flecha, aumento en el tamaño de los útiles. Variedad cerámica campaniforme y no).	<i>Extensión</i> del hábitat al aire libre: muy variados en sus formas y actividades (poblados, fondos de cabaña, talleres...).	Diversificación de los rituales funerarios colectivos. Circulación y trueque de <i>productos suntuarios</i> .	LH IIIb 4730 ± 110; CPL III 4470 ± 160; KB II 4405 ± 55; KZ 4445 ± 95

Las dataciones se expresan en años B.P. tal y como las ofrecen los laboratorios.

Abreviaturas: ZA = Zatoya; MD = Mendandía; AZ = Atxoste; KG = Kanpanoste Goikoa; AIZ = Aizpea, CPL = Peña Larga, ARI = Arenaza; AB = Abauntz; TK = Tirkuaitzi; LK = Larrenke Norte; FH = Fuente Hoz; LH = Los Husos; KB = Kobaederra KZ = Kurtzebide.

## Bibliografía

- AA.VV. (1987): *Carta Arqueológica de Álava (Hasta 1984)*, Diputación Foral de Alava.
- ALDAY, A., (1992): “Síntesis y definición de la secuencia cultural Neolítico Edad del Bronce en el País Vasco” en *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, año 2, época n.º 2, 19-49.
- (1995): “Patrones de asentamiento y de organización del territorio de Álava durante el Epipaleolítico y Neolítico” en *Cuadernos de sección Prehistoria-*

*Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 289-316

- (1996): “El poblamiento durante los inicios del Holoceno en la Alta Cuenca del Ebro: El Valle de Arraya y Treviño Oriental como modelo”, en *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, año 7, 2.º época, pp. 141-177.
- (1997): “El yacimiento prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Álava): Análisis industrial de los útiles sobre sílex y caracterización cronológico-cultural” en *Munibe*, 49, pp. 3-50.

- (1997): “Los ciclos culturales en los inicios del Holoceno en el País Vasco: ¿Crónica, explicación o especulación?” en *Comunicación al II Congreso de Arqueología Peninsular*, actas tomo 2, Neolítico, Calcolítico y Bronce, pp. 11-22.
- (1997, 1998 y 1999): Abrigo de Atxoste - Puerto de Azáceta (Vérgala). Informes de las campañas de excavación editadas en *Arkeoikuska 1996*, pp. 35-46, *Arkeoikuska 1997*, pp. 75-83 y *Arkeoikuska 1998*, pp. 67-74.
- (1998): *El depósito prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Vérgala, Álava). Memoria de las actuaciones arqueológicas. 1992-1993*. Memoria de yacimientos alaveses, 5, Diputación Foral de Álava.
- (en prensa): “El asentamiento prehistórico de Mendandía: evaluación provisional de su contenido arqueológico” *comunicación al I Congreso de Arqueología Burgalesa*, octubre de 1998, Burgos.
- ALDAY, A., CAVA, A. y MUJICA, J. A. (1996): “El cuarto milenio en el País Vasco transformaciones culturales” en *Rubricatum*, 1, vol. 2: *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Gava-Bellaterra, 1995, pp. 745-756.
- ALDAY, A., y MUJICA, J. A. (en prensa): “Nuevos datos de cronología absoluta concerniente al Holoceno Medio en el área vasca”, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena.
- APELLÁNIZ, J. M. (1973): “Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco” en *Munibe*, suplemento n.º 1, San Sebastián.
- (1974): “El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica del País Vasco”, en *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7, pp. 1-409.
- (1975): “El grupo de Santimamiñe durante la prehistoria con cerámica”, en *Munibe*, 27, pp. 3-136.
- APELLÁNIZ, J. M., y ALTUNA, J. (1975a): “Excavaciones en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya). Primera campaña. 1972. Neolítico y Mesolítico Final” en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 4, pp. 121-154.
- (1975b): “Memoria de la II campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)” en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 4, pp. 155-181
- (1975c): “Memoria de la III campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)” en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 4, pp. 186-197.
- ARANZADI, T, BARANDIARÁN J. M. y EGUREN, E. (1931): *Exploraciones en la caverna de Santimamiñe (Basondo, Cortézubi). 2.ª Memoria. Los niveles con cerámica y conchero*. Bilbao.
- ARIAS, P. (1991<sup>a</sup>): *De cazadores a campesinos. la transición al neolítico en la región cantábrica*, Universidad de Cantabria - Asamblea General de Cantabria.
- (1991b): “Las industrias neolíticas de Kobaderra (Ereño, Bizkaia)” en *Munibe* 43, pp. 87-103.
- (1992): “Estrategias económicas de las poblaciones del Epipaleolítico avanzado y el Neolítico en la región cantábrica” en *Elefantes, ciervos y ovicaprinos*, pp. 163- 184.
- (1995): “La cronología absoluta del Neolítico y Calcolítico de la región cantábrica. Estado de la cuestión” en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 15-39.
- (1997): *Marisqueros y agricultores. Los orígenes del neolítico en la fachada atlántica europea*. Universidad de Cantabria. Lecciones 2/97.
- ARIAS, P. y ONTAÑÓN, R., 1996, “El neolítico en Cantabria. Ensayo de caracterización industrial” en *Rubricatum*, 1, vol. 2: *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Gava - Bellaterra, 1995, pp. 735-744.
- ARIAS *et alii*, en prensa, “Nuevas aportaciones al conocimiento de las primeras sociedades productoras en la región cantábrica” a publicar en *Saguntum*.
- ARMENDARIZ, A. (1997): “Anton Koba: cazadores azilienes en la sierra de Aizkorri (Guipúzcoa)” *Comunicación al II Congreso de Arqueología Peninsular*, actas tomo I, Paleolítico y Epipaleolítico, pp. 297-310.
- ARMENDARIZ, J., e IRIGARAY, S. (1991-1992): “Aportación al estudio de los yacimientos postpaleolíticos al aire libre en Navarra” en *Zephyrus*, XLIV-XLV, pp. 223-239.
- BARANDIARÁN, I. (1982): “Los comienzos del Holoceno en la Prehistoria Vasca. Algunas reflexiones” en *Cuadernos de sección: Etnografía, prehistoria y Arqueología*, 1, Sociedad de Estudios Vascos, pp. 239-258.
- (1987): “Los estudios sobre antropología prehistórica en el País Vasco”, *Veleia*, 4, 7-50.
- (1991-1992): “Cueva de Berroberría (Urdax). Campaña de 1998. Informe preliminar” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, t. 10, pp. 389-394.
- (1993): “El lobo feroz: la vacuidad de un cuento magdalenense”, *Veleia*, 10, pp. 7-37.
- (1993-1994): “Cueva de Berroberría (Urdax). Informe de las campañas de excavación V (1990), VI, 1991, VII (1992) y VIII (1993)” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, t. 11, pp. 243-247.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1986): “Yacimiento de Portugain (Urbasa, Navarra)” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, pp. 7-18.
- BARANDIARÁN, I., y VEGAS, J. I. (dir) (1990) *Los grupos humanos en la prehistoria de Encia-Urbasa. análisis cultural del asentamiento, sistemas de explotación, modos de vida y ritos desde el Neolítico al final de la Historia Antigua*, Eusko-Ikaskuntza, serie b, núm. 6.
- BARANDIARÁN, J. M. (1935): *El hombre prehistórico en el País Vasco*. En este texto seguimos la reedición en las Obras Completas, T. XI, 335-457.

- (1953): *El hombre primitivo en el País Vasco*. En este texto seguimos la reedición en las Obras Completas, T. XIII, 145-409.
- BEGUIRISTÁIN, M. A. (1982): “Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, pp. 59-156.
- BEROLEGUI, M. (1995): “Investigaciones en la cuenca del río Araia (Álava). El poblamiento al aire libre” en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 317-341.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1997): “Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto”, en *O neolítico atlántico e as orixes do megalitismo*, pp. 321-334.
- BLASCO, M. F. (1995-1996): “Estudio arqueozoológico de los niveles postpaleolíticos de la cueva de Abautz (Arraiz, Navarra)” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 12, pp. 23 -41.
- CASTAÑOS, P. (1984): “Estudio de los macromamíferos de la cueva de Santimamiñe (Vizcaya)”, en *Kobie*, 14, pp. 235-318.
- (1991-1992): “Estudio de la macrofauna del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, t. 10, pp. 147-155.
- (1997): “Estudio arqueozoológico de la fauna de Peña Larga (Cripán, Álava)” en Fernández Eraso, *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava)*, Memoria de Yacimientos Alaveses, 4, pp. 125-134.
- (1998): “Estudio de la fauna de Kanpanoste Goikoa en Alday, *El depósito prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Virgala, Álava)*. Memoria de las actuaciones arqueológicas. 1992-1993. Memoria de yacimientos alaveses, 5, pp. 73-82.
- CAVA, A. (1975): “La industria lítica de los niveles postazilienses de Santimamiñe (Vizcaya)” en *Sautuola*, 1, pp. 53-73.
- (1978): “El depósito arqueológico de la cueva de Marizulo (Guipúzcoa)” en *Munibe*, 30, pp. 235-318.
- (1988): “Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Vasco Meridional” en *Veleia*, 5, pp. 61-96.
- (1988): “Ocupaciones de la prehistoria reciente en Urbasa, Navarra” en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, pp. 25-117.
- (1990): “El neolítico en el País Vasco” en *Munibe*, 42, pp. 97-106.
- (1994): “El Mesolítico en la Cuenca del Ebro. Estado de la cuestión” en *Zephyrus*, XLVII, pp. 65-91.
- (1997): “L’abri d’Aizpea. Un facies à trapezes et son evolution a la fin du mésolithique sur le versant sud des Pyrénées” en *Préhistoire Européenne*, 10, pp. 151-171.
- CAVA, A. y BEGUIRISTÁIN, M. A., 1991-1992, “El yacimiento prehistórico del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)”, en *Trabajos de Arqueología Navarra*, t. 10, pp. 69-135.
- DÍEZ CASTILLO, A. (1995): “El asentamiento de Peña Oviedo (Camaleño, Cantabria). La colonización de las áreas montañosas de la cornisa cantábrica” en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 105-120.
- DUPRE, M., 1990, “Análisis polínico de la cueva de Amalda” en Altuna, Baldeón y Mariezkurrena, *La Cueva de Amalda (Zestoa, País Vasco), ocupaciones paleolíticas y postpaleolíticas*, pp. 49-51.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (1997): *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava)*, en Memoria de Yacimientos Alaveses, 4, Vitoria.
- GARCÍA, J. (1994): “Los orígenes de la economía de producción en el País Vasco meridional: de la descripción a la explicación” en *Illuzar*, 2, pp. 87-99.
- (1995): “Apuntes para la comprensión de la dinámica de ocupación del actual territorio navarro entre el VI y el III milenio” en *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, pp. 86-146.
- GARCÍA SAHAGÚN, J. (1986): *La organización del espacio agrario en Liébana durante la Edad Media*, Ediciones Tantin.
- GÓMEZ PELLÓN, E. (1995) “La casa de labranza en Cantabria: estructura y cambio” en *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra Comunidades, cambios y procesos adaptativos*, Universidad de Cantabria, pp. 257-290.
- GONZÁLEZ MORALES, M. (1992): “Mesolíticos y megalíticos: la evidencia arqueológica de los cambios en las formas productivas en el paso al megalitismo en la costa cantábrica” en *Elefantes, ciervos y ovicaprinos*, pp. 185-202.
- (1993): “La transición al Neolítico en la costa cantábrica: la evidencia arqueológica” en *Rubricatum*, 1, vol. 2: *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Gavà - Bellaterra, 1995, pp. 879-885.
- GONZÁLEZ MORALES, M. y SERNA M. (1991): Cuestiones sobre la Prehistoria de Cantabria: los primeros productores, el megalitismo y el arte esquemático, *actas del XX Congreso Nacional de Arqueología*, 137-143.
- GORROCHATEGUI, J. y YARRITU, M. J. (1990): “El complejo cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco cantábrico” en *Munibe*, 42, pp. 107-223.
- IRIARTE, M. J. (1998): “Análisis palinológico del depósito arqueológico de Kanpanoste Goikoa (Virgala, Álava)” en Alday, *El depósito prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Virgala, Álava)*. Memoria de las actuaciones arqueológicas. 1992-1993. Memoria de yacimientos alaveses, 5, pp. 83-91.
- IRIARTE, M. J. y ARRIZABALAGA, A. (1995): “Aportación de la palinología al conocimiento de la primera economía de producción en Euskal Herria” en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 141-153.

- JARMAN, M. R.; BAILEY, G. N. y JARMAN H. N. (1982): *Early European agriculture. Its foundations and development*. Cambridge University Press. Londres.
- LÓPEZ QUINTANA, J. C. (1995): "La red de yacimientos al aire libre de cronología Neolítico-Calcolítico de Sollube (Bermeo, Bizkaia)" en *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 51-67.
- (1996): "Los yacimientos neolíticos de superficie de Sollube (Bizkaia), materias primas y territorios" en *Rubricatum*, 1, vol. 1: *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Gavà - Bellaterra, 1995, pp. 177-182.
- (1996): "Definición y articulación del depósito estratigráfico de Pareko landa (Sollube, Bizkaia) según la estratigrafía analítica", en *Krei*, 1, pp. 57-68.
- (1997): "Propuesta analítica para la interpretación del depósito estratigráfico de la cueva de Kobeaga II (Ispaster, Bizkaia)" en *Krei*, 2, pp. 69-90.
- LÓPEZ QUINTANA, J. C. y AGUIRRE, M. (1997): "Patrones de asentamiento en el neolítico del litoral vizcaíno", en Rodríguez Casal, *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional*, Santiago de Compostela, abril de 1996, pp. 335-351.
- LÓPEZ, P. (1982): "Abauntz: análisis polínico" en *Trabajos de Arqueología navarra*, 3, pp. 355-388.
- (1991-1992): "Estudio palinológico de los sedimentos del yacimiento de La Peña" en *Trabajos de Arqueología Navarra*, 10, pp. 143-145.
- MANZANO, C. (1994): "Constitución genética de la población del País Vasco: su interpretación en un contexto interdisciplinar" en *Illunzar*, 2, 127-134.
- MARIEZKURRENA, K. (1990): "Caza y domesticación durante el Neolítico y Edad de los Metales en el País Vasco" en *Munibe*, 42, pp. 241-252.
- MUJICA, J. A. y ARMENDÁRIZ, A. (1991): "Excavaciones en la estación megalítica de Murumendi (Beasain, Gipuzkoa)", en *Munibe*, 43, pp. 105-165.
- MUÑOZ, M. y BERGANZA, E. (1997): *El yacimiento de la cueva de Urratxa III (Orozko, Bizkaia)*, Cuadernos de Arqueología, 16, Universidad de Deusto.
- ONTAÑÓN, R. (1995): "El neolítico final y el calcolítico en Cantabria" en *Cuadernos de sección Prehistoria Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 81 - 103.
- ORTEGA, J. (1987): *La Cantabria rural: sobre la Montaña*, Universidad de Cantabria.
- ORTIZ, L. (1987): "El hábitat en Álava desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce" en *Estudios de Arqueología Alavesa*, 10, pp. 7- 102.
- ORTIZ, L. *et alii*, (1990): "El hábitat en la prehistoria en el valle del Río Rojo (Álava)", en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología*, 3, Eusko Ikaskuntza - Sociedad de Estudios Vascos.
- RAMÍREZ, M. J. y RUIZ, R. (1985/86): "El material cerámico de la cueva de Santimamiñe (Vizcaya)" en *Kobie*, XV, pp. 7-32.
- ROUSSOT-LARROQUE, J. (1990): "Rubane et cardial" en *Eraul*, 39, pp. 315-360.
- ROUSSOT-LARROQUE J. y BURNEZ, CL. (1992): "Aux sources du néolithique atlantique: le cardial, le danubien et les autres..." en *Revue d'archéologique d'ouest*, supp. 5, pp. 127-138.
- RÚA, DE LA, C. (1994): "El poblamiento del País Vasco desde la antropología biológica" en *Illunzar*, 2, 79-85.
- SAENZ DE BURUAGA *et alii*, (1998): "Método y práctica de la estratigrafía analítica" en *Krei*, 3, pp. 7-41.
- SERNA, M. R. (1995): "La estación de Alto de Guriezo-Hayas y el megalitismo de la zona oriental de Cantabria" en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología de la sociedad de Estudios vascos*, 6, pp. 121-134.
- TARRIÑO, A., AGUIRRE, M. (1997): "Datos preliminares sobre fuentes de aprovisionamiento de rocas silíceas en algunos yacimientos paleolíticos y postpaleolíticos del sector oriental de la cuenca vasco-cantábrica", en *Veleia*, 14, pp. 101-116.
- UTRILLA, P. *et alii*, (1998): "Le passade du Mésolithique au Néolithique ancien dans le Bassin de l'Ebre (Espagne) d'après les datations c-14" en *Prehistoire Européenne*, 12, 171-194.
- VALLESPI, E. (1968): "Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco meridional" en *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3, pp. 7-27.
- VALLESPI, E. (1972): "Conjuntos líticos de superficie del Museo Arqueológico de Álava" en *Estudios de Arqueología Alavesa*, 5, pp. 7-79.
- YARRITU, M. J., y GORROTXATEGUI, X. (1995): "El poblamiento al aire libre durante el Neolítico y el Calcolítico en el Cantábrico Oriental. Los poblados de Zalama, Ordunte (Valle de Mena) e Ilso Betaio (Garape-Artzen dariz, Enkarterria, Euskal Herria)" en *Cuadernos de sección Prehistoria-Arqueología de la Sociedad de Estudios Vascos*, 6, pp. 199-250.
- ZAPATA, L. (1998): "La explotación del medio vegetal en Kanpanoste Goikoa (Álava): combustible y alimentación" en Alday, *El depósito prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Virgala, Álava). Memoria de las actuaciones arqueológicas. 1992-1993*. Memoria de yacimientos alaveses, 5, pp. 93-101.
- ZUELEBIL, M. y ROWLEY-CONWY, P. (1984): "Transition to farming in northern Europe: a hunter-gatherer perspective". *Norwegian Archaeological Review*, 17, 104-120.
- ZUELEBIL M. (ed.) (1986): *Hunters in transition. Mesolithic societies of temperate Eurasia and their transition to farming*. Cambridge University Press.